
HARLEQUIN
Deseo™
UN TROZO DE CIELO
LAUREN CANAN

Argumento

El padre de su hijo no era quien decía ser.

A Kelly Michaels la sedujo un atractivo desconocido y, cuando este se marchó de su pueblo en Texas, descubrió que se trataba de Jace Compton, una estrella de Hollywood, y que estaba embarazada de él.

Jace, que había comprado un rancho para tomarse unas vacaciones, regresó más de un año después, pero ella no estaba dispuesta a que la volviera a engañar. Sin embargo, al enterarse de que tenía un hijo, Jace decidió hacer suya a Kelly, por mucho que los demonios del pasado se interpusieran en su camino.

Capítulo 1

Kelly Michaels disminuyó la velocidad del coche al aproximarse a la verja de hierro forjado flanqueada por muros de piedra. Una placa de bronce en el de la izquierda le dio la bienvenida al rancho C Bar. Sacó el brazo para marcar el código que Don Honeycutt, el agente inmobiliario, le había dado. Las puertas se abrieron y Kelly recorrió un largo y sinuoso sendero bordeado de robles centenarios y verdes praderas. Se detuvo en la entrada de servicio.

El edificio era enorme, más una mansión que la casa de un rancho. Sacó los utensilios de limpieza del portaequipajes y entró.

Había recibido instrucciones de limpiar los dos dormitorios, con sus respectivos cuartos de baños, de la planta superior, además del cuarto de estar, el despacho, el vestíbulo y la cocina de la planta inferior. Acabaría a tiempo de prepararse para el festival anual de música y danza que tendría lugar esa noche.

El generoso sueldo que ganaba ocasionalmente limpiando viviendas nuevas para la agencia inmobiliaria compensaba el esfuerzo. Hubo un tiempo en que era su único trabajo. Pero, a pesar de haber encontrado otro acorde a lo que había estudiado, había mantenido el primero por los ingresos que le reportaba.

Comenzó por el dormitorio grande. Le encantaba cómo olían las casas nuevas. Pasar unas vacaciones en aquella sería estupendo. Envidió a la familia que fuera a vivir allí. Al menos, esperaba que fuera una familia. En el pueblo se rumoreaba que una empresa de otro estado la había comprado para organizar actividades para sus empleados. Sería una lástima que nadie viviera en aquella hermosa casa.

Dos horas después, cuando quitaba los últimos restos de jabón del fregadero, oyó que se abría la puerta de la cocina. Debía de ser Don, que iría a comprobar cómo iba. Ella sonrió, ya que había acabado el trabajo en el tiempo establecido.

—¿Kelly?

Se quedó inmóvil, casi sin respirar. Aquella voz no era la de Don. No podía ser verdad. Se volvió y miró con expresión de incredulidad al hombre que se hallaba frente a ella.

—Jace —susurró, casi en estado de shock. Parpadeó varias veces para convencerse de que no era una ilusión.

En el año que hacía que no se habían visto, había cambiado muy poco. Seguía siendo igual de guapo, incluso más que antes, aunque fuera imposible. Se había afeitado la barba; llevaba el pelo más corto; la pequeña cicatriz seguía siendo visible, la única imperfección de sus labios carnosos, que podían esbozar una sonrisa diabólica y mostrar una dentadura blanca y

perfecta; una sonrisa irresistible para cualquiera, hombre o mujer, joven o anciano.

Tragó saliva. Conocía el contacto de esos labios.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él con su voz profunda, que a ella le puso la carne de gallina.

Pensó que con una bayeta húmeda en una mano y un bote de limpiador en la otra, la respuesta era evidente.

—Podría hacerte la misma pregunta.

Pero ya sabía la respuesta. La C de la entrada era de Compton. De pronto, la inmensa mansión adquirió las dimensiones de una caja de zapatos.

—¿Has comprado el rancho?

—En efecto.

A Kelly se le cayó el alma a los pies.

—Ya he terminado de limpiar. Ahora mismo me marcho.

Agarró los utensilios de limpieza y, sin volverse a mirarlo, se dirigió a la puerta.

—Espera, no tienes que…

Ella no le prestó atención. ¿Por qué Jace Compton, un hombre con el mundo a sus pies, se había mudado a aquel pequeño pueblo de Texas?

La lámpara del porche lateral proporcionaba escasa luz para la creciente oscuridad. Kelly metió los utensilios de limpieza en el coche de cualquier manera. Le temblaban las manos de tal modo que solo al tercer intento consiguió introducir la llave en el contacto de su viejo Buick. El vehículo se negó a arrancar.

Aquello no le podía estar pasando, pensó.

Tenía el móvil en el asiento de al lado, pero a nadie a quien llamar, suponiendo que hubiera cobertura. Sus amigos ya estarían yendo al festival de música, al igual que el resto del condado. Era la fiesta más importante del año para la pequeña comunidad, y Kelly no pensaba estropearle la noche a nadie, a pesar de que le esperaba un largo camino a pie. ¡Ojalá la anciana señora Jenkins, su niñera, hubiera seguido conduciendo!

Apoyó la frente en el volante, cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos y por el dolor que al mismo tiempo le producían. Y ambos llevaban escrito el nombre de Jace Compton.

Cuando había intentado por primera vez localizarlo en el número de móvil que le había dado, un mensaje grabado le contestó que Jace Compton, no Jack Campbell, como le había dicho él que se llamaba, estaba en el extranjero.

¿Quién era Jace Compton? Una llamada al rancho donde le había dicho que trabajaba le proporcionó la respuesta. El hombre al que ella se había entregado en cuerpo y alma, el que le había dicho que era tan especial que nunca la dejaría marchar, no era Jack Campbell, un trabajador del rancho, sino Jace Compton, un premiado y multimillonario actor que vivía en California y que se había estado divirtiendo con ella.

Al recordar aquel día volvió a sentir la misma vergüenza que estuvo

sintiendo durante meses después de haberse enterado. Había sido una estúpida. Él se había propuesto seducirla y ella había caído en la trampa. Quería creer en él, confiar en él, por lo que no hizo caso alguno de las sospechas que tenía de que no fuera quien decía.

Semanas después de que él se hubiera marchado, cuando ella ya conocía su verdadera identidad, veía su foto por todas partes. Los titulares y las fotos de los periódicos describían fiestas salvajes en la playa, aventuras con mujeres casadas y el estilo de vida de un playboy.

Kelly consiguió localizar a su mánager, que le dijo de manera clara y amenazadora que ella no significaba nada para el señor Compton. Habían tenido una aventura, ¿y qué? Jace tenía muchas. A no ser que estuviera dispuesta a presentar batalla legal por el derecho de custodia, debiera seguir el consejo del mánager y resolver la situación ella sola. Kelly había colgado el teléfono totalmente aturdida. No durmió esa noche ni la siguiente. En su mente se alternaban la incredulidad y la desesperación.

Nueve meses después, mientras estaba en la cama del hospital rogando que el bebé hubiera sobrevivido a las complicaciones del parto, una enfermera le trajo una revista. En la portada aparecía Jace Compton. Lo habían vuelto a elegir el soltero del año. Su hermoso rostro parecía burlarse de ella y de sus lágrimas.

¿Por qué había vuelto?

Había transcurrido un año, por lo que ella creía que estaba todo olvidado: las lágrimas, las innumerables noche sin dormir y la humillación que sentía al recordar cómo la había engañado. Pero, al mismo tiempo, el deseo de sus caricias se resistía a desaparecer, como también los recuerdos de su increíble sonrisa, el brillo cómplice de sus ojos antes de apoderarse de su boca, sus fuertes brazos abrazándola, su cuerpo contra el de ella, su voz susurrándole cosas pecaminosas al oído y tentándola de forma que ella jamás hubiera imaginado. Siempre la había dejado satisfecha, pero deseosa de más.

Parecía que él no había sentido lo mismo. Ella sería para

Jace un recuerdo lejano: el de unas vacaciones en el norte de Texas con ciertas ventajas adicionales.

Dos golpecitos en la ventanilla la devolvieron a la realidad. Abrió la puerta y Jace retrocedió. Llevaba unos vaqueros gastados que ocultaban sus largas y musculosas piernas. Tenía el brazo izquierdo apoyado en el marco de la puerta y el derecho en el techo del coche, por lo que estaba atrapada. Para bajarse del vehículo tuvo que acercarse mucho a su pecho, cuyos músculos resaltaban bajo la camiseta gris.

Kelly no deseaba estar tan cerca de él ni mirarlo a los ojos, pero su gran estatura le bloqueaba el paso. Sus miradas se cruzaron y, durante unos segundos, el tiempo se detuvo. En los ojos verdes de él seguía habiendo el brillo de la pasión que los había unido.

La envolvió un olor a perfume caro. A pesar de los meses de sufrimiento,

algo en su interior seguía anhelando sus caricias, lo que era una locura, ya que lo que ella necesitaba de verdad era que despareciera. De nuevo.

—Apártate, por favor, y déjame pasar —le pidió con determinación. Él la obedeció y bajó los brazos—. Me llevaré el coche de tu propiedad en cuanto pueda.

Sin volver a mirarlo, Kelly tomó el sendero.

—¿No tienes teléfono ni alguien a quien llamar?

Ella aceleró el paso sin prestarle atención.

—¿Quieres usar el mío?

Lo único que deseaba era alejarse de él lo antes posible. Jace había comprado un terreno y edificado una casa, lo que era un signo de permanencia. Ella debería haber estado preparada para algo así. Pero, ¿cómo iba a haberlo sabido?

PÁGINA

Él tenía amigos en la zona con los que estaba alojado cuando se conocieron. Había comentado muchas veces que le encantaba esa región. ¿Por qué no se le había ocurrido a ella la posibilidad de que volviese? Era una idiota, e iba a pagar por ello.

No oyó la camioneta llegar por el sendero hasta que Jace se detuvo a su lado.

—Kelly, no puedes ir andando a la ciudad. Debe de haber unos diez kilómetros, y está oscureciendo.

Al volver a tenerlo tan cerca, el cuerpo de ella revivió y la invadió un deseo feroz. Apretó los dientes y tomó aire mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de resentimiento. Se negó a llorar. Era cierto que estaba oscureciendo y que la ciudad estaba a esa distancia, pero siguió andando. No iba ser tan estúpida como para montarse en la camioneta.

A pesar de su negativa a detenerse, Jace la siguió.

—Sube, Kelly, y te llevo a casa.

—No, gracias.

La verja se abrió. La atravesó y giró a la izquierda. Había otro rancho a unos tres kilómetros. Shea, su marido Alec o uno de los trabajadores la llevarían a casa. No todo el mundo habría ido al festival. Y si así fuera, se sentaría en el porche a esperar.

¿Por qué había vuelto Jace a Calico Springs? Era un sitio pequeño donde todos se conocían. Alguien acabaría por hablarle de Kelly Michaels y de su bebé, que había estado a punto de morir al nacer, cuatro meses antes. Y Jace lo sabría. Haría cálculos y sabría que el bebé era suyo. Kelly sintió pánico. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer?

Se dio cuenta de que él había dejado de seguirla. Cuanto más lejos estuviera, mejor. Respiró hondo y disminuyó la velocidad de la marcha.

No quería imaginarse las consecuencias de que Jace supiera de la existencia de Henry. Tuvo que contenerse para no echar a correr y llegar a su casa, con su bebé, lo antes posible. Por mucho dinero que Jace tuviera, y por

bien que se le diera mentir, no iba a obtener la custodia de su hijo. Ella haría lo que fuera necesario para impedírselo.

El sol se había puesto. Kelly deseó llevar consigo una linterna. Un mal paso podía suponerle un enorme problema, ya que nadie la oiría si gritaba. Si le sucedía algo, ¿quién cuidaría de Henry?

En aquel momento la estupenda mujer que lo cuidaba mientras ella trabajaba lo estaría bañando antes de acostarlo. Cuando llegara al siguiente rancho, enseguida estaría en casa.

Para contradecir semejante optimismo, un relámpago atravesó el cielo, seguido del ruido de un trueno. Ella gimió, sin atreverse a pensar que la noche pudiera empeorar.

Jace Compton tomó aire, lleno de frustración. Le resultaba increíble que Kelly hubiera estado en su casa, limpiándola ni más ni menos. Tenía la esperanza de encontrarla si se mudaba a Calico Springs, pero no se imaginó que estaría en su casa ni estaba preparado para el estallido de ira y la mirada fulminante que le lanzó con sus ojos azules.

Parecía que se había enterado de que le había mentido sobre su identidad, pero esperaba que le diera la oportunidad de explicarse. Había tenido veinticinco días en un rancho vecino para relajarse y ser él mismo, un tipo que se había criado en el sur de Chicago. No quería que nadie descubriera su identidad. Con los años había aprendido a pasar desapercibido. Cuando Kelly y él se conocieron, no sabía que su relación crecería.

Kelly se había creído que trabajaba en un rancho, y a él no le había dado tiempo a decirle que no era así. En realidad, no quiso que nada se interpusiera entre ellos. Fue un viaje en el que estaban solos los dos en el mundo. Cuando ella le devolvía los besos, él sabía que lo besaba a él, no al tipo famoso y rico. Y era una sensación maravillosa.

Cuando llegó el momento de marcharse, debatió consigo mismo si le contaba a Kelly la verdad, pero decidió esperar a su vuelta a Calico Springs. No sabía que, aunque esperaba hacerlo al cabo de cuatro meses, en realidad tardaría más de un año en volver.

La Kelly que recordaba había cambiado de aspecto, y esos cambios despertaron inmediatamente su libido. Las curvas de su cuerpo eran decididamente más femeninas, más maduras y atractivas que las de la delgada joven que recordaba. La melena rubia, que solía llevar suelta, se la había recogido en una cola de caballo, que le confería a su rostro un mayor atractivo y resaltaba la forma almendrada de sus ojos. Jace no había visto ojos de ese color. Eran del color turquesa del agua del Mediterráneo. Pero aquella noche, en vez de darle la bienvenida, habían reflejado disgusto al verlo.

Aunque esperaba que estuviera molesta por haberle mentido sobre su identidad, no esperaba tanta animosidad. ¿Estaba enfadada por la mentira o porque había perdido la oportunidad de hacerse rica? Pensar eso de Kelly no

le gustó.

La gente siempre quería algo de él, ya fuera dinero o un minuto de fama. Hacer películas de acción era su trabajo, no su identidad. Detestaba la falsa fachada que debía mantener y las historias ridículas que debía validar para que su nombre apareciera en los medios. Era raro conocer a alguien a quien cayera bien por ser él mismo. Esperaba que ella lo entendiera.

Al volver a California no había dejado de hablar de la chica que había conocido en Texas e incluso había mencionado la posibilidad de comprar una casa para estar cerca de ella hasta que terminara los estudios. Dos días después, Bret, su mánager, le había entregado un informe policial en el que se decía que Kelly era una timadora que había estado varias veces en la cárcel. A Jace le costó creérselo, y le seguía costando.

De todos modos, lo más probable era que no volviera a verla. Había conseguido arrinconar el tiempo que habían pasado juntos en el fondo de su mente, cuando Garret Walker, el amigo que lo había invitado a Texas, lo llamó para preguntarle si seguía interesado en comprar un terreno en la zona. De pronto, lo único que se imaginó fue a Kelly. La alegría de estar con ella y el recuerdo de tenerla en sus brazos pesaron más que cualquier delito que ella hubiera cometido. Pero Kelly Michael no encajaba en el papel de sinvergüenza. ¿Habría tenido una vida dura? No habían hablado en detalle de su pasado, por lo que solo podía especular. Pero, después de su huida ese día, ya poco importaba, pues parecía que ella había decidido dar por concluida la relación.

Sin saber por qué, Jace tuvo una gran sensación de pérdida.

Al volver a verla, el cuerpo se le había puesto en estado de alerta, igual que le había sucedido la primera vez que la vio en la tienda de ultramarinos local, a la que había ido con Garret a comprar. La atracción inmediata que había experimentado por ella lo había abrumado, como le acababa de suceder. Era como si un imán gigantesco los atrajera mutuamente con independencia de las circunstancias.

Pero lo de Kelly iba más allá de la belleza física y el atractivo, aunque ambos le sobraban. Era su mirada, que lo impulsaba a creer que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. Al abrazarla creía que podía volar. ¿Todo había sido fingido?

Comenzaron a caer gotas. Jace vio que ella se había dejado el bolso colgando del respaldo de una silla de la cocina. Al agarrarlo, sonó el primer trueno. Con el bolso en la mano, salió y se dirigió a la camioneta. Tanto si Kelly estaba enfadada con él como si no, no iba a dejarla en la oscuridad y en medio de una tormenta. La llevaría a casa.

Tanto si le gustaba como si no.

Capítulo 2

Kelly apresuró el paso. Un rayo cayó en el árbol que se divisaba más adelante y, segundos después, el cielo se abrió y comenzó a diluviar.

Se abrazó a sí misma, apretó los dientes y siguió andando. La lluvia la impedía ver con claridad y las fuertes ráfagas de viento obstaculizaban su avance.

De pronto, las luces delanteras de un vehículo iluminaron el camino desde atrás. Ella se echó a la derecha para dejarlo pasar.

—Kelly —gritó Jace al tiempo que se detenía a su lado—. Sube.

Ella siguió andando.

—Te estás comportando como una verdadera idiota.

—Piensa lo que quieras —gritó ella a su vez.

—Te doy diez segundos para que te montes.

—¿Y si no?

—Te subiré yo mismo.

Ella se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Sube ahora mismo —le ordenó él, enfadado.

A Kelly no le cupo duda alguna de que cumpliría su amenaza. Se mordió la lengua y abrió la puerta de la camioneta.

—Estoy mojada —afirmó al tiempo que observaba el bonito interior del vehículo.

—Me da igual. Sube de una vez.

Ella lo obedeció. Comenzó a tiritar. Jace ajustó la calefacción. Ella se recostó en el asiento y se puso el cinturón de seguridad. Sin decir nada más, él arrancó.

Kelly no quería que supiera dónde vivía. De todos modos, en Calico Springs no era difícil localizar a alguien.

—Déjame en el siguiente rancho. Conozco a los dueños. Ellos me llevarán a casa.

Él no respondió, y siguió conduciendo cuando pasaron por delante de la verja del rancho.

—Te lo has pasado. Da la vuelta.

—No hay motivo alguno para obligar a salir a nadie más con este tiempo.

—¿Es que te he obligado a ti a salir?

—No me refería a eso. Claro que no me has obligado —vio que volvía a recostarse en el asiento y se cruzaba de brazos—. Tampoco te has dejado a propósito el bolso en la cocina ni sabías que era mi casa la que estabas limpiando ni que yo llegaría sobre las seis. Si quieres volver a verme, dilo.

—Para ahora mismo.

—¿Es eso una negativa? —le preguntó él sin disminuir la velocidad al

tiempo que sonreía.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. Quiero decir, no.

—Te recordaba con más sentido del humor.

No añadió nada más. Kelly lo fulminó con la mirada varios segundos y volvió a recostarse en el asiento al tiempo que lanzaba un bufido ante su destino. Era surrealista. Después de no haberlo visto durante tanto tiempo, se hallaba encerrada con él en una camioneta. Lo miró de reojo y experimentó un deseo que llevaba más de un año sin sentir.

Lo recordó todo: cada caricia, cada susurro erótico, las discusiones sobre naderías que siempre concluían con un beso. Tragó saliva y trató de pensar con claridad. Carraspeó y, sin dejar de mirar hacia delante, dijo:

—No me imagino qué puede interesarte de este lugar del mapa. Eres una celebridad y esto es un pueblo pequeño. ¿Por qué has venido?

—Necesitaba unas vacaciones. Como sabes, tengo un amigo que vive en la zona, y me pareció un lugar tan bueno como cualquier otro.

—¿Has comprado una rancho para pasar unas vacaciones?

Él se encogió de hombros.

—Y luego me llamas idiota —masculló ella.

Era evidente que no le iba a contar sus verdaderas intenciones, pero ya estaba acostumbrada a sus mentiras.

—¿Y tú? ¿Sigues estudiando?

—No.

Su vida había dado un giro tan radical que le resultó extraña la pregunta. El infarto que se había llevado a su abuelo la dejó destrozada. Después, el banco se había quedado con su rancho, por lo que su hermano menor y ella habían tenido que buscarse otro sitio para vivir. Y cuando pensaban que las cosas ya no podían ir peor, resultó que estaba embarazada de un hombre que le había ocultado su identidad y había desaparecido.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó en un susurro. Y, ¿por qué le había prometido que la llamaría y que volvería si sabía que no era cierto?

—¿Qué importa ahora?

—La verdad siempre importa.

—Si te hubiera revelado mi verdadera identidad, nuestra relación habría sido distinta.

—¿No te resulta difícil ir por el mundo con semejante arrogancia? —le preguntó ella mirándolo asombrada.

—No se trata de arrogancia. Si hubieras sabido quién era, habrías… —respiró hondo y dejó la frase sin terminar.

—¿Qué? ¿Qué habría hecho? ¿Pensar que eras el doctor Jekyll y Mr. Hyde? ¿Darme cuenta de que te estabas burlando de mí?

—Me hubieras tratado de forma distinta. Todos lo hacen. Y nunca me he burlado de ti. Jamás.

—¿Quiénes son todos?

Kelly vio que apretaba con fuerza el volante.

—Lo que hago para ganarme la vida no tiene nada que ver con nosotros. La gente oye mi nombre y, de pronto, dejan de verme. Debería haberte dicho la verdad, pero quería que conocieras mi verdadero yo. Soy un hombre, Kelly, y me gusta que me vean como a tal, no como a una celebridad. Iba a explicártelo cuando volviera; iba a contarte la verdad.

—¿En serio? ¿Por qué? Si, como dices, el nombre es lo de menos, ¿para qué te ibas a molestar? —Estás tergiversando lo que digo.

—¿Ah, sí?

Él lanzó un bufido.

—Nos conocimos y disfrutamos estando juntos. Al menos, yo lo hice. ¿Para qué complicarse la vida? ¿O es que me he perdido algo?

—¿Te das cuenta de que tratas de justificar tu engaño? Es increíble. Al menos, fui motivo de diversión para ti y tus amigos.

Se sonrojó al pensar en sus ricos amigos burlándose de la aventura que había tenido con una paleta de pueblo.

—No es así —dijo él, sorprendido de que pensara eso—.

Nuestra relación no fue una broma. Al menos, para mí. Y mi intención era volver para hablar contigo, con la esperanza de que me entendieras.

—Seguro que pensabas volver —afirmó ella furiosa—. Pero pasaron cosas, ¿no?

—Sí. ¿Por qué no me dijiste que habías estado en un reformatorio? No soy el único al que se le puede acusar de ocultar cosas.

Ella volvió la cabeza bruscamente hacia él. ¿Qué había dicho?

—¿Cómo?

—Digo que…

—¿Te escribe alguien los guiones o te los inventas tú? – ¿esperaba que se creyera que no había vuelto porque ella había estado en la cárcel? Estaba atónita. —Necesitas ayuda. Gira a la izquierda en el semáforo.

—¿A la izquierda?

—Ahora vivimos en el pueblo.

Jace estaba recordando la granja de su abuelo.

—¿Quieres decir que no tienes antecedentes criminales? —¿Quieres decir que crees que sí?

—Pero…

—Mira, Jack… Jace, como te llames hoy, no digas nada más. Eres incapaz de ser sincero. Y me da igual. Me da igual que me mintieras, que no volvieras y quién seas. Y no quiero seguir oyendo tus excusas. Lamento haber sacado el tema.

Jace no dijo nada. La carretera los condujo al sur, hacia la zona de casas baratas de la ciudad en las que vivía gente como ella, que trabajaba mucho por poco dinero. Pero se negaba a avergonzarse. Su casa era vieja y pequeña, pero estaba limpia. Tenía el tejado nuevo, y el alquiler era muy bajo.

—Es la tercera calle a la derecha. Ahora otra vez a la derecha. Es ese edificio blanco con las contraventanas verdes.

Cuando llegaron, Jace se bajó para abrirle la puerta sin importarle la lluvia.

El hermano menor de Kelly se hallaba en el porche, apoyado en una de las columnas.

Jace le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué tal?

Kelly se dio cuenta de que Matt lo había reconocido y no se creía que fuera él.

—Usted es… ¿No es usted Jace Compton? —le preguntó con los ojos como platos y la boca abierta de puro asombro.

—Entra en casa, Matt —le ordenó ella.

—¿Quiere entrar? —le preguntó Matt sin hacer caso a su hermana.

Kelly, asustada, aceleró el paso hacia la casa. ¿Y si Matt había recogido a Henry de casa de la niñera?

—No —dijo con firmeza volviéndose hacia Jace—. No creo que sea buena idea. Gracias por traerme. La conversación ha sido muy… esclarecedora.

Jace no contestó y se limitó a mirarla.

—Entra en casa —repitió dirigiéndose a su hermano—. Ahora mismo.

—Pero, Kelly, ¿sabes quién es?

Ella estuvo a punto de echarse a reír.

—Buenas noches —dijo Jace desde la acera.

Kelly agarró a Matt del brazo y lo metió en la casa. Con quince años, ya era algo más alto que ella, pero gracias a que tenía disparada la adrenalina, consiguió empujarlo.

—No me lo creo —dijo Matt fulminándola con la mirada—. Jace Compton está en nuestra casa y no lo dejas entrar. ¿Te has vuelto loca? Aparte de las películas que ha hecho, es una leyenda del rugby.

Matt vivía para el rugby, por lo que su hermana comprendió lo que decía. Pero no conocía a Jace Compton. Por desgracia, ella sí.

—Y ahora que lo pienso, ¿qué hacías en su camioneta?

—Ha comprado el terreno del viejo Miller y se ha construido una casa. Don me pidió que la limpiara. Cuando terminé, el coche no me arrancó.

—¿Jace Compton vive aquí, en Calico Springs? ¿De forma permanente? —a cada pregunta, Matt iba elevando el tono de la voz, lleno de júbilo. Ni siquiera se había percatado de que se habían quedado sin coche.

—No lo sé —no quería hablar de Jace con su hermano—. Voy a casa de la señora Jenkins a recoger a Henry.

—Está aquí —le respondió Matt, claramente molesto—. La señora Jenkins le ha dado de cenar y lo ha preparado para acostarlo. El partido de rugby se ha suspendido a causa de la lluvia, por lo que lo he traído a casa.

—Gracias, Matt —Kelly sonrió y se encaminó al pequeño dormitorio que compartía con su hijo. Bendita fuera la anciana que cuidaba de Henry sin

cobrarle un céntimo mientras ella trabajaba.

El bebé dormía en su postura preferida: boca abajo. Kelly se quitó la ropa mojada y sacó una vieja bata del armario. Después, incapaz de resistirse, se acercó a la cuna y le acarició la cabeza a Henry. Este se removió. Ella sonrió y lo tomó en brazos, apretándolo contra sí.

Tenía las largas pestañas de Jace, e incluso sus hoyuelos. Ella seguía sin creerse que este se hubiera mudado al pueblo. Debería haberse imaginado que volvería para hacerla revivir los dolorosos recuerdos que había tardado meses en superar. No era distinto del padre de ella, cuyo lema era quererlas y dejarlas, sin importarle el sufrimiento que causara. Pasar a la siguiente conquista sin mirar atrás. Solo que, en aquel caso, Jace había mirado atrás.

Debido a las mentiras y los engaños del padre, la madre de Kelly se había quitado la vida. Entonces, el padre había desaparecido para siempre. Kelly se había jurado que no intimaría con ningún hombre, y había mantenido su promesa hasta que apareció Jace. Y ahí tenía el resultado.

Trató de dejar de pensar en cosas negativas y le besó la cabeza a Henry. Después fue a la cocina a buscar una aspirina. Aunque, después de lo sucedido durante la última hora, pensó que se tomaría una par. La idea de que Jace creyera que había estado en la cárcel era risible. Era evidente que vivía en un mundo de fantasía.

Agarró las aspirinas y oyó que Matt hablaba con alguien en la habitación de al lado. Fue hacia allí y vio a Jace entrando en el salón. El pánico se apoderó de ella.

—Te has dejado el bolso en la camioneta. Ya veo que estás practicando —afirmó él con un brillo malévolo en la mirada.

Ella le arrebató el bolso y se dirigió de nuevo al dormitorio con la esperanza de que él se fuera por donde había venido.

—¿Kelly?

Ella se detuvo y Jace se le acercó mirando al bebé que llevaba en brazos.

—¿A quién tenemos aquí?

Capítulo 3

Había llegado el momento que Kelly tanto temía desde el nacimiento del bebé.

—Es Henry —dijo tragando saliva.

—¿Es tuyo?

Parecía que el mánager de Jace no le había mentido cuando le dijo que no le contaría lo del embarazo. Ni siquiera debía de haberle dicho que lo había llamado.

—Sí —contestó ella.

Jace la miró y volvió a mirar al bebé.

—Es guapo —murmuró—. ¿Qué edad tiene?

—Cuatro meses.

Ella observó que Jace estaba haciendo cálculos y supo a la conclusión que había llegado: Henry podía ser su hijo. Él volvió a mirarla, como si buscara una respuesta distinta.

—Soy Matt, el hermano de Kelly —dijo el chico con una sonrisa de oreja a oreja. Kelly se alegró de la interrupción—. Encantado de conocerte, Matt —le tendió la mano y Matt se la estrechó. El chico estaba tan emocionado que parecía levitar.

—Dice Kelly que ahora vives aquí.

—Sí, he comprado un rancho al norte del pueblo. Tengo un amigo que lleva veinte años dedicándose a las carreras de caballos. Siempre he querido tener tierras y caballos. Me ha convencido para que me dedique a criar purasangres. Y, si decido ampliar el negocio, criaré ganado.

—¡Qué guay! —exclamó Matt al tiempo que le indicaba una silla—. ¿Puedes quedarte unos minutos?

—Claro.

—¿Sigues jugando al rugby? —le preguntó el muchacho mientras se sentaban.

—Sí, siempre que se me presenta la ocasión. ¿Tú juegas?

—Sí, en el instituto.

—Ahí empecé yo. ¿En qué posición?

Mientras hablaban de rugby, Kelly salió de la habitación.

Depositó al bebé en la cuna y se dejó caer en una silla. Jace Compton, el mentiroso multimillonario, estaba en el salón hablando con su hermano mientras probablemente se estaría preguntando si acababa de conocer a su hijo. Por la animada conversación que mantenían, era evidente que tenían intereses comunes. La situación iba a empeorar.

El Jace que había conocido un año antes era un tipo normal al que le gustaban las hamburguesas, los coches tuneados y las bromas. Hablaba de

cosas cotidianas sin arrogancia ni sentimiento de superioridad. Pero le parecía increíble que la millonaria estrella que se dedicaba a recorrer el mundo estuviera sentada en una vieja casa hablando animadamente con un chaval de quince años. Era como si en Jace convivieran dos personas distintas.

Kelly no le había contado a nadie quién era el padre de Henry, ni siquiera a Matt. Tal vez pudiera salir del lío en el que estaba metida.

Agarró ropa seca y se dirigió a la ducha. Al salir, veinte minutos después, reinaba el silencio. Vio que había luz en la habitación de su hermano y oyó música. Respiró hondo para soltar los músculos del cuello y los hombros. Jace había vuelto a aparecer y a desaparecer, pero esa vez no había causado daños.

Pero estaba segura de que volvería.

Mientras Jace conducía hacia el rancho, no dejaba de pensar en Kelly y el bebé. Se le había caído el alma a los pies al verla con el niño los brazos, porque lo último que se esperaba era que hubiera tenido un hijo. Después se preguntó si él sería el padre. Siempre tenía cuidado, ya que no deseaba tener hijos. Sabía muy bien lo que significaba ser padre en su familia.

Aún recordaba el olor a grasa y a cebolla quemada que llenaba el piso, situado encima de un local de comida rápida, donde vivía con sus padres a la edad de diez u once años. Fue entonces cuando sucedió algo, nunca supo el qué, pues su madre se negó a hablar de ello. Su padre comenzó a beber, y las broncas entre sus progenitores aumentaron en volumen e intensidad. Después comenzaron los malos tratos: su padre daba un puñetazo al primero que encontraba al entrar en el piso. Para proteger a su madre, Jace se había llevado unos cuantos. Ella fue fuerte, pidió el divorcio y apartó a su hijo de aquella horrible situación. Después de tantos años transcurridos, Jace no había dejado de odiar a su padre ni de admirar a su madre por su fuerza de voluntad.

Un domingo por la mañana, dos policías llamaron a la puerta para comunicarles que a George Compton lo habían matado en un callejón. Lo único que pensó Jace fue que un desconocido lo había hecho antes que él. En aquel momento, con los dos policías en la puerta, tuvo una revelación: era hijo de George Compton.

Nunca antes lo había pensado, pues se había centrado en sobrevivir. Su padre y él tenían los mismos rasgos, la misma mandíbula, idénticos ojos verdes y color del cabello. Si se parecían tanto por fuera, también deberían serlo por dentro. Antes de cumplir los dieciséis, había entrado y salido del reformatorio varias veces por pelearse con chicos del barrio y de la escuela que habían averiguado quién era su padre y querían saber si su hijo era igual. Lo expulsaron temporalmente tantas veces que no entendía por qué lo dejaban volver.

Comenzó a jugar al rugby como un desafío. Sacó toda su agresividad en el campo. Y, además, resultó que se le daba bien. Al cabo de tres partidos se había ganado el respeto de sus compañeros de equipo. Comenzó a sacar mejores notas y, justo antes de terminar la educación secundaria, le ofrecieron

una beca. Estuvo jugando cuatro años.

Después de que una lesión acabara con su carrera, comenzó a entrenar a jóvenes atletas. Le gustaba hacerlo. Pero la idea de tener hijos y una familia se la había quitado su padre de la cabeza con los puños.

Sin embargo, que Kelly hubiera tenido un hijo suyo le resultaba muy gratificante. Inmediatamente sintió un instinto protector hacia él.

Respiró hondo. Si el bebé era suyo, ¿por qué no lo había llamado Kelly? No era propio de ella ocultarle algo de tamaña importancia. Y habría necesitado ayuda con el bebé, apoyo económico, algo… La mayoría de las mujeres se hubieran puesto en contacto con un abogado al conocer su estado.

Pero Kelly no era así. Lo había cautivado no solo con su belleza, sino con su independencia, inteligencia y obstinación. Tenía fuertes convicciones y un claro sentido de la diferencia entre el bien y el mal.

No recordaba el número de teléfono que le había dado. ¿El de su móvil privado? Si había tratado de llamarlo, al darse cuenta de que estaba embarazada, sin conseguir saltar las barreras de seguridad que lo protegían, estaría furiosa.

De pronto, todas las piezas comenzaron a encajar.

Frenó bruscamente y dio la vuelta para dirigirse de nuevo a casa de Kelly. No era de extrañar que ella estuviera tan enfadada. No solo le había mentido, sino que la había dejado embarazada y se había ido del país. Bret podía estar contento de hallarse a muchos kilómetros de distancia. A Jace no le cabía duda alguna de que su mánager le había mentido para evitar que volviera con ella, que incluso se había inventado lo de su pasado criminal. Era probable que Bret la considerara una amenaza para sus ganancias, ya que, si Jace dejaba de hacer cine, el tren de vida que llevaba se le habría acabado.

Pero, en realidad, el único culpable era él mismo.

Volvió a pensar en Kelly y en el bebé. ¿Aquel niño era su hijo? Era más que probable, a pesar de haber tomado precauciones. El deseo de ella había sido insaciable. Las noches juntos se habían transformado en días enteros. Y cuando tuvo que marcharse, aquella intensa pasión se había convertido en la comunión de dos almas. Incluso se excitaba en aquel momento al pensar en sus ojos llenos de deseo, en el tacto de su piel de seda y en los suaves gritos que lanzaba al alcanzar el éxtasis. Kelly lo seguía volviendo loco.

Kelly sabía que Jace volvería porque lo conocía bien, y era de los que no dejaban las cosas a medias. A pesar del shock que le supuso enterarse de su verdadero nombre y profesión, no le sorprendió la facilidad con la que la había engañado, pues Jace hacía bien todo lo que se proponía. La palabra derrota no figuraba en su diccionario.

Pero encontraría una significativa resistencia si intentaba arrebatarle a Henry. Tendría suerte, en sentido figurado, si acababa solo con unos arañazos y una leve cojera.

Había apagado la luz de la cocina y se dirigía a su habitación cuando llamaron a la puerta. La intuición le dijo que era Jace. Le abrió la puerta.

—Tenemos que hablar.

Ella salió al porche y cerró la puerta.

—¿El niño es mío?

Kelly deseó estar en cualquier otro sitio. Se había imaginado con frecuencia ese momento diciéndose que, pese a todo, no tendría lugar. Respiró hondo. No se podía mentir a un hombre sobre su hijo. Tenía derecho a saber la verdad, pero le daba pánico lo que fuera a hacer con ella.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella había intentado hablar con él muchas veces y de distintas formas, por lo que la pregunta le pareció ridícula. Una parte de ella quería volver a entrar y no dedicarle un segundo más de su tiempo; la otra deseaba compartir con él la maravilla que era su hermoso hijo.

¿Se merecía Jace que lo hiciera? ¿Le importaba acaso? Tras haberse pasado meses ensayando lo que le diría si lo volvía a ver, allí estaba, sin saber qué decirle.

—Intenté ponerme en contacto contigo, lo cual fue difícil, ya que ni siquiera sabía tu nombre. En el número de móvil que me diste saltaba el buzón de voz, que estaba lleno. Conseguí hablar con tu amigo Garrett, que me dio otro número, pero parece ser que no era correcto o que estaba desconectado. Hablé con tu mánager, Brett… ¿Goldberg?, ¿Goldman? Tardé cinco semanas en conseguirlo. Me dijo que no era buena idea que hablara contigo.

No hizo caso de los improperios que lanzó Jace.

—Volví a intentar localizarte en el móvil, pero me di por vencida. Así que ahora ya lo sabes: tienes un hijo. Enhorabuena, con retraso.

—Kelly, sé que la he fastidiado.

—No, la fastidias cuando haces algo sin querer, no cuando lo haces adrede. Me mentiste desde el momento en que nos conocimos y, después, desapareciste.

¿Cuántas noches había pasado consumida por el deseo de abrazarlo, de acariciarlo, de volver a oír su voz? ¿Había pensado Jace en ella? ¿Recordaba siquiera el tiempo que habían estado juntos?

Y había vuelto a sentir el mismo deseo al verlo de nuevo. ¿Qué tenía Jace que la hacía desear olvidar todo lo sucedido y refugiarse en sus brazos? Pero no podía ser débil. Tenía que pensar en Henry.

—Entiendo que estés enfadada. Tienes todo el derecho.

—Por supuesto. Y antes de que me acuses de haberme quedado embarazada a propósito, te diré que no lo hice. Estaba estudiando y tenía en mente un futuro muy distinto.

No tengo forma de demostrártelo ni voy a intentarlo. ¿Querías algo más? ¿Hemos terminado?

—No lo sé. Acabo de conocer a mi hijo.

—Estuvo a punto de morir al nacer —se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Creyeron que lo perdería. Luchó durante seis días. Es un niño fuerte, a pesar de que no fuera deseado ni esperado Y es listo.

—Quiero ocuparme de los dos.

Ella se preguntó si era justo negarle a Henry la ayuda económica de Jace, a quien le sobraba el dinero. Pero se las apañaban bien, por lo que ella negó con la cabeza.

—No hace falta que te ocupes de nosotros. No quiero nada de ti ni Henry tampoco. No nos une nada a ti. Nunca he tratado de engañar a nadie y no voy a empezar ahora. Así que sigue con tu vida, con tus fiestas y tus películas. Es tarde para lamentarse, así que no vuelvas a pensar en nosotros. Nos irá bien.

Jace tardó un buen rato en tragarse el nudo que la emoción le había formado en la garganta. No podía dejar que las cosas terminaran así. Tenía un hijo. Sin embargo, inmediatamente pensó que la educación que había recibido lo había convertido en un monstruo, que estaba adormecido en su interior, pero que se despertaría. Debía alejarse de Kelly y del niño. Pero el corazón le latía con fuerza al pensar en que Kelly y él habían creado una nueva vida. Era padre.

—Quiero formar parte de su vida.

—Y después, ¿qué? ¿Llamar a tu abogado para que decida los días de visita en función de tu agenda? ¿Verlo cuando tengas tiempo o cuando estés en el país? ¿Presentarle a tus amigas, que competirán por ser su nueva mamá? ¿Dejar que se críe viendo a su padre en la pantalla del televisor o del cine? ¿Decirle a tu secretaria que le mande un regalo por su cumpleaños? Siempre es un detalle.

—¡Maldita sea, Kelly! No sé qué decirte. Aún no he tenido tiempo de pensarlo.

—Pues te lo voy a decir yo. La respuesta es que no, que no vas a verlo una o dos veces al año; que no vas a llamarlo por teléfono para pedirle perdón por haberte perdido su cumpleaños o su primer partido de rugby; que no se va a convertir en una celebridad mediática. Se merece algo mejor, y no voy a permitir que le hagas eso.

Jace no podía negar que buena parte de lo que ella había dicho era verdad. Sería lo que sucedería si su vida continuaba como lo había sido los doce años anteriores. Pero quería algo de normalidad en ella, un hogar, una familia. El problema era que no sabía cómo cambiar ni si deseaba realmente hacerlo.

Debía aceptar la salida que ella le proponía: asegurarse de que siempre hubiera dinero en su cuenta y dejarlos en paz antes de que los medios supieran de su existencia, antes de que él se volviera un maltratador como su padre.

A pesar de todo, deseaba abrazar a Kelly, estrecharla y prometerle que se encargaría de que todo saliera bien. Sabía que debía hacer algo, pero no el

qué.

—Es mi hijo.

—Sí.

—¿Y quieres que, sencillamente, desaparezca de vuestra vida?

—Lo que te he dicho es que puedes elegir. Su vida no va a girar en torno a la tuya. No voy a quedarme cruzada de brazos mientras le partes el corazón para después tratar de recoger los pedazos cuando vuelvas a desaparecer.

—Kelly…

Ella alzó la mano para que se callara.

—Dicho esto… —Kelly vaciló como si estuviera tomando una difícil decisión—. Tengo planes para mañana, pero si quieres verlo mientras estés aquí, ven el lunes por la tarde. Llego a casa sobre la cinco y media. Henry es todavía muy joven para establecer vínculos contigo o ponerse triste cuando te vayas. No hago esto por maldad, Jace. Tienes derecho a ver a tu hijo. Es precioso. Estarás muy orgulloso. Me encantaría que pudieras formar parte de su vida, pero ambos sabemos que no es realista. Y tengo que protegerlo, aunque sea de su propio padre.

—Seguro que podemos hallar una solución, Kelly.

—Tal vez —susurró ella.

Eso era mejor que una negativa tajante. Jace se conformó de momento.

—Mañana tengo que madrugar. Es tarde.

—Muy bien. Entonces hasta el lunes a las cinco y media.

Jace volvió a la camioneta totalmente emocionado. ¿Qué hubiera sucedido si no hubiera regresado? ¿Habría esperado Kelly a que el niño creciera para presentárselo? ¿Le hubiera dicho que no tenía padre? Ambas posibilidades eran inaceptables. Pero no dudaba que ella había tratado de hablar con él para contárselo.

Se montó en la camioneta. ¿Qué iba a hacer? Deseó que Henry no fuera su hijo, pero estaba seguro de que lo era. Kelly no le mentiría sobre algo así.

Aunque ella pretendiera que su vida continuara igual, él sabía que no sucedería. Iba a cambiar, y no a mejor. Antes o después, los medios se enterarían de que él había comprado un rancho, y acabarían por enterarse de la existencia de Kelly y de su hijo. Y la vida de ambos se convertiría en un circo mediático, algo a lo que ella no sabría enfrentarse. Jace no podía permitir que eso sucediera.

Pero ¿cómo iba a seguir adelante sin incluirlos a ambos en su vida? El deseo abrumador de cuidarlos competía con la certeza de que no sucedería, porque algún día podría hacerles daño.

Si le preocupaban Kelly y su hijo, tendría que alejarse de ellos. Pero ¿de dónde iba a sacar las fuerzas para hacerlo?

Capítulo 4

—Gracias por llevarme, Gerri —le dijo Kelly a su amiga mientras salían de la compañía de seguros.

—De nada. Para eso estamos.

Kelly no había encontrado a nadie que fuera a echar un vistazo a su coche, ya que todos los chicos a los que conocía estaban ocupados con los rodeos, pues era la temporada. El taller local se había ofrecido a enviar a alguien, pero a cambio de ciento cincuenta dólares, solo por el viaje.

Pero cuando entraron en su calle, el viejo coche estaba frente a su casa. La camioneta de Jace estaba aparcada junto a la acera.

—¡Vaya! —exclamó Gerri—. Parece que alguien ha decidido ayudarte.

Cuando Gerri se detuvo detrás de la camioneta, Kelly vio que Matt y Jace se lanzaban un balón de rugby en el jardín.

—Puede ser. Hasta mañana. Y gracias otra vez.

Kelly se dirigió a casa de la señora Jenkins. La familia de la anciana se había marchado a otro estado, y esta echaba de menos a sus hijos y nietos, por lo que había asegurado a Kelly que cuidar de Henry llenaría un vacío en su vida.

Volvió a casa con el bebé y, con él todavía en brazos, vio que Jace se acercaba a la puerta. El corazón se le aceleró de inmediato. Daría lo que fuera porque Jace fuera una persona normal con un trabajo normal. Tal vez entonces las cosas hubieran sido distintas.

Pero no debía perder el tiempo deseando cosas imposibles. No quería evitar que Jace se relacionara con su hijo, pero, al mismo tiempo, el mundo de su padre no era el lugar adecuado para el bebé.

En cuanto él la vio detrás de la puerta mosquitera, esbozó una hermosa sonrisa. Ella abrió la puerta y le hizo una señal para que entrara. Jace tocó la mano de Henry con precaución. El niño rio y le agarró el dedo al tiempo que pataleaba.

—Hola, amigo —la aceptación fue inmediata y mutua—. Es increíble.

—¿Quieres tenerlo en brazos?

Él asintió mientras la miraba. Ella comenzó a excitarse.

Jace era tan masculino que su cuerpo le pedía que se acercara más a él. Tragó saliva.

—Siéntate.

Cuando Jace lo hubo hecho, le puso al bebé en los brazos. El niño parecía diminuto a su lado, y Jace parecía incómodo, pero su mirada denotaba orgullo. Mientras veía al padre y al hijo relacionarse por primera vez, se preguntó cómo era posible que Jace le pareciera aún más sexy con Henry en brazos. Irradiaba oleadas de sexualidad. Era tan hombre, tan fuerte, tan

cautivador…

—Está empezando a responder a las voces y las sonrisas. Cuando está tumbado boca arriba, ya sabe darse la vuelta. Un día de estos me lo encontraré tratando de ponerse de pie. El pediatra dice que su desarrollo, tanto físico como mental, es excepcional.

Jace asintió, sin dejar de mirarlo. Parecía en estado de trance.

Kelly fue a la cocina y sacó el móvil del bolso. Volvió al salón para hacerles fotos. Era un momento memorable para los tres.

—Dame tu dirección electrónica y te las mandaré. —Gracias.

Ella volvió a sentarse.

—Háblame más de él.

—Es un niño feliz. Le encanta bañarse. Tiene un pato de plástico que siempre intenta agarrar, por lo que salpica agua en todas direcciones, lo que le hace reír.

—¿Por qué le has puesto Henry?

—Era el nombre de mi abuelo. Su segundo nombre es

Jason.

—¿Le has puesto mi nombre? —le preguntó él mirándola a los ojos.

—Me pareció que era lo correcto. He empezado a leerle. No entiende nada, desde luego, pero parece que le gusta.

—Responde al sonido de tu voz. Hace lo mismo que su padre.

Sus miradas se cruzaron durante unos segundos. Kelly tragó saliva. ¿Cuánto tiempo seguiría Jace hechizándola? Su voz siempre le había producido escalofríos, y seguía haciéndolo. Recordó lo bien que se sentía por el simple hecho de estar a su lado.

Apartó los recuerdos de su mente y siguió contándole a Jace cosas de su hijo. Mantuvo la vista clavada en el niño. No quería seguir recordando. Los recuerdos que había conseguido enterrar debían permanecer así. Jace no volvería a abrazarla.

El niño acabó por dormirse. Kelly lo agarró y lo acostó en la cuna. Cuando volvió, Jace estaba en la puerta principal.

—¿Debo agradecerte que me hayas traído el coche?

—No tiene importancia.

—He llamado a todos mis conocidos, pero ninguno tenía tiempo de echarle un vistazo. ¿Cuánto te debo?

—Me he limitado a encender el motor. Supongo que aceleraste antes de arrancar y lo ahogaste. Esas cosas pasan cuando uno está desesperado por irse.

—Pues gracias —dijo ella sin hacer caso de la burla.

—De nada. Me gustaría invitar a Matt al rancho para lanzarnos unas pelotas. Tal vez pueda darle algunos consejos.

—Le encantaría. Le obsesiona el rugby y, por si aún no te has dado cuenta, eres su héroe. Pero no lo hagas porque te sientas obligado. Al final, lo descubriría y…

—No te preocupes. Parece un buen chaval. Mi madre va a venir al rancho

dentro de unos días. Hasta entonces, jugar con Matt será estupendo. Me recordará viejos tiempos. Anochece sobre las nueve. Lo traeré de vuelta antes.

Las visitas por la tarde y practicar con la pelota con Matt se convirtieron en una costumbre. Durante las dos semanas siguientes, el resentimiento de Kelly comenzó a ceder hasta alcanzar un nivel controlable. Le resultaba muy extraño que Jace hubiera vuelto a su vida. Al principio pasó algunas noches de insomnio preguntándose qué sucedería, qué haría Jace y si entre sus planes se hallaba el de intentar quedarse con Henry.

Jace formaba parte de su pasado, no de su futuro, salvo por el hecho de ser el padre de Henry. Nunca volvería a estar entre sus brazos. Jamás.

Kelly empujó la puerta de la compañía de seguros donde trabajaba, en el departamento de atención al cliente, y se dirigió al aparcamiento. Había sido un día largo, pero eso la había ayudado a no pensar tanto en Jace.

Al acercarse a su coche vio al objeto de sus pensamientos apoyado en él. El corazón se le detuvo durante un instante. Su resolución de dejar el pasado donde estaba era una batalla diaria que se volvía más difícil cada vez que veía a Jace.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó él cuando llegó hasta el coche.

Ella se encogió de hombros.

—Hace una hora que he recibido una llamada —dijo él al cabo de unos segundos de vacilación—. Un amigo de los medios de comunicación que me debe un par de favores me ha dicho que alguien ha averiguado que soy el accionista principal de una empresa que acaba de comprar un rancho en Calico Springs. Los medios probablemente lo localizarán al final del día. Algunos periodistas no tienen escrúpulos y sacarán a la luz hechos que creías haber enterrado para siempre.

Kelly se preguntó por qué le contaba todo aquello. Si los medios descubrían que Henry era hijo de Jace, ella no podría hacer nada para impedirlo.

—¿Por qué me lo cuentas? No es asunto mío.

—Me temo que es cuestión de tiempo que descubran la existencia de Henry.

—¿Me estás pidiendo que niegue que es tu hijo si alguien me lo pregunta? Siento que el niño sea un problema para ti. Perdona, pero tengo que irme a casa.

Jace no se movió.

—No te estoy pidiendo nada parecido, Kelly. ¿Pusiste mi apellido en el certificado de nacimiento por ser su padre?

Ella asintió.

—Si alguien averigua lo de Henry, habrá un gran revuelo. No estarás a salvo o, como mínimo, estarás rodeada por la prensa día y noche, dondequiera que vayas. Te seguirán al trabajo. Averiguarán quién cuida del niño y harán lo

imposible por conseguir una foto. Puede que incluso vayan a la escuela de Matt.

—Pues les diré que se vayan de mi propiedad —afirmó ella con expresión escéptica—. Y en la escuela, ya se encargarán de que nadie se acerque a Matt. Me refiero a que esa gente no puede…

—Puede y lo hará.

—¡Maldita sea, Jace! Quédate tú con los medios y déjame en paz. Eso es exactamente lo que te dije que no quería que le sucediera a Henry.

—Lo sé y lo siento. Si fuera posible, lo cambiaría.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta? ¿Por qué me cuentas todo esto si no hay forma de pararlo?

—Henry, Matt y tú tenéis que mudaros a mi rancho lo antes posible.

Ella lo miró incrédula.

—Kelly, no puedes enfrentarte a esto sola. Yo tengo un equipo de seguridad las veinticuatro horas del día —Jace dirigió la vista hacia un sedán negro que estaba aparcado al otro lado de la calle e hizo un gesto al conductor. Este le contestó asintiendo.

—¿Me tomas el pelo? Estás exagerando. Estamos en Calico Springs, no en Los Ángeles. Es una pequeña y tranquila comunidad. Las cosas que me has contado no suceden aquí. Ahora, por favor, apártate. Tengo que ir a recoger a Henry.

Jace maldijo en voz baja, pero se apartó y le abrió la puerta. Kelly se puso al volante.

—Toma —dijo él entregándole un móvil—. Pulsa «llamar».

Solo hay tres personas que te responderán: dos miembros de mi equipo de seguridad y yo. Si tienes problemas, cambias de opinión o necesitas hablar conmigo, úsalo.

Aquello se estaba convirtiendo en una película de James Bond.

—¿Estás de broma?

Jace negó con la cabeza y no sonrió. Ella sintió una punzada de miedo. Agarró el teléfono y lo guardó en el bolso. Le pareció que era más sencillo que ponerse a discutir.

—No volveré a tu casa por las tardes. Corro el riesgo de que alguien me vea. Kelly, me gustaría que…

—No nos va a pasar nada —encendió el motor y metió la marcha atrás—. Le diré a Matt que estarás un tiempo sin venir.

Jace no dijo nada más. Se quedó inmóvil mientras ella salía del aparcamiento y giraba para ir a casa.

Kelly pensó que tenía que ser duro vivir cuidando siempre tus espaldas. Le parecía triste. Pero era la vida que él había elegido, por lo que debía enfrentarse a las consecuencias. Y eso no implicaba que ella tuviera que hacer lo mismo.

Capítulo 5

Un sonido desconocido despertó a Kelly. Con el ceño fruncido, se frotó los ojos y escuchó con atención. Parecía que procedía de gente que hablaba fuera de la casa. Se levantó de la cama. Estaba amaneciendo. Comprobó que Henry estaba dormido y le colocó bien la manta.

Sin encender la luz, se dirigió al salón y estuvo a punto de chocar con Matt en el vestíbulo.

—¿Has oído?

—Sí —contestó su hermana.

—¿Qué es?

—No lo sé —separó la persiana de lamas un poco y los dos miraron por la ventana. Había una docena de personas fuera, además de coches y camionetas aparcadas a ambos lados de la calle.

—¿Qué pasa, Kelly? Voy a salir a ver.

—No, Matt, no salgas.

Kelly vio las cámaras y las camionetas blancas con antenas de satélite. En el suelo había gruesos cables. Tragó saliva. Jace le había dicho la verdad. Sintió furia hacia él porque aquello le estuviera sucediendo, pero fue mayor su preocupación por Henry y Matt.

—Matt, ve a vestirte y a prepararte para ir a la escuela. No puedes llegar tarde el segundo día del curso. Busca algo para desayunar.

—Es increíble —afirmó su hermano con los ojos como platos—. Son periodistas, ¿verdad? ¿Están aquí porque Jace viene a visitarnos?

—No exactamente —Kelly no sabía cómo se lo iba a tomar, pero era hora de que lo supiera, antes de que lo oyera por televisión—. Están aquí porque Henry es hijo de Jace.

A Matt se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo? ¿Has tenido algo con Jace y no me lo habías dicho? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Lo dices en serio?

—Sí, pero es complicado. Y no tengo tiempo de explicártelo ahora.

—¿Lo sabe Jace?

—Sí —afirmó ella frotándose las sienes.

—Entonces, por eso me ha invitado a su casa a jugar al rugby —dijo Matt, claramente decepcionado.

—No. A los dos os encanta el rugby y parece que habéis hecho clic. Tiene muy buena opinión de ti, Matt. No te mentiría sobre algo así. Me lo ha dicho más de una vez.

Matt se quedó callado durante unos segundos.

—Vale. Es guay —afirmó con una media sonrisa—. Creo que no soy el único en la familia con el que ha hecho clic.

Kelly se puso colorada y fulminó a su hermano con la mirada.

—No sigas por ahí, Matt. Ve a vestirte.

El chico se fue a su habitación sonriendo. Estaba relacionado con una superestrella.

Después de haber cambiado y vestido a Henry, Kelly fue a la cocina a prepararle el desayuno. El bolso estaba encima de la mesa, y el móvil que le había dado Jace comenzó a sonar. Cuando lo sacó vio que había numerosas llamadas que no había oído.

—¿Sí?

—¿Por qué demonios no contestabas? —gritó Jace—. Llevo llamándote media hora. ¿Estás bien? ¿Y Henry?

—Está bien. Todos lo estamos. Hay gente fuera con cámaras. Tenías razón. Parece que los medios nos han encontrado.

—Quedaos en casa y cerrad las puertas con llave. Tom Stanton, mi jefe de seguridad, acaba de llegar y está enfrente de vuestra casa. Cuando estéis listos, os traerá al rancho y…

—No, Jace, no voy a ir a tu rancho. Creí que te lo había dejado claro. Tengo que ir a trabajar y Matt debe ir a la escuela dentro de unos minutos. Voy a llevar a Henry a casa de la señora Jenkins. Después, me iré a trabajar.

—No creo que sea…

—Por favor, no pierdas el tiempo diciéndome que no es buena idea. Si quieres ayudarnos, tenemos que llevar a Henry con la canguro y a Matt a la escuela.

—No esperes que tu vida vaya a seguir como antes. Lo siento, cariño.

Parecía sincero. Que la hubiera llamado cariño hizo que lo recordara a él con los brazos alrededor de ella y sus manos sobre las de ella, que sostenían una caña de pescar. Estaban en el estanque del rancho en que Jace se había alojado el año anterior. Él se había quitado la camisa y los zapatos. En la caña había picado una lubina de un kilo, el primer pez que ella había pescado en su vida. Al verla salir a la superficie, gritó de emoción mientras él se echaba a reír. Después, el pez cayó al agua. Se había soltado. Jace la abrazó y le dijo: «Lo siento, cariño». Pero al darse la vuelta en sus brazos, ella se olvidó del pez mientras contemplaba el brillo de deseo en sus ojos.

¿Cuánto tiempo debería esperar todavía hasta volverse inmune a él y no tener que luchar con su cuerpo para conservar cierto control?

—¿Me oyes, Kelly?

—Sí, sí, Jace. No puedo renunciar a mi vida y parece que tú tampoco a la tuya. Tengo que irme a trabajar.

Por fin, él lo aceptó contra su voluntad.

—Le diré a Tom que envíe a dos hombres a la puerta principal. Cuando quieras irte, díselo.

Tres días después, la locura no había disminuido, y el móvil de Kelly no

dejaba de sonar. Parecía que los medios no iban a darse por vencidos. Se les habían unido algunos habitantes del pueblo, guiados por la curiosidad. Su casa se había convertido en un circo. Por primera vez en su vida, Kelly sintió claustrofobia.

Desde el principio, habían bombardeado la centralita del trabajo con llamadas. Ese día, Kelly había tenido una desagradable reunión con su jefe en la que este le había recomendado que se fuera pronto a casa, que se tomara una semana de vacaciones y que tratara de poner orden en su vida. Y parecía que también habían descubierto el número de su móvil.

Todos los días, el equipo de seguridad de Jace recogía a Matt para llevarlo a la escuela y de vuelta a casa. Se lo estaba pasando de maravilla con tanta excitación, disfrutaba de su repentina popularidad, que le producía envidia a sus compañeros de clase. Todo ello aumentaba la frustración de Kelly.

Deambulando por la casa, le acudían a la mente pensamientos asesinos, todos sobre Jace. ¿Cómo había podido hacerle aquello? ¿Y por qué no hacía nada para que cesase?

El móvil que le había dado Jace comenzó a sonar. —¿Diga?

—Señorita Michaels, soy Tom Stanton, del servicio de seguridad de Jace. ¿Quiere el correo?

—Sí, claro.

—Uno de nuestros hombres se lo entregará por la puerta trasera dentro de unos minutos.

—Gracias.

Cuando el hombre llamó, le abrió la puerta. Le entregó tres bolsas de cartas.

—¿Qué es esto?

—Van dirigidas a usted. Probablemente sean cartas de admiradores.

Kelly no daba crédito a lo que veía. Cuando Matt llegó a casa, estaba a punto de abrir la segunda bolsa. Sentada en el suelo, llevaba tres horas leyendo locuras.

—Debiéramos vender palomitas a esa gente de ahí fuera —dijo Matt mientras se le acercaba—. Sacaríamos algo de dinero. ¿Qué haces? ¿Qué es todo esto?

—Cartas de admiradores. Siéntate. No quiero que te pierdas un segundo de esta maravillosa experiencia.

Matt se sentó a su lado y sacó un puñado de cartas de la bolsa recién abierta. Soltó una carcajada.

—Esta chica quiere un hijo de Jace, pero se alegra por ti —comenzó a leer otra. Con el ceño fruncido se la dio a su hermana.

—Será mejor que le eches un vistazo.

La carta estaba llena de alarmantes descripciones sobre lo que iban a hacerles al bebé y a ella. Kelly se puso lívida. De pronto, la sobresaltó un fuerte ruido procedente del dormitorio.

—Quédate con Henry, Matt —dijo mientras salía corriendo hacia allí.

—Siento lo del jarrón —dijo una mujer de su edad que estaba en la habitación.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado en mi casa? —gritó

Kelly.

—Por la ventana. ¿Es aquí donde duerme Jace Compton? —le preguntó mirando la cama. Pasó la mano por la colcha y se tumbó en ella. Parecía aturdida.

—¿Qué hace? ¡Fuera de mi cama!

—Es tan blanda —dijo la mujer haciendo caso omiso de Kelly.

Esta corrió a la cocina a por el móvil de Jace. Contestaron inmediatamente.

—Hay una mujer en mi dormitorio. Dice que ha entrado por la ventana. Está en mi cama y se niega a marcharse.

Colgaron y, en cuestión de segundos, varios hombres entraron por las diversas puertas, pistola en mano. Tom Stanton los guiaba. Agarraron a la mujer, la esposaron y llamaron a la policía.

Kelly volvió al salón y tomó a Henry en brazos. Matt se puso a su lado sin decir palabra.

—Tendrá que hacer una declaración a la policía, señorita Michaels. Llegarán enseguida.

Kelly asintió y se sentó en el sofá. Matt le entregó una carta a Tom.

—Creo que debe leerla.

—¿De dónde la has sacado, hijo?

—Estaba en el correo —indicó con un gesto las cartas esparcidas por el suelo—. La mayoría son estúpidas, pero esta…

Tom sacó el móvil y salió de la habitación. Kelly lo oyó hablar, aunque sin saber con quién ni qué decía. Pero se hacía una idea.

Capítulo 6

Jace tardó prácticamente todo el trayecto entre el rancho y la casa de Kelly en controlar su ira. Al recibir la llamada de Tom, el corazón se le había desbocado. Tuvo miedo por la seguridad de Kelly y su familia. Sus vidas estaban amenazadas. Lanzó un suspiro. Kelly tendría que hacerle caso. No volvería a aceptar sus excusas. Si tenía que hacer de malo de la película, lo haría.

Sabía que, con el tiempo, la presión de la prensa desaparecería. La noticia de que tenía un hijo había llevado a los medios hasta Texas, pero nadie quería leer viejas noticias. Al final, las nuevas las sustituían. Tenía que llamar a Brett para que no prolongara aquel lío. Lo único que les faltaba era que su mánager tratara de sacar partido de la situación.

Se bajó de la camioneta y dos miembros del servicio de seguridad se pusieron a su lado. No prestó atención a los gritos de los periodistas y de la población. Tres coches de policía bloqueaban la calle, y los policías trataban en vano de disolver a los presentes. Jace abrió la puerta y entró.

Kelly estaba sentada en el sofá con Henry en brazos. Matt se hallaba sentado a su lado leyendo cartas. Tom, dos de sus hombres y dos policías hablaban en voz baja en la cocina.

Cuando Jace se acercó a Kelly, ella lo fulminó con la mirada. Se sentó a su lado con expresión preocupada.

—¿Estáis bien?

—Sí, aunque es evidente que no me ha gustado que esa mujer haya entrado y se haya tumbado en mi cama. Se suponía que ibas a hacer algo. Ha roto el jarrón de mi abuela.

—Esto se ha acabado, Kelly, ¿entiendes? —la miró a los ojos—. Vas a agarrar algo de ropa y los tres os vais a venir conmigo al rancho hasta que la situación se calme.

—No quiero vivir en tu casa.

—Pues lo siento. ¿Prefieres quedarte aquí y que alguien vuelva a entrar? La próxima vez podría ser una persona trastornada, tal vez el idiota que ha escrito esa carta. No seas estúpida, Kelly.

La expresión de sorpresa de ella le indicó que se había pasado de la raya. Por primera vez en su vida, estaba a punto de perder los estribos, de hacer lo que llevaba tantos años temiendo, y ni más ni menos que con la madre de su hijo. Apretó los dientes para controlarse. Se sintió culpable por lo que acababa de decir.

Le tomó el rostro suavemente entre las manos, resuelto a hacerla comprender.

—¿Y si alguien se lleva a Henry para pedir rescate? No es ninguna

exageración.

—Pues haz que todo esto se acabe. Tú eres el causante. Estábamos bien hasta que volviste. Haz que nos dejen en paz.

—Lo intento, pero no es fácil. Pienso hacer todo lo que está en mi mano para dar a los periodistas lo que quieren para que se vayan. Pero el rancho es el único sitio en el que te puedo proteger hasta que eso suceda.

—Podemos ir al piso de mi amiga Gerri.

—¿Crees que será distinto?

Ella se pasó la lengua por el labio inferior. Jace se recordó haciéndole lo mismo, probando sus labios antes de ir más adentro y gozar del dulce sabor de su boca.

—No lo sé, pero no me voy a mudar a tu casa.

—Kelly, Henry es mi hijo y, de una u otra forma, va a marcharse de esta casa. No es segura. Si me veo obligado, pediré a la justicia la custodia temporal. Y no creas que un juez va a dejar que un bebé de cinco meses viva en un entorno peligroso.

Detestaba hacer de malo, pero estaban en peligro. Si algo les sucedía, nunca se lo perdonaría.

Ella lo miró. Estaba pálida y angustiada. La sola mención de la posibilidad de que secuestraran a su hijo la había aterrorizado. Jace sintió una punzada de culpa por lo que le había dicho, pero tenía que ponerlos a salvo.

—No va a ser para siempre, Kelly.

Ella asintió.

—No tenías que haberme amenazado —dijo ella.

—Te pido disculpas. Has tomado la decisión correcta.

—Tampoco me trates con condescendencia. No me dejas alternativa. Por supuesto que me preocupa la seguridad de Henry, pero tienes que darte cuenta de lo incómoda que me siento. Espero que, mientras estamos allí, consigas que toda esta locura desaparezca.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, y él se dio cuenta de que estaba a punto de besarla. Lo deseaba, incluso en medio de aquella situación. Recordó cómo se sentía al abrazarla, al hacerle el amor. Supo que ella no sería la única que se sentiría incómoda bajo su techo, a solo unos pasos de su dormitorio.

Fue a hablar con Tom y, después, ambos salieron por la puerta principal. Kelly oyó que Jace hablaba con la prensa. Diez minutos después volvieron a entrar.

—Esto es lo que haremos —dijo Jace dirigiéndose a Kelly—. Casi se ha hecho de noche, lo cual juega a nuestro favor. Tom estará con el coche frente a la casa dentro de unos minutos, lo que dará tiempo a que los medios se dispersen. Es el mismo coche con el que te lleva a trabajar. Dirigíos a él sin deteneros. Ya conoces la rutina.

Ella se levantó y puso a Henry en brazos de Jace.

—Voy a hacer el equipaje.

Fue a su habitación y agarró y metió en una bolsa todo lo necesario para el bebé. Después sacó una maleta pequeña y agarró algo de ropa y artículos de tocador.

Media hora más tarde estaba lista para salir. Matt se hallaba junto a la puerta con una mochila y una bolsa donde había metido sus libros. Jace se puso a su lado con Henry en brazos.

Kelly miró por la ventana y vio que el coche se detenía frente a la casa.

—Ya está aquí.

Hicieron el corto recorrido hasta el vehículo sin problemas, aunque las cámaras filmaron cada paso. La multitud que había detrás de las cintas amarillas colocadas por la policía se echó hacia delante cuando Jace apareció con Henry. El trayecto hasta el aparcamiento de la tienda de ultramarinos transcurrió sin incidentes. Allí los esperaba un helicóptero, que pronto despegó.

—Qué guay —murmuró Matt mirando por la ventanilla.

A los pocos minutos llegaron al rancho y aterrizaron en un pastizal detrás de la casa. Allí los escoltaron hasta los coches que los esperaban.

La mansión estaba completamente iluminada.

—Esta es Carmen —Jace les presentó a una robusta hispana que se acercó a ellos con una sonrisa en cuanto entraron—. Tengo que hablar con Tom. Carmen os conducirá al piso de arriba y os enseñará vuestras habitaciones.

Kelly agarró a Henry y siguieron al ama de llaves. Kelly recordó que, el día que había limpiado la casa, le había parecido estupenda para una familia. Jamás se le hubiera ocurrido que sería la suya propia, y mucho menos que viviría allí con Jace.

El dormitorio al que Carmen los llevó era solo un poco más pequeño que las habitaciones que había limpiado. Era muy acogedor.

—Usted está en la de al lado, señor Matt —dijo Carmen con su fuerte acento—. Por aquí. Póngase usted cómoda —sonrió al bebé—. Tengo cuatro hijas, dos hijos y cinco nietos. Si necesita algo para el niño, dígamelo, señora Compton. Sé lo que hay que hacer.

—Gracias, pero no soy la… —Carmen desapareció con

Matt antes de que Kelly pudiera decirle que no era la señora Compton. De todos modos, ¿para qué se iba a molestar en corregirla? No se quedarían mucho tiempo.

Henry se quedó dormido en sus brazos y lo colocó en el centro de la cama.

Vivir con Jace no era buena idea. Cada vez que él se le acercaba, la asaltaban los recuerdos. Cuando hablaba, sus ojos se fijaban automáticamente en su boca, en aquellos labios que sabían hacer cosas maravillosas.

Tenía que tomar perspectiva con respecto a la situación. Era indudable que muchas otras mujeres habrían sentido lo mismo por Jace. Ella era una más en una larga lista. Ya había sobrevivido a su relación con él una vez, así que podría volver a hacerlo. Solo estaba allí por Henry.

Después de deshacer el equipaje, no supo qué hacer. Encendió la

televisión, pero volvió a apagarla al no encontrar nada que la interesara. Entró en el cuarto de baño. Había ducha y jacuzzi, ambos enormes. Volvió a la habitación y puso almohadas alrededor de Henry para protegerlo mientras dormía. Después lo tapó con su mantita y volvió al cuarto de baño, donde se metió en el jacuzzi. Enseguida sintió que el estrés de los últimos días comenzaba a disminuir.

Recordó que en el rancho donde Jace se había alojado el año anterior no había bañera, y que tuvieron que arreglárselas con una ducha.

Por primera vez en su vida, Kelly había visto un ejemplo perfecto de un cuerpo humano masculino. Jace se había enjabonado las manos y comenzado a frotarla lentamente por todas partes, en los senos y, descendiendo por el estómago, entre las piernas.

Estaba my excitado y ella se quedó sin respiración al contemplarlo, incapaz de apartar la vista. Nunca había visto a un hombre así. Y él también quería verla por entero.

—¿Ves algo que te guste? —le había preguntado él.

Ella alzó la vista y lo miró a los ojos al tiempo que se sonrojaba. Era evidente que Jace no tenía problemas de pudor. No le preocupaba en absoluto que lo viera desnudo, y excitado.

—¿No habías visto a un hombre desnudo?

Ella tragó saliva.

—Así no.

—¿Cuántos años tenías? ¿Eras una adolescente?

—Sí.

—¿Qué fue? ¿Uno rápido en el asiento trasero del coche?

Ella asintió mientras se daba cuenta de que su experiencia adolescente no iba a parecerse en nada a lo que estaba a punto de experimentar con el hombre hecho y derecho que se hallaba frente a ella.

—Me pica la curiosidad saber qué mas no has experimentado. Vamos a averiguarlo.

Sin esperar a que ella respondiera, Jace la besó en los labios. Después le agarró las manos con las palmas hacia arriba y les echó gel. Ella se las miró durante unos segundos. Sabía lo que le estaba pidiendo. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad al pensar en lo que iba a hacer.

Comenzó a frotarle el cuerpo por el pecho y los brazos. Después pasó a los hombros y el cuello, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Él le agarró las manos y se las empujó hacia abajo.

—Acaríciame —le susurró al tiempo que se las ponía en el sexo.

Ella dejó de mirarle a los ojos y dirigió la vista a lo que tenía entre las manos. Volvió a mirarlo a los ojos y se quedó inmóvil.

—Voy a ayudarte, cariño —le susurró él. Y comenzó a moverle la mano a lo largo de su sexo. Era una sensación increíble, y ella pronto le siguió el ritmo.

Jace bajó la cabeza buscando su boca. Ella la abrió y le dio la bienvenida.

Él la rodeó con los brazos mientras los envolvía el agua caliente.

Él le apretó la cadera con la mano y la bajó para frotarla en medio de los muslos, animándola a que se abriera a él. Ella comenzó a moverse intentando apagar el fuego que sentía. Él le introdujo dos dedos y ella se estremeció. Lanzó un gemido y apoyó la espalda en la pared de la ducha.

—Kelly —gimió él, con la voz cargada de deseo. De pronto, la levantó, se colocó entre sus muslos y la penetró mientras la besaba en la unión del cuello y el hombro.

Ella gimió, cerró los ojos y buscó su boca. Unos labios hambrientos se unieron a los suyos, y la lengua masculina le exploró hasta el último rincón. Ella le tomó el rostro entre las manos, llena de deseo.

—Mmm... —la voz de Jace rompió el silencio.

El recuerdo concluyó con la sensación de que le habían echado un cubo de agua fría. Abrió bruscamente los ojos y vio que Jace estaba inclinado sobre la bañera, con su rostro a escasos centímetros del suyo. Ella se ruborizó al darse cuenta de que había llegado un punto en que el recuerdo se había fundido con el presente. Rogó que Jace fuera incapaz de leerle el pensamiento.

Se puso los brazos sobre los senos y lo fulminó con la mirada. Él se irguió con las manos en las caderas mientras examinaba su cuerpo desnudo con los ojos brillantes.

—¿Qué haces aquí? —le espetó ella.

Él frunció los labios como para ocultar una sonrisa y permaneció inmóvil.

—Estoy a punto de hacerte el amor.

Capítulo 7

—No tienes derecho a entrar aquí porque esta sea tu casa.

—No me ha parecido que te importara.

—Estaba… estaba…

—Sé perfectamente lo que estabas haciendo, Kelly. En vez de dedicarte a recordar, ¿por qué no me dejas que te ofrezca realidades?

Kelly buscó frenéticamente una toalla con la mirada.

—Sal de aquí.

—Iba a mi habitación y he oído llorar a Henry. No hay nada que no haya visto antes, Kelly.

—No se trata de eso.

—¿No?

—No.

Jace agarró una toalla y la levantó para ella. Kelly salió de la bañera y él la envolvió en ella para después abrazarla.

—Te he echado de menos.

Ella se estremeció.

—No es verdad.

—Quiero que solucionemos esto, Kelly. He cometido errores, pero no lo he hecho de forma intencionada.

Ella retrocedió y él la soltó.

—Me da igual.

—Creo que te has dejado ganar por el orgullo.

—Y yo creo que te has dejado ganar por la libido.

—¿Y eso es malo?

Ella no estaba dispuesta a discutir, sobre todo, porque no sabía si ganaría. Agarró el peine y comenzó a peinarse con la esperanza de que se fuera, pero él se quedó en la entrada del cuarto de baño, apoyado en la pared. Ella comenzó a sentir el deseo de hacer cosas que no debiera, y Jace parecía estar más que dispuesto a repetirlas todas. Pero ella no. La primera vez, cuando él se hubo marchado y ella se enteró de que le había mentido, se quedó destrozada. Por el bien de Henry y el suyo propio, no debía volver a caer en la trampa.

Volvió al dormitorio para vestirse. Miró a Henry, que seguía profundamente dormido. Jace se le acercó, miró al bebé y Kelly vio preocupación en sus ojos. Su hijo lo preocupaba. Lo había oído llorar y había entrado a ver qué le pasaba. Le había puesto el chupete y se había quedado con él hasta que se había vuelto a dormir. Por primera vez, Kelly vio en Jace algo más que un cuerpo sexy y una sonrisa deslumbrante.

—Voy a ver cómo está Matt —dijo ella mientras sacaba unos vaqueros y

una camiseta limpios.

Jace asintió y salió de la habitación.

Matt estaba absorto en una carrera de coches en su Xbox. Ella volvió al dormitorio, se puso el camisón y se metió en la cama con Henry. No podía seguir en aquella casa con Jace, que tal vez quisiera retomar su relación donde la habían dejado. Y ella sabía que sus defensas eran débiles. Amarlo era algo que no podía controlar, pero no haría el amor con él, con independencia de cuánto lo deseara.

—No lo entiendo —Kelly parpadeó con fuerza para ocultar las lágrimas—. Tenía una semana de vacaciones y solo han pasado cinco días.

—¿Vas a volver el lunes? —le preguntó su jefe—. Te prevengo de que la prensa sigue esperando en todas la salidas. Sinceramente, se está convirtiendo en un problema —dijo con firmeza al otro lado de la línea telefónica. El trabajo se acumulaba y necesitaban que alguien lo hiciera.

Cuando acabaron de hablar, Kelly se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Estaba destrozada. Había renunciado a su empleo contra su voluntad. Su jefe le había dicho que su trabajo era fundamental y que si había una vacante cuando estuviera dispuesta a volver, estudiarían readmitirla. Se había disculpado antes de colgar dejando sin esperanzas a Kelly sobre su futuro inmediato.

—Kelly —la llamó su hermano desde el salón—. Ven a ver la televisión —había una rueda de prensa—. Ahora sabemos dónde está Jace desde hace dos días.

—No sabía que nos importara.

—Sí, siempre me ha gustado Texas —el hermoso rostro de Jace llenó la pantalla mientras hablaba con tranquilidad.

—Corren rumores de que usted y Kelly Michaels tiene un hijo —le preguntó un periodista—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Jace asintió sin vacilar, al tiempo que sonreía.

—Sí, tenemos un hijo. Estamos muy contentos y emocionados. Les enseñaré fotos cuando crezca un poco.

Siguió una ronda de preguntas.

—No sé dónde viviremos. Ahora estamos en Texas. Puede que volvamos a Los Ángeles. Aún no lo hemos decidido.

—¿Van a casarse?

—De momento no hemos hecho planes. Queremos disfrutar de nuestro hijo y de un poco de tranquilidad. Espero que respeten nuestra intimidad.

Después le preguntaron por su nueva película. Cuando hubo respondido, la rueda de prensa terminó.

Jace entró en el hotel seguido de sus guardaespaldas para evitar que los periodistas fueran tras él. Al menos, pensó Kelly, estaba cumpliendo su promesa de hacer lo que pudiera para que los medios los dejaran en paz.

—Fantástico —dijo Matt apagando el televisor—. No me digas que no es emocionante estar aquí.

—No lo es, Matt. Acabo de perder mi empleo. Pronto no tendremos una casa a la que volver. Y antes de que me lo preguntes, la respuesta es que no podemos seguir viviendo aquí —no iba a explicarle las razones a su hermano. ¿Y dónde encontraría otro trabajo? En una comunidad pequeña como aquella no había muchas oportunidades.

—Necesito una secretaria.

Kelly se dio la vuelta y vio a una mujer en la puerta. Las arrugas de sus ojos parecían hacerlos brillar. Su sonrisa le resultó familiar.

—Soy Mona, la madre de Jason. Tú debes de ser Kelly.

—Sí.

—Siento no haber estado aquí para saludarte cuando llegaste —dijo Mona mientras se acercaba a ellos—. Tardé más de lo previsto en acabar lo que tenía que hacer en California. Tú debes ser Matt. Encantada de conocerte. Jason me ha hablado mucho de vosotros.

Se detuvo frente a Kelly, que tenía a Henry en su regazo.

—¿Y quién es este hombrecito?

—Es Henry —Kelly sonrió.

Mona lo miró de arriba abajo, sin moverse, durante unos segundos al tiempo que trataba de ocultar sus lágrimas de alegría.

—¿Quieres tenerlo en brazos?

A Henry le encantaba la gente. Los desconocidos no le daban miedo. Mona agarró una silla y se sentó. Se secó las lágrimas y sonrió a Kelly.

—Me encantaría.

Matt se fue a su habitación. Mona tomó al niño en su brazos y Kelly contempló, feliz, el primer encuentro entre Henry y su abuela.

Resultó que la oferta de trabajo era cierta. Mona dirigía una organización que recaudaba dinero para distintas obras benéficas. Una de ellas consistía en ayudar a madres e hijos maltratados. Para conseguir dinero siempre celebraba un banquete y un baile a principios de octubre. Y necesitaba ayuda.

Kelly no sabía cómo se las había arreglado Mona, pero consiguió convencerla de que la ayudara hasta que se celebrara el baile, para lo cual faltaba un mes. Pensó que estaba perdiendo el juicio. Pero no viviría en casa de Jace para siempre. Podía estar loca, pero no era estúpida.

Esperaría una semana más a que la presión mediática se calmara, y después volverían a casa. Creía que era fuerte y resuelta. Pero sentía debilidad por Jace. Si cedía a ella, terminaría sufriendo, algo que no deseaba ni necesitaba.

Mientras el helicóptero descendía, Jace pensó en quienes lo estarían esperando cuando llegara: Kelly, su hijo, su madre y Matt. Una pequeña familia como la que siempre había deseado. Y aunque no todos fueran a

recibirle con los brazos abiertos, al menos, la casa no estaría vacía.

Matt ya era un buen amigo. Y Henry… un milagro viviente. Una vida joven con todo por delante. Y él deseaba poner el mundo a sus pies.

Kelly era el centro y el elemento de cohesión, la razón por la que él estaba allí. El tiempo que habían estado juntos el año anterior había sido dichoso, el sueño de un futuro que nunca había imaginado. ¿Había sido solo un sueño? Estaba dispuesto a averiguarlo.

—¿Dónde está Kelly? —preguntó a su madre al entrar en la cocina.

Mona estaba sentada a la mesa comiendo un trozo de bizcocho que Carmen había hecho. No le contestó y evitó mirarlo mientras daba un sorbo de café. Jace se puso en guardia.

—¿Mamá?

—Creo que tenía cosas que hacer.

—¿Se ha marchado del rancho?

—No te preocupes, cariño. Volverá en cuento pueda.

Jace lanzó una maldición y sacó el móvil para llamar a Tom.

—Me dijo que tenía cosas que hacer y que quería su coche —le dijo este —. Murphy la ha llevado al pueblo. Al llegar a su casa, le dijo que se fuera. Sabes que hay límites a lo que podemos hacer, Jace. Si nos dice que nos vayamos… —Si, lo sé. ¿Había alguien en su casa?

—Una docena de mirones. No creo que haya problemas.

Era evidente que Tom no conocía a Kelly.

—¿A qué hora ha salido de aquí?

—A las diez.

—Gracias.

Kelly era muy independiente, pero él no había creído que quisiera tentar la suerte. Sabía lo que le podía suceder. Sin embargo, parecía que, tramara lo que tramara, estaba dispuesta a arriesgarse.

Jace consultó su reloj y frunció el ceño. Eran las dos. Salió y se montó en la camioneta. Encontró a Kelly a un kilómetro y medio de distancia andando hacia la casa con el niño en brazos. No parecía muy alegre.

Jace se bajó para abrirle la puerta del copiloto y ayudarla a subir. Después puso en el asiento trasero las bolsas que llevaba y el bolso. Volvió a montarse en la camioneta y condujo hasta el rancho.

—Voy a darte un móvil.

—Ya tengo uno, pero aquí no hay cobertura.

—Pues te daré uno mejor.

—No hace falta. El que tengo funciona bien en el pueblo.

—¿Y mientras vivas aquí? No es muy inteligente salir con un bebé sin posibilidad de llamar para pedir ayuda si la necesitas.

—Tienes razón Me compraré otro.

—¿Y qué vas a hace hasta que te lo compres?

—Sin tener un medio de transporte, no creo que sea problema. Tengo que llevar el coche a arreglar.

—No merece la pena que arregles esa antigualla. Dime qué coche quieres y mañana lo tendrás aquí.

—No.

Jace apretó los dientes.

—Eres la persona más obstinada que he conocido.

—¿Yo? ¡Quién fue a hablar! ¿Por qué sigues insistiendo en regalarme cosas? No necesito tu ayuda. Ya lo hemos hablado. Tal vez deba ponértelo por escrito y pegártelo en la frente.

—¿A qué has ido al pueblo?

—Quería traer el coche. Tu madre me ha ofrecido un empleo temporal. Necesito un medio de transporte para venir aquí.

—Estás viviendo aquí.

—No podemos seguir haciéndolo.

—¿Por qué no?

Ella le lanzó una mirada inexpresiva y no le contestó.

De acuerdo, sabía por qué no: por la atracción que había entre ambos. Pero no quería que ella dejara el rancho, y no solo por cuestión de seguridad ni porque quisiera llevárselo a la cama.

Deseaba volver a caerle bien.

—Tal vez haya otra posibilidad.

—¿Cuál?

Jace frenó, dio marchas atrás y tomó un sendero de gravilla que desaparecía entre los árboles y desembocaba en una casita blanca. Él apagó el motor.

—Cuando compré el rancho había cuatro casas en la propiedad para alojar a los trabajadores. Las he reformado, al igual que el edifico principal. El capataz del rancho vive en una de ellas; mi preparador personal, en otra; la tercera la ocupa mi equipo de seguridad; y esta es la cuarta. Está vacía. Es independiente del rancho y tiene tres dormitorios, cuarto de baño y cocina.

—No voy a mudarme aquí.

—¿Por qué no? Yo no voy a usarla.

Kelly tuvo que reconocer que era mejor que vivir en casa de él. Podía ser una solución temporal mientras trabajaba para Mona.

—No sé…

—Creo que es buena idea.

—No, no lo es.

Si se mudaba allí, dependería de Jace para todo.

—Piénsatelo.

—Me gusta vivir en el pueblo.

—No la has visto por dentro.

—Me da igual. ¿Para qué voy a mudarme aquí para unos meses? Es demasiado jaleo. Ya estoy en deuda con tu madre por haberme ofrecido trabajo. Encima no voy a pedirte un lugar para vivir.

—No recuerdo que lo hayas hecho.

—Jace, tengo a dos personas que dependen de mí. No puedo arriesgarme a que, de repente, decidas vender esta casa. ¿Qué haríamos entonces, sin trabajo y sin casa? Y lo más probable es que tú te hubieras ido, igual que antes.

Él la miró con resentimiento. Apretó los labios hasta que formaron una fina línea, como si estuviera dispuesto a defenderse. Pero en cuestión de segundos, su expresión cambió y adoptó un aire resuelto.

—Nunca más tendrás que preocuparte de tener trabajo, una casa o dinero para vivir. Acéptalo.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—Puede que a ti te parezca bien que tu examante viva en tu rancho como una especie de sanguijuela, pero a mí no. Estoy segura que ya me consideran una cazafortunas, y lo detesto. Si me mudo aquí, aún será peor.

—Me importa un pito lo que piensen los demás —respondió él, todavía algo molesto. La miró pensativo. Después le lanzó la bomba.

—Pero si te preocupa la opinión pública, cásate conmigo, Kelly, y asunto concluido.

Capítulo 8

Kelly tuvo que agarrarse al asiento para mantenerse erguida.

—No tiene gracia.

—No pretendo que la tenga.

—Entonces es que has perdido el juicio.

—¿Por qué?

Ella se puso a mirar por la ventanilla y tragó saliva.

—¿De vedad esperas que te responda a esa broma? Haber tenido un hijo juntos no implica que tengamos que casarnos. Tampoco es una razón para hacerlo que estemos bien en la cama.

—Al menos lo reconoces —Jace enarcó las cejas como desafiándola a que lo negara.

Kelly no esperaba que le pidiera aquello, ni siquiera en broma. Le dolió que él considerara el matrimonio una burla. Eso era una muestra de cómo veía Jace la vida. Ella siempre lo había sospechado, sin querer creérselo.

Ella había contemplado en primera fila el desastre matrimonial de sus padres, la forma en que el sentimiento de obligación de su padre se había convertido en desinterés, en asco y, por fin, en odio. Se mofaba del amor de su madre y se alegraba de su angustia.

Aunque su madre se hubiera conformado con un hombre que no la quería, Kelly no iba a seguir su ejemplo. Deseaba estar con alguien que la amara y que quisiera estar con ella, no con un hombre atrapado por las circunstancias. Para ella, el matrimonio era un ideal que respetaba. Pero no se casaría con Jace Compton.

En otra época hubiera cazado al vuelo la oportunidad de casarse con el hombre del que se había enamorado quince meses antes. Pero a condición de que la quisiera, no de que se sintiera obligado.

El único motivo de que Jace estuviera ahora con ella era Henry. Cuando se le pasara la ilusión de los primeros días, desaparecería.

Parpadeó para que no se le notaran las lágrimas y apretó los dientes para vencer aquella debilidad transitoria. Amaba a Jace. No había dejado de hacerlo. Pero él no debía saberlo. No soportaría la vergüenza y las burlas que se producirían si se enterara.

—Vamos, al menos échale un vistazo.

—No —susurró ella juntando las manos en el regazo.

—Preferiría que te quedaras en el edificio principal, pero entiendo que necesites intimidad. Espera por lo menos a haber visto la casa antes de tomar una decisión —se bajó y fue a abrirle la puerta.

—Venga, baja.

—Déjalo, por favor.

—Respeto tu necesidad de independencia, Kelly, pero estás dejando que el odio que sientes hacia mí te nuble el sentido común. No tengo intención de vender el rancho. Mi madre lo necesita tanto como yo. Y ambos te necesitamos.

Sus palabras la conmovieron. Sintió deseos de acariciarle el rostro, de que la abrazara, a pesar de lo que la había hecho sufrir. Pero había dejado de ser estúpida.

—No te odio, Jace.

Durante unos segundos, ninguno se movió. Después, Jace se inclinó hacia ella, y Kelly, a pesar de las señales de alarma que sintió en su interior, no se echó hacia atrás. Los labios de él rozaron los suyos con cautela, como si le estuvieran pidiendo permiso. La lengua le sabía a café. Ella le puso la mano derecha en el hombro. Pareció que los quince meses transcurridos habían desaparecido, que era como si se hubieran besado el día anterior.

Henry se despertó en ese preciso momento de la siesta en brazos de su madre y se puso a parlotear. Jace se echó hacia atrás y miró a Kelly con atención. Frunció el ceño mientras le secaba las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—No sé de qué me hablas —dijo ella tratando de reírse.

Él continuó observándola.

—No digas nada más. Es que te estoy agradecida por ofrecerme la casa, eso es todo.

Kelly vio que no se lo creía. A diferencia de él, no era actriz.

Jace tomó a Henry en brazos y le tendió la mano a Kelly para ayudarla a bajar de la camioneta. Se acercaron a la casa y él abrió la puerta.

La casa era bonita.

—Los dormitorios y el cuarto de baño están allí —dijo Jace.

La casa estaba limpia y aireada. Los muebles del baño y de la cocina eran nuevos.

Jace balanceó la llave frente a sus ojos.

—No es un cebo, porque no se trata de una trampa. Es tuya si la quieres. Tú tendrás la única llave.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué lo haces?

—¿Tiene que haber un motivo además de que es lo más práctico?

—Eso no es una repuesta.

—Tienes que vivir en algún sitio, y quedarte en tu casa del pueblo no es una buena opción. No quieres vivir en la casa grande conmigo. Por tanto, esta es una alternativa razonable y factible. He pagado el alquiler de tu casa hasta finales de año, así que no te sientas atrapada aquí. Además, voy a regalarte un coche, y no pienso discutirlo contigo.

Kelly le quitó la llave de la mano y asintió de mala gana. Solo estarían alejados unos metros, pero era lo que había.

—Este sendero conduce a la puerta trasera de la casa —le dijo Jace, aún

con Henry en los brazos—. Si lo sigues en sentido contrario, llegarás al edificio principal.

Volvieron juntos a la camioneta. Jace le devolvió a Henry, la ayudó a subirse y se sentó al volante.

—No debías haberme pagado el alquiler.

Él no contestó, pero frunció los labios para reprimir una sonrisa y negó con la cabeza como si estuviera esperando que dijera eso. Pero a ella no le gustaba la caridad ni, desde luego, que su conducta fuera previsible.

Hicieron en silencio el trayecto hasta la casa grande. Kelly se preguntó cómo acabaría aquello. Cada vez formaba más parte de la vida de Jace, lo cual la asustaba. Tragó saliva.

«Es algo temporal», se recordó.

El viernes por la tarde, tres de los trabajadores del rancho trasladaron el equipaje de Kelly a la casita. Jace estuvo con ella mientras descargaban la camioneta. Tenía a Henry en brazos, cosa que parecía gustarle. Ella estaba sorprendida de la facilidad con que se había establecido un vínculo entre ellos, lo cual podía ser un problema para el niño cuando tuvieran que marcharse de allí.

—Ya está —le dijo el capataz a Kelly—. Hemos armado la cuna del bebé. Lo único que tiene que hacer es deshacer el equipaje e instalarse.

—Muchas gracias, Sam. Gracias, chicos —dijo Kelly.

—Te lo agradezco, Sam —dijo Jace.

—De nada, Jace. Cuida del bebé —le respondió Sam con una sonrisa mientras se ponía al volante de la vieja camioneta. Sus dos ayudantes se llevaron la mano al sombrero y se dirigieron al establo—. Es un placer tenerla aquí, señora Compton —añadió el capataz mientras ponía en marcha el vehículo. Después agitó la mano en señal de despedida.

—No soy… —Kelly dio una patada en el suelo, enfadada—. ¿Por qué me llama todo el mundo así?

—Yo no les he dicho nada.

Ella lo fulminó con la mirada, agarró a Henry y entró en la cabaña. De pie en medio del salón, rodeada de todas las bolsas y cajas, volvió a pensar que aquella decisión no era acertada. Dejó a Henry en su sillita y comenzó a deshacer el equipaje y a colocar sus cosas. Unas horas después ya había acabado: las camas estaban hechas y las cajas de cartón aplanadas y colocadas fuera de la vivienda.

Esa noche, después de bañar a Henry, darle de cenar y acostarlo, salió al porche, donde había dos sillas de metal. Hacía fresco para la estación. Se sentó en una silla y cerró los ojos para disfrutar de la hermosa noche.

—Parece que tenemos buen tiempo.

Kelly se sobresaltó al oír la voz masculina.

—Perdone, no pretendía asustarla.

—No importa —Kelly miró al hombre. Su sonrisa la tranquilizó de inmediato—. Me ha parecido un buen momento para poner los pies en alto y relajarme.

El hombre se quitó el sombrero.

—Soy Sylvester Decker, uno de los domadores de caballos del rancho. Me llaman simplemente Decker.

—Ah, sí. Encantada de conocerlo. A veces los veo a ustedes con los caballos. Hay uno de color castaño con la melena blanca. Es muy bonito.

—Es una yegua, Classy Lady. Y tiene razón, es hermosa. ¿Por qué no viene un día a la cuadra para ver los caballos de cerca? ¿Monta usted?

—Montaba. Una de mis mejores amigas vive en el rancho de al lado. Cuando íbamos a la escuela, me invitaba los fines

de semana y solíamos pasear a caballo. Era fantástico.

De repente, Decker retrocedió un paso.

—Hola, Jace.

—Hola.

Ni Kelly ni Decker lo habían oído llegar.

—He pasado a saludar a nuestra nueva vecina.

Jace no respondió. Miró al hombre como un depredador que protegiera su territorio. Los ojos le brillaban en la oscuridad como los de una pantera que volviera a su guarida y hallara otro macho acechando en la entrada. El ambiente se enrareció súbitamente.

—Bueno, os dejo para que habléis. Mucho gusto, Kelly.

—Lo mismo digo, Decker.

—No olvides venir a ver los potros.

—Gracias, me encantará.

Decker desapareció en la noche mientras Jace acercaba la otra silla a la de Kelly.

—¿Te importa que me siente? —lo hizo sin esperar respuesta—. ¿Qué tal con mi madre? ¿Todo bien?

—Es estupenda y me encanta el trabajo. Tenía miedo de que me lo hubiera ofrecido por…

—¿Creíste que lo hacía como un acto caritativo?

—Sí, pero no es así. Hay mucho que hacer.

—Mi madre tenía dos secretarias a tiempo completo cuando vivía en Los Ángeles.

—Estamos terminando las invitaciones para el baile de octubre.

—Ah, sí. Mi madre celebra diversos eventos al año para distintas causas, pero esa es su preferida.

Una suave brisa llevó a Kelly el olor masculino de Jace. Su cuerpo, automáticamente, se inclinó hacia él. Se preguntó si sabría el efecto que le causaba. Pero seguro que era el mismo que provocaba en todas las mujeres.

—Es una pena que haya tantos árboles, ya que impiden ver el cielo.

Ella, automáticamente miró hacia arriba, pero lo único que vio fueron las hojas de las ramas más bajas.

—Recuerdo que en Texas veíamos anochecer. De pronto, el cielo se llenaba de estrellas.

—Sí —susurró ella sin poder controlarse. Sabía que se refería a las noches que habían pasado abrazados mirando las estrellas por la ventana.

—¿Sigues mirando las estrellas, Kelly?

—No, ya no —carraspeó—. Decker me ha dicho que tienes buenos caballos. A pesar de haberme criado en ranchos, nunca había visto uno como el tuyo.

—Es un reto —contestó él asintiendo—. Hay que implicarse mucho más de lo que pensaba, y eso que estamos empezando. No es fácil, pero el esfuerzo merece la pena. Espero que la paciencia y la determinación, a la larga, tengan su recompensa.

Kelly tragó saliva al darse cuenta de que sus palabras se referían a ella. A ellos.

—Kelly… —dijo él con voz ronca.

Ella lo miró a los ojos y deseó automáticamente que la besara. Deseó pasar página y comenzar de nuevo, tener la oportunidad de hacer que él creyera en el amor, el que era para siempre. Su vista se dirigió a la boca masculina, tan tentadora, tan cercana.

Se le aceleró el pulso al tiempo que el deseo le subía la temperatura corporal. Él se inclinó hacia ella. Le puso la mano en la nuca y la atrajo hacia sí. Le humedeció los labios con la lengua, tentándola a que los abriera. Con un suspiro enfebrecido, ella inclinó la cabeza levemente y lo hizo. Y él se introdujo en su boca profundizando el abrazo.

Un resto de cordura hizo que ella volviera la cabeza y apartara sus labios de los de él.

—Tengo que ir a ver cómo está Henry —susurró.

Él la miro a los ojos durante unos segundos antes de soltarla. Ella respiró hondo y se levantó. Lo que realmente deseaba era besarlo eternamente, revivir la pasión que los había unido. Y cada vez estaba más cerca de cometer una estupidez.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Kelly.

Ella entró apresuradamente y cerró la puerta. Cuando estuvo segura de que él se había marchado, volvió a salir y cruzó el prado hasta un lugar desde donde se podía ver el cielo.

Había mentido a Jace. No había dejado de mirar las estrellas.

Se había preguntado si él recordaría el día que cenaron a la luz de las velas, los días pasados juntos tomando el sol, las noches abrazados mirando las estrellas. Lo había dudado. Comparada con las hermosas mujeres con las que Jace salía, ella era insignificante.

Pero estaba equivocada. Jace lo recordaba.

De todos modos, ¿cambiaba eso las cosas?

Capítulo 9

A Kelly le pasaba algo. Era casi imperceptible y, de no haber sido por sus años de formación como actor, no lo habría notado. Pero había algo distinto en sus ojos y en su voz. Se había distanciado de él aún más que a su regreso a Calico Springs. Había levantado un muro entre ambos que antes no existía. ¿Qué había cambiado?

Mientras caminaba hacia la casa, no dejaba de especular. Había notado la diferencia cuando ella accedió a mudarse a la cabaña. ¿La había molestado la mudanza? ¿Hubiera preferido seguir viviendo con él? La decisión había sido de ella.

Parecía que el trabajo le gustaba. Su madre le había dicho que era una delicia trabajar con ella. Además, le encantaba estar y jugar con su nieto.

Pero había algo que no iba bien. Estaba seguro de que se trataba de algo que había dicho o hecho, pero no sabía qué podía ser.

De todos modos, Kelly tenía razón. Él tenía que mantenerse a distancia, ya que no podía darle el amor eterno que ella deseaba y merecía. Y también debiera guardar las distancias con el niño. Pero lo atraía de la misma manera que Kelly. Era una locura. El niño había crecido mucho durante su corta estancia en el rancho. Cuando Jace volviera de rodar otra película, ya andaría y hablaría. Y si se distanciaba de él como debiera, serían dos desconocidos.

Aunque tal vez eso no fuera mala idea.

Kelly agarró las cosas de Henry para salir con el niño. Pero antes de que pudiera tomarlo en brazos, apareció Jace.

—¿Me prestas a tu secretaria? —preguntó a su madre antes de mirar a Kelly—. Pensé que te gustaría ver los caballos. Recuerdo que se lo dijiste a Decker.

Kelly miró a Mona y esta asintió.

—Henry se queda conmigo, no me importa. Ve con Jace.

Sintió la mano de este al final de la espalda mientras la conducía a la cuadra. Era un error disfrutar con su contacto y su proximidad, pero lo hacía. Y no iba a decirle que parara.

Cuando llegaron a las puertas de la cuadra, los recibieron los relinchos de los caballos a ambos lados del edificio. Kelly vio inmediatamente el caballo castaño que ya conocía. Al aproximársele, la yegua alzó las orejas con curiosidad.

—Es preciosa —murmuró Kelly—. La había visto una vez que la sacaron para ejercitarla. De cerca es aún más bonita.

Él sonrió y abrió la mitad superior de la puerta del compartimento. El animal sacó la cabeza y Kelly se la acarició.

—Es magnífica —afirmó sonriendo.

—La mayoría de los purasangres son muy nerviosos. Esta parece más calmada de lo normal. No sé si será buena para correr por la pista. Pero parece que le agrada la gente.

—¿Le gustan las zanahorias?, ¿las manzanas?

—No lo sé.

—Seguro que sí. Y seguro que correrá deprisa, ¿verdad, bonita? No sabía que te gustaran los caballos, Jace.

—De niño soñaba con tener un rancho. Había una feria ambulante que venía a la zona en que vivía, y los niños podían montar en un poni. Yo nunca quería bajarme. Hace unos años tuve que aprender a montar para el papel de una película. Cuando aprendí, me pasaba haciéndolo todo el tiempo que no estaba en el plató. Estábamos rodando en Nuevo México, en un rancho inmenso en el que se podía cabalgar durante kilómetros.

—Ya sé de qué hablas. Tu vecina, la del rancho al final del sendero, es una de mis amigas más antiguas. Nos pasábamos los veranos subidas a un caballo. Preparábamos comida y bebida y nos marchábamos a cabalgar. Su padre se enfadaba mucho cuando volvíamos tarde —Kelly sonrió al recordar.

Miró a Jace, que sonreía.

—¿Qué pasa?

—No me había imaginado que fueras una vaquera.

—No sé si eso es un cumplido o un insulto —ella sonrió a su vez—. Pero me encantan los caballos. Nos perdíamos con ellos. No sé cómo conseguíamos volver. Supongo que eran ellos los que se sabían el camino.

Tragó saliva, nerviosa por haber hablado con tanta libertad en presencia de Jace. Pero era algo que siempre había hecho. Entre ellos, la conversación fluía con facilidad. Tenían muchos intereses comunes.

—Yo hacía lo mismo —afirmó él cerrando la puerta del compartimento—. Iba tan lejos que a veces no sabía cómo volver. Pero el caballo siempre sabía dónde le esperaba la cena.

En aquel entorno, con los olores y los sonidos de la naturaleza, Jace volvía a ser el chico que había conocido año y medio antes. Las alarmas se dispararon en su interior. Para alejarse de él, fue al siguiente compartimento, donde había un caballo algo más oscuro que el anterior.

—Esta es Chesapeake Dream —le dijo Jace mientras abría la mitad superior de la puerta.

También se acercó a ellos y los olió con curiosidad.

—Creemos que esta será la campeona. Aún no tiene tres años, así que la están adiestrando despacio. Pero ya ha estado en la pista una par de veces y es muy veloz.

Kelly la acarició. Al cabo de unos minutos fueron a ver otro caballo. Este era un purasangre negro y brillante como el ébano, y mucho mayor que los

otros. El animal no los saludó como los anteriores. Kelly se asomó para verlo y, en unos segundos, el caballo le mostró los dientes dispuesto a morderla. Se abalanzó hacia ella, pero Jace fue más rápido y la apartó.

Kelly estuvo en sus brazos durante unos instantes al tiempo que trataba de respirar con normalidad. Nunca la había atacado un animal.

—Kelly, ¿estás bien, cariño?

Ella se limitó a asentir. Después, siguió en sus brazos durante unos minutos. Sentía su fuerza y su poder y no deseaba desprenderse del abrazo.

—Ha sido culpa mía —afirmó Jace mientras apoyaba la barbilla en su cabeza y le acariciaba la espalda—. Es un semental. Los trabajadores están preparándole una cuadra, pero aún no está lista. Tenía que haberte dicho que no abrieras la puerta. Su… trabajo lo hace irritable.

Ella cerró los ojos y dejó que la voz masculina la acabara de calmar. Después se soltó de sus brazos.

—Tenía que haberme dado cuenta de que no era un potro por el tamaño —miró al agresivo semental que pateaba el suelo y se estremeció—. De todos modos, es hermoso.

Miró a Jace a los ojos y él le sostuvo la mirada mientras le tomaba el rostro entre las manos.

—Kelly —susurró.

Los labios de ella pugnaron por decir «sí». Pero sabía que con él no tenía futuro. Volvería a sus películas, a la fiesta alrededor del mundo que era su vida. El rancho no era su hogar. Él mismo le había dicho que lo había comprado para ir de vacaciones. ¿Cómo iba a meterse en una situación cuyo final ya conocía? La primera vez no lo había previsto, pero aquella vez no tenía excusa. Y estaba asustada de sí misma, porque lo amaba. Y su determinación de guardar las distancias flaqueaba cada vez más.

Se separó de él sabiendo que veía el deseo en sus ojos, pero sin estar dispuesta a decir las palabras que él esperaba oír, las que ella deseaba pronunciar.

Uno de los trabajadores del rancho entró en la cuadra.

—Hola, Jace. Me alegro de haberte encontrado. Buenas tardes, señora.

Kelly le sonrió forzadamente.

—Lee tiene los papeles del último potro que has comprado y le parece que no están bien. Me ha pedido que te diga que vayas mañana por la mañana a su casa o que lo llames.

Mientras los hombres hablaban, ella deambuló por el fondo de la inmensa estructura. Oyó un ruido a la derecha, procedente de uno de los compartimentos. Se dirigió hacia allí, abrió la puerta y vio un gatito gris en la esquina más alejada, tumbado sobre la paja y envuelto en sombras.

—Hola, pequeñín.

El animalito maulló y se sentó. Era hembra y tenía crías: dos grises, como la madre, y una de color dorado. La gata, sin demostrar miedo alguno, se acercó a Kelly y se restregó contra sus piernas. Ella la acarició y le tocó las

prominentes costillas. El animal estaba muerto de hambre.

Kelly salió corriendo sin detenerse al pasar al lado de Jace y el trabajador.

—¿Kelly?

—Vuelvo enseguida.

Llegó corriendo a la casa principal, entró en la cocina, sacó leche de la nevera y, de la despensa, una lata de carne, otra de atún y un tazón. Después corrió al cuarto de baño y agarró dos toallas gruesas y suaves. Puso la comida y el tazón en una de ellas, agarró la leche y volvió corriendo a la cuadra, de nuevo sin detenerse ante los dos hombres, que la miraron con curiosidad.

Tomó con cuidado a los gatitos y los colocó en el centro de una de las toallas. Puso la otra, doblada, sobre la paja y colocó la primera sobre esta. La gata la observaba sin mostrar inquietud, como si entendiera que aquel ser humano intentaba ayudarla. Después devoró la comida y se bebió la leche como si no hubiera comido en una semana, lo cual probablemente fuera cierto.

Kelly estaba exultante por haber ayudado a aquellos seres tan pequeños y desvalidos. Con el rostro radiante, se volvió. Jace estaba allí.

—Veo que tenemos invitados.

—Son preciosos. La madre está tan hambrienta que se le notan las costillas. No te importa, ¿verdad?

Jace entró y se arrodilló a su lado. Acarició a la gata y se volvió a mirar a Kelly.

—¿Cómo se llama?

No había visto esa sonrisa en el rostro y ese brillo en los ojos de Kelly desde que había vuelto.

—¿Qué te parece Jacemina?

—¿Y «gata»?

—No, tiene que ser un nombre de verdad.

—Tuve una tía que se llamaba Martha. Era la hermana mayor de mi madre.

—Martha —repitió Kelly. Lo miró y sonrió de oreja a oreja—. Es perfecto —afirmó ella lanzándose a sus brazos, que automáticamente la rodearon—. Gracias, Jace.

Él tragó saliva. Kelly se hallaba justo donde él quería que estuviera. Y parecía muy contenta, no por estar en sus brazos, sino porque había encontrado un gato. Se sintió herido en su orgullo, pero así estaban las cosas.

Ella dio por concluido su espontáneo abrazo y se sentó sobre los talones. Le examinó el rostro con atención.

—Eres bueno y amable. No sé si me había dado cuenta antes. No es lo mismo que ser simpático o sexy —añadió ella antes de besarlo en los labios.

Jace se excitó de inmediato. La atrajo con una mano hacia sí mientras que le acariciaba el pelo con la otra. Se besaron en la boca.

—Sabes muy bien —murmuró ella.

Y él estuvo a punto de perder el control allí mismo, frente a Martha y los

gatitos. La giró con suavidad entre sus brazos y ella apoyó la cabeza en el antebrazo que la sostenía, todo ello sin dejar de besarse. Ella tomó su rostro entre las manos y, durante unos segundos, él disfrutó del placer de su tacto, de la calidez de su cuerpo. Por fin, de mala gana, tuvo que contenerse porque sabía dónde estaban y lo violento que resultaría que uno de los trabajadores los descubriera.

Ella lo miró con aquellos ojos de color azul verdoso y le acarició el labio inferior con el dedo. Él se lo metió en la boca, lo chupó y lo mordisqueó. Estaba a punto de volverse loco. La deseaba más de lo que había deseado nada en la vida.

—¿Quién lo hubiera dicho? —preguntó ella sonriendo. Sacó el dedo de su boca y le dio unos golpecitos en la nariz—.

El duro Jace Compton es un melón maduro en su interior. Un hombre bueno que rescata gatitos.

—Sí —masculló él levantándose contra su voluntad y tirando de ella al mismo tiempo. ¿Quién lo hubiera dicho?

Capítulo 10

Volvieron a la casa principal a buscar a Henry. Entraron riéndose. Jace le había echado el brazo por los hombros. Henry estaba en el parque, junto al sofá donde se sentaba su abuela, que hojeaba una revista de moda.

—¿Habéis estado jugando en el heno? —les preguntó Mona sonriendo.

Jace se pasó la mano por el cabello y se le cayeron varias pajitas. Después le quitó unas cuantas a Kelly.

—Sentimos llegar tarde —dijo ella mientras abrazaba a Mona—. Los caballos son fantásticos. Y lo mejor de todo es que hemos encontrado gatitos. Cuéntaselo, Jace.

—Hemos encontrado gatitos.

—Una gata y tres crías. Ella, muerta de hambre. Pero creo que se repondrá. Os debo una lata de atún y otra de carne.

—No pasa nada, cariño. Me encantan los gatos.

—A mí también —Kelly agarró a Henry—. Jace le ha puesto Martha.

—¿Ah, sí? Martha Compton. Quién lo hubiera dicho.

—La tía Martha odiaba a mi padre —explicó Jace a Kelly al ver su expresión confusa—. El nombre y el apellido de mi tía no guardan relación con algo cálido y peludo, sino con un gato grande y fuerte —su madre rio y él la besó en la mejilla—. Voy a acompañar a Kelly a la cabaña.

—No te esperaré levantada —respondió su madre mientras se levantaba —. Kelly, ¿me llevarás mañana a ver los gatitos?

—Claro.

Con Henry en brazos de Jace, volvieron a la cabaña. Jace entró con ella.

—¿Puedes quedarte con él en brazos mientras le caliento el biberón?

—Desde luego.

Jace miró a su hijo y frotó la cara contra su cabello, aspirando su olor. El niño tenía el puño metido en la boca, pero, de pronto, empezó a retorcerse y a lloriquear.

—¿Qué te pasa, Henry? —le preguntó Jace tratando de calmarlo, sin conseguirlo—. ¿Le pasa algo, Kelly? ¿Está enfermo?

—Tiene hambre —respondió ella volviendo con el biberón—. Tiene buen apetito. ¿Quieres dárselo tú?

—Sí.

—Siéntate.

Kelly reprimió una sonrisa al contemplar la expresión de Jace mientras se sentaba con el bebé, que seguía inquieto.

—Tienes que agarrarlo como si fuera un balón de rugby —le sugirió.

Jace asintió y se colocó al bebé sobre el brazo izquierdo.

—Muy bien —dijo Kelly al tiempo que le entregaba el biberón.

Al ver el amor con que el padre sostenía al hijo en sus brazos se le hizo un nudo en la garganta y sintió una punzada de dolor porque el destino los hubiera hecho ir por caminos distintos. El comportamiento de Jace desde que había vuelto a entrar en su vida le había demostrado que sería muy buen padre. Pero no había vuelta atrás. No tenían futuro juntos.

Jace parecía haber entrado en trance mientras miraba al bebé.

—Es increíble —murmuró—. Es igual que tú.

—No, se parece a ti. Tiene incluso tus hoyuelos. Espero que no sea tan testarudo.

—No entraba en mis planes tener hijos —dijo él de repente sin dejar de mirar a su hijo—. Como tú dices, paso más tiempo fuera de casa que en ella. E incluso cuando estoy en casa, siempre tengo algo que hacer. Este periodo está siendo el más largo que he tenido de descanso.

—Es tu trabajo —respondió ella.

«Lo que has elegido», pensó.

—Sí —afirmó él en tono no muy alegre—. ¿Piensas en su futuro, en lo que hará? —le preguntó mirándola.

—Todos los días.

—Es increíble de los pies a la cabeza —afirmó él volviendo a mirar al bebé—. Es perfecto, y tan inocente… —al cabo de unos segundos volvió a mirar a Kelly—. No entiendo a quienes hacen daño a un niño —le espetó.

Ella lo miró sorprendida ¿A qué venía eso? ¿Habían maltratado a Jace en su infancia? ¿Por eso no quería formar una familia?

—Hay gente para todo. Tienes que saberlo, teniendo en cuenta los seguidores lunáticos con los que debes tratar. Lo

único que hay que hacer es mantener a tu hijo a salvo, lejos de todo peligro. En eso consiste, entre otras cosas, ser padre.

Él asintió apretando los dientes y tragó saliva. Después pareció darse cuenta del rumbo de sus pensamientos y cambió de tema.

—¿Cuándo murió tu abuelo?

—Una semana después de que te marcharas.

—¿Estuvo enfermo mucho tiempo?

—No. Había unos constructores que querían quedarse con su granja, y eso le produjo mucho estrés. Afirmaban que el título de propiedad no era válido. Volví a casa la semana después de Año Nuevo y me lo encontré en el suelo. Le había dado un infarto. Cuando llegó la ambulancia, ya era tarde. A su lado, había una carta de desahucio.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y agachó la cabeza para que Jace no se diera cuenta.

—¿Qué les pasó a tus padres?

Kelly tardó unos minutos en contestar. No se esperaba esa pregunta y no sabía qué decir ni estaba segura de querer hablar de ellos. Había sido una velada muy agradable, y hablar de sus padres la estropearía. Pero decidió

contarle la verdad.

—Mi padre no era feliz en casa. Viajaba mucho, como tú. Pero siempre había otras mujeres, muchas otras. Dos de ellas eran las madres de dos de mis compañeras de clase, lo cual era muy divertido.

—¿En qué sentido?

—Mis compañeras me echaban la culpa de haber destruido sus hogares. Había todo tipo de rumores. Fue una época dura para nosotros.

—Mi madre se negaba a abandonar a mi padre y ahogaba su dolor con alcohol y pastillas. Por fin, consiguió la mezcla adecuada cuando yo tenía dieciséis años.

Kelly comenzó a llorar y tardó unos segundos en controlarse. Se secó las lágrimas y prosiguió.

—Perdona. En fin, mi padre fue a su entierro. Después, no volvimos a verlo.

—Lo siento, Kelly.

Ella se encogió de hombros.

—A él le daba igual. No estaba hecho para el matrimonio. Lo único que quería era pasárselo bien. Mi abuelo era un buen hombre y lo queríamos. No sé qué hubiese sido de nosotros si no nos hubiera llevado a vivir con él. Acabé la escuela, conseguí una beca y fui a la universidad. La vida continuó hasta que mi abuelo murió. Entonces, fuimos mi hermano y yo contra el mundo. Creo que lo hicimos bien. Mi hermano no podría ser mejor, pero no se te ocurra decírselo.

Había perdido a sus progenitores porque su padre era un canalla que no tuvo valor para poner fin a su matrimonio. Su madre tampoco había tenido el valor de dejarlo.

Había perdido a su abuelo después de que un hombre rico y sus abogados le quitaran la granja. Y allí estaba ella, en la cueva del lobo, ya que Jace era tan mujeriego y rico como el que más. Había dado a luz a su hijo y se sentía tentada de volver a su cama. Era tan estúpida como su madre.

El silencio que reinaba en la habitación se hizo ensordecedor. La camaradería anterior había desaparecido. A ella le sería muy fácil seguir llorando, pero se negó, ya que no quería que Jace la compadeciera.

El sonido de Henry succionando el biberón vacío rompió el silencio.

—Creo que ha terminado —dijo ella, contenta por la interrupción.

—¿Y ahora?

Kelly le puso un paño en el hombro a Jace.

—Póntelo sobre el hombro, pero ten cuidado de sostenerle la cabeza. Ponle una mano bajo el trasero y, con la otra, dale palmadas suaves en la espalda, como si una de tus amigas preferidas necesitara consuelo.

Jack la previno con la mirada. Se colocó a Henry como le había indicado Kelly y le palmeó la espalda con cuidado, como si fuera tan frágil que se fuera a romper.

—Tendrás que hacerlo con más fuerza para que expulse el aire. No te

preocupes, no le pasará nada.

Jace asintió y lo intentó de nuevo. Al cabo de un rato, Henry giró la cabeza hacia su padre y la apoyó en su cuello. Unos segundos después, Kelly oyó el eructo, que fue seguido de un reguero de leche que se deslizó por el cuello de Jace hasta la camisa.

Cuando Kelly observó la expresión de su rostro estuvo a punto de morirse de risa. Se apresuró a agarrar al bebé.

—Hoy está algo inquieto porque le están saliendo los dientes. Lo siento.

Él carraspeó y se levantó.

—No pasa nada.

—Ahora hay que bañarlo y acostarlo.

Jace apartó el tejido mojado de su cuello.

Kelly tuvo que morderse los labios para no reírse.

—El baño puede ser divertido.

—Estoy totalmente de acuerdo —observó él con un brillo malicioso en los ojos—. Un baño o una ducha pueden ser tremendamente divertidos.

Ella se sonrojó. Jace no se refería a bañar a un bebé, y ella sabía muy bien lo que podía hacer él con una pastilla de jabón y un poco de agua caliente.

—Pero creo que esta vez paso —Jace se detuvo antes de salir, todavía con el cuello de la camisa separado de la piel—. Gracias por… esto, Kelly.

—De nada —respondió ella al tiempo que se llevaba la mano a la boca para contener la risa.

De sonreír a llorar para volver a reír: así eran los días con Jace Compton.

Jace volvió a la casa principal mientras reflexionaba. Kelly y él habían estado juntos unas semanas antes de la muerte de su abuelo. Y cuando ella más lo necesitaba, se hallaba a miles de kilómetros de allí oyendo a Bret decirle que ella no le había llamado como había prometido. El día del funeral, él estaba camino de Latinoamérica para rodar una película.

Aunque desconocía las circunstancias de Kelly, debería haberla llamado antes de subirse al avión. Aquello explicaba muchas cosas: por qué había dejado la universidad, por qué tenía dos empleos y por qué debía mantener a Matt y al bebé.

No era de extrañar que estuviera resentida. Era un milagro que no lo odiara.

¿Creería que era como su padre?

Al pensarlo, Jace sintió náuseas.

Respetaba a Kelly por su entereza y tenacidad. Pero sabía por propia experiencia que la fuerza desaparecía al tener que enfrentarse a un cruel adversario que te doblaba en tamaño: un borracho dispuesto a hacerte daño a ti y a tu hijo. Era un milagro que su madre hubiera sobrevivido y se las hubiera arreglado para ocultarse y mantener a salvo a su hijo cuando su padre había salido de la cárcel.

Jace maldijo su suerte. Estar con Kelly y Henry era todo lo que deseaba. Era la familia perfecta, la que nunca tendría. Había hablado en serio al decirle a Kelly que se casaran si le preocupaban los rumores. Pero ella había estado en lo cierto: su matrimonio no duraría. Pero no por los motivos que ella creía. No tenían nada que ve con Henry, sino con el monstruo que albergaba en su interior y que podía hacer daño a Kelly y al niño.

Kelly era una tentación a la que se había vuelto adicto. La deseaba tanto que le hacía daño. Cada vez que se acercaba a él, el tormento era insoportable.

Tenía que dominarse.

Kelly se merecía a un hombre para siempre, alguien que la mimase y protegiese.

El padre de Jace no solo lo había convencido de que era un inútil, además de haber muerto antes de que él pudiera demostrarle que estaba equivocado, sino que se había asegurado de que, una vez muerto y enterrado, la vida de su hijo fuera cayendo en picado hacia el infierno.

Capítulo 11

—¡Maldita sea! —masculló Jace al asomarse al balcón.

Algunos vaqueros estaban asando algo a la parrilla, tal vez salchichas, al lado de la cabaña de Kelly. Jace forzó la vista. Había unos prismáticos en su despacho, en el piso de abajo, pero se negó a rebajarse hasta ese punto.

Desde el balcón de su habitación, había una buena vista de la cabaña. Ya había observado esa reunión de los viernes tres semanas antes. Había oído risas y había salido a averiguar la causa.

Vio a Sam, el capataz del rancho, a Decker y a otro adiestrador sentados en el porche de Kelly. El fin de semana siguiente había varios vaqueros más e incluso Matt. El pequeño grupo había aumentado, ya que veía que todos los hombres solteros del rancho estaban sentados en el porche. Y en medio de ellos, la reina de la colmena.

Kelly los atraía como la miel, a pesar de que algunas noches tenía al bebé en su regazo.

Ella lo había invitado a pasarse, pero él no tenía ganas de unirse a una multitud que se la comía con los ojos. No era asunto suyo, pero tenía que contenerse para no bajar y liarse a golpes con aquella panda de canallas.

A su frustración se añadía el hecho de que hubiera sido él quien la había convencido de que se mudara a la cabaña. Y ahora, aquellos hombres cocinaban para ella. Volvió a maldecir.

—¿Jace? —su madre lo llamó desde el interior—. ¿Qué haces?

De pronto se sintió como un niño de diez años pillado con la mano dentro de la caja de galletas. Entró y cerró la puerta del balcón.

—Estaba tomando el fresco, ¿Te pasa algo?

—No, estoy bien. Quería saber si habías ido a la fiesta.

Jace se fijó en el brillo travieso de sus ojos.

—¿Qué fiesta?

—La de casa de Kelly.

—No sabía que hubiera una fiesta.

—Pues seguro que serás bienvenido. ¿Por qué no bajas? —Estoy ocupado. Tengo que leer el nuevo guion. No tengo tiempo de ir a fiestas.

—Muy bien, como tú digas. Solo quería decirte que voy a salir esta noche.

—¿Adónde? ¿Con quién?

—Thomas… El doctor Sullivan me ha invitado a cenar. Está a punto de llegar.

—Ah.

Jace se sintió inquieto y sorprendido a la vez. Sullivan era el médico del pueblo, desde luego, pero ¿qué sabía de él? Su instinto de protección hacia su madre era intenso. Pero debía recordar que ella era una persona adulta y que

el médico no era su padre. De todos modos, apretó los dientes.

—Supongo que no quieres que te acompañe un guardaespaldas.

—De ningún modo.

—Pues que te diviertas.

—Tengo toda la intención de hacerlo —le guiñó el ojo y, antes de salir, añadió—: Los prismáticos están en el escritorio de tu despacho, por si los necesitas para… trabajar. Hasta luego.

Jace se metió los dedos entre el cabello. Tenía que controlar la situación con Kelly. Se había convertido en una especie de lechuza que se pasaba la vida en las cuadras para no estar en la casa. Cuando volvía a ella, era para ir directamente al gimnasio o a su despacho a consultar el correo electrónico. Tenía que hacer algo o se pasaría todas las noches asomado al balcón como un pringado.

Le resultaba imposible tratar a Kelly como a una amiga. Su cuerpo sabía que ella le pertenecía y reaccionaba en consecuencia, independientemente del lugar o la hora.

Kelly era la única que se aproximaba a lo que Jace consideraba la mujer de su vida. Él había estado con mujeres hermosas y con mujeres bondadosas, pero Kelly poseía algo único, algo que lo reunía todo. Era un tesoro fuera de su alcance.

Sospechaba que el hecho de no haber regresado antes se debía al miedo de que ella hubiera comenzado a importarle demasiado. Se imaginaba con ella para siempre, y no estaba preparado. Temía al monstruo en que pudiera convertirse un día.

Pero, en aquel momento, un año más tarde, las cosas habían cambiado porque tenía un hijo. Y seguía tan encaprichado de Kelly como siempre. ¿Qué pasaría si decidía arriesgarse a que formara parte de su vida? La idea lo volvía loco.

A pesar de estar en la habitación, oyó más risas y volvió a maldecir.

—Rancho C Bar —dijo Kelly al teléfono.

El lunes, Jace le había pedido contestara las llamadas de su línea privada con la excusa de que habían llegado caballos nuevos y tenía mucho trabajo.

Al principio, las llamadas quedaban recogidas en el buzón de voz, pero a primera hora de la tarde ya estaba lleno.

—A ver si puedes ayudar a quien llame —le pidió él—. Apunta el nombre y el número de teléfono. Les llamaré más tarde. Si es urgente, llámame por el interfono.

Todas parecían urgentes. A Kelly no le gustaba aquello. No quería saber quién le llamaba, detestaba hablar con mujeres pagadas de sí mismas, pero no se le ocurría una excusa aceptable para negarse.

—Joanna Reed quiere hablar con Jace Compton —respondió una voz femenina, que sonaba agradable y profesional.

—Lo siento, pero el señor Compton no puede ponerse en estos momentos. ¿Quiere dejarme el recado?

—No, gracias. La señorita Reed quiere hablar con él. Es urgente.

—Un momento, por favor. Voy a tratar de localizarlo.

«Urgente» era la palabra mágica. Kelly pulsó el botón del interfono del despacho de la cuadra principal.

—Jace, tienes una llamada en la línea uno —dijo empleando el código que usaban para el teléfono privado.

No hubo respuesta.

—Jace, si estás ahí, contesta, por favor.

—Kelly, soy Lee. Jace volvió a casa hace una hora.

—Vale, gracias.

Pulsó el botón del interfono de la casa.

—Jace, Joanna Reed está en tu línea privada.

Después de esperar varios segundos, Kelly volvió a hablar con la secretaria de la señorita Reed.

—Lo siento, pero no consigo localizar al señor Compton. ¿Quiere dejarme un recado?

Kelly oyó voces de fondo y, después, otra persona se puso al teléfono.

—Soy Joanna Reed. ¿Qué pasa?

—Como le he dicho a su secretaria, el señor Compton no puede ponerse. Si quiere dejarle…

Mona había escuchado el final de la conversación. La anciana se acercó a la mesa de Kelly.

—Pues búsquelo.

—Lo siento, señorita Reed, pero no tengo la capacidad de conseguir que alguien aparezca chasqueando los dedos o moviendo la nariz. Insisto en que puede dejarme su número.

—¿Cree que no lo tiene?

—No lo sé.

Kelly miró a Mona. Aquello era ridículo. Mona se llevó la mano a la boca para contener la risa.

—¿Desea algo más?

—Solo una cosa. Terminaré por hablar con Jace, y usted ya puede empezar a hacer las maletas. Está despedida. —Gracias por avisarme con tiempo.

—Puede decirle a Jace que la próxima vez que me necesite, estaré ocupada. Y usted tendrá la culpa.

—Que tenga un buen día.

Kelly colgó. Mona y Jace le pagaban bien, pero no lo suficiente para tener que aguantar aquello.

—Lo dejo —le dijo a Mona con toda la tranquilidad que pudo aparentar. En tres días había recibido un centenar de llamadas de ese tipo, cada una peor que la anterior. Aquellas locas se comportaban como si Jace les perteneciera.

—Inténtalo en el gimnasio —le aconsejó Mona.

—Gracias.

Kelly se dirigió al primer piso para ir al gimnasio. Jace estaba tumbado en un banco haciendo pesas. El sudor le corría por el rostro y el cuello. Ella no quería asustarlo para no provocar un accidente, así que se apoyó en la pared y esperó.

Por fin, Jace dejó la barra y se sentó. Agarró una toalla y se secó el rostro y el cuello.

Ella carraspeó. Jace se dio cuenta de su presencia y ladeó la cabeza mirándola sorprendido.

—¿Kelly?

—Me niego a contestar tus llamadas. Me niego —repitió ella con los brazos en jarras.

Él enarcó las cejas.

—Muy bien. ¿Te importa decirme por qué?

—Como si no lo supieras —Kelly se rio con sarcasmo—. ¿Sabes cuántas lunáticas te llaman al día? Da igual. Claro que lo sabes, por eso me has endilgado ese trabajo. Después, no me contestas cuando te llamo por el interfono y soy yo la que recibo sus ataques.

—¿Sus ataques? —Jace se levantó. Solo llevaba puestos unos pantalones cortos. La piel morena de su musculoso pecho y de su estómago plano brillaban a causa de la transpiración.

¡Por Dios!, pensó ella. ¿No podía ponerse algo?

—Creen que les miento. Cherry Newton ha llamado cuatro veces hoy. Me ha amenazado con hacer que me detengan porque insinúa que te he tenido que hacer algo y, por eso, no dejo que hable contigo. Cora Spager ha llamado diez veces. Diez. En la última, he tenido que aguantarla una hora mientras chillaba furiosa y lloraba de forma alternativa. Y acabo de hablar con una bruja que me ha ordenado que te diga que la próxima vez que la necesites no estará disponible, todo por mi culpa. Ah, y también me ha dicho que hoy era mi último día de trabajo. Por fin, una buena noticia.

Kelly observó que él trataba de reprimir una sonrisa, lo que redobló su enfado.

—No tiene gracia, Jace. Esas llamadas idiotas me quitan tiempo de hacer mi trabajo con Mona y me están volviendo loca.

—Lo siento.

El malvado brillo de sus ojos indicó a Kelly que no lo sentía en absoluto. Su olor masculino era intenso a causa del ejercicio, y el cuerpo de ella respondió a la vista de su pecho. Trató de tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Contrata una agencia —dijo ella con voz entrecortada. Carraspeó al tiempo que intentaba controlar la reacción de su traicionero cuerpo—. No esperes que me muerda la lengua con esas señoras, por no llamarlas otra cosa.

—No digas nada más. Nadie te va a morder la lengua, salvo yo.

—Jace —dijo ella mientras empezaba a retroceder—. Hablo en serio.

—Yo también.

—No me hagas esto.

—Lo estás deseando.

Kelly se dio cuenta de que él había notado el cambio que se había producido en ella. Se dijo que había cometido un error al ir al gimnasio. Se esforzó en parecer tranquila y respirar de forma regular.

«Sal de aquí», se dijo.

Una sonrisa jugueteó en los labios de Jace.

—Creo que quieres que te bese.

«Sí», pensó ella.

—No —volvió a carraspear—. No quiero —dijo casi en un susurro. Dio otro paso hacia atrás y se topó con la pared. La invadió el pánico al tiempo que una mareante tensión sexual.

—Yo, desde luego, quiero besarte. En realidad, quiero hacer mucho más.

—Jace…

Él se puso la toalla alrededor del cuello y colocó las manos en la pared a ambos lados de la cabeza de Kelly, aprisionándola. Ella sintió la frialdad de la pared en la espalda, que contrastaba con el calor que irradiaba Jace.

—Me vuelve loco tenerte aquí, verte todos los días y no tocarte.

Agachó la cabeza para besarla debajo de la oreja, en un punto que sabía que a ella le produciría dulces escalofríos. Ella no pudo reprimir un gritito mientras cerraba los ojos y le ardía la piel. Le puso las manos en el pecho y sintió los fuertes latidos de su corazón.

—Kelly —dijo él con una voz tan profunda y fascinante que bastaría para hechizarla, sin la ayuda de nada más.

—No juegas limpio —murmuró ella al lado de sus labios—. No debiéramos hacer esto.

—¿A quién intentas convencer?, ¿a ti o a mí?

Reconócelo, Kelly. Dime que me deseas y dejemos de jugar a este maldito juego del gato y el ratón.

—No creo que…

—No quiero que creas nada. Simplemente, déjate llevar por lo que sientas.

Con un gemido, Kelly se inclinó hacia delante acercando sus labios a los de él aún más, en busca del placer que residía en ellos. Jace no esperó ni una décima de segundo para tomarle la boca con fiereza, recorriendo cada rincón con la lengua.

—Dilo, Kelly —gimió él antes de volver a besarla con tanta pasión que ella no podría haber hablado aunque hubiera querido.

Él abrió más la boca, con ansia, como si no pudiera saciarse.

Kelly se sintió perdida. No podía luchar contra aquello. Era como si emanara de él el poder del dios Zeus para demostrar que todas las historias sobre sus escapadas eróticas eran verdad. Las pobres mortales no tenían posibilidad alguna de rechazarlo.

Jace la abrazó y la atrajo hacia sí. Ella sintió su excitación contra el vientre. Se le formó un gemido en la garganta que no llegó a salir porque se lo tragó la hambrienta boca masculina.

Él deslizó las manos por debajo de sus caderas y la levantó al tiempo que la apretaba más contra sí, para que no le cupiera duda alguna de lo que deseaba, que era lo mismo que ella deseaba con toda su alma: sentirlo en su interior.

—¿Jace?

Una voz lejana los interrumpió.

—¿Estás en el gimnasio? —gritó Lee, sin duda dirigiéndose hacia allí.

Jace la miró a los ojos.

—La suerte se te va a acabar muy pronto —retrocedió y bajó los brazos—. Sí, Lee —gritó a su vez sin dejar de mirarla—. Te propongo un trato. Si se terminan las fiestas de viernes por la noche, me ocuparé de las llamadas telefónicas.

A ella se le desencajó la mandíbula.

—¿Por eso querías que contestara al teléfono? —¿Jace estaba celoso? ¿Un hombre que no tenía celos de nadie? Podía tener a la mujer que deseara. Pero al mirarlo vio que estaba muy serio—. Solo son unos cuantos vaqueros agradables que…

—Que te llevarían a la cama en menos de un segundo. Eres la madre de mi hijo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Si quieres sexo, ven a mí.

Ella no daba crédito a sus oídos.

—Pues espera sentado —respondió ella.

Lo fulminó con la mirada y salió del gimnasio con paso decidido. Chocó con Lee al doblar la esquina. Los rápidos reflejos de él impidieron que se cayera.

Estaba alucinada. La idea de que Jace envidiara a los trabajadores del rancho le resultaba increíble. Él debería marcharse unos días de allí. Había que recordarle que había un mundo fuera de los límites del rancho, un mundo lleno de mujeres hermosas y deseables que darían lo que fuera por estar con él. La idea de que estuviera celoso la sobrepasaba.

Tardó buena parte de la tarde en dejar de pensar en lo sucedido en el gimnasio. Una vez que Henry se hubo dormido, lo dejó al cuidado de Mona y bajó a la planta inferior a por una lata de comida para gatos y un par de manzanas, con las que se dirigió a la cuadra.

El deseo de volver a hacer el amor con Jace, de sentir la magia de sus manos y su cuerpo la consumía. Más le valía reconocer su derrota. Daba igual lo que sintiera por él, ya fuera mera atracción física o algo más: era un hombre peligroso en todos los sentidos.

El miércoles por la noche, Kelly acababa de acostar a Henry cuando llamaron a la puerta. Uno de los trabajadores del rancho estaba en el porche con el sombrero en la mano. Era Decker, a quien ella había conocido el día que se había mudado a la cabaña.

—Buenas noches, Kelly. ¿Estás ocupada?

—No, acabo de acostar al bebé.

—Celebran una fiesta en el rancho de al lado por el nacimiento de la hija de los dueños. Me preguntaba si ibas a ir y si necesitabas a alguien que te llevara.

—No lo sabía. Hace meses que no hablo con Shea.

—Sé que es un poco tarde para decírtelo, pero yo me acabo de enterar. Solo es para la familia y los trabajadores, pero recuerdo que dijiste que Shea y tú erais buenas amigas. Dudo que les importe que te presentes en la fiesta.

—Me encantaría ir —dijo Kelly, contenta ante la perspectiva de ver a su amiga—. Pero no tengo con quien dejar a Henry. A no ser que… Puedo preguntarle a Mona si no le importaría cuidarlo. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—El que tú quieras.

Kelly llamó a Mona por teléfono y le explicó lo que sucedía. Esta accedió, entusiasmada, a lo que le pedía.

—Te llevaré a Henry dentro de unos minutos. Gracias, Mona.

Decker sonrió cuando le dijo que ya tenía canguro.

—¿Te parece bien que te recoja frente a la casa principal dentro de diez minutos?

—Muy bien.

Sería estupendo volver a ver a Shea. Llevaban mucho tiempo sin hacerse una visita. Shea había pasado el verano en Europa con su marido, por lo que no habían tenido oportunidad. Agarró a Henry y la bolsa del niño y se apresuró hacia la casa grande.

No vio a Jace al subir las escaleras para dirigirse a la habitación de Mona. De hecho, no lo había visto en todo el día. No sabía si conocía a Shea y a su marido, pero tal vez quisiera acompañarla. Mona la esperaba al final de las escaleras con los brazos extendidos para agarrar al bebé.

—¿Sabes dónde está Jace?

—En Dallas, hablando de su nueva película.

—Muy bien. Hasta luego. Y muchísimas gracias, Mona.

Decker la esperaba cuando salió y se dirigieron al rancho de Shea.

—¡Vaya! —exclamó Decker al entrar en él—. ¡Menuda casa!

—Alec, el marido de Shea, es arquitecto y constructor. Shea se quedó destrozada cuando se quemó su antiguo rancho. Alec no ha escatimado al construir el nuevo.

La casa, de tres pisos, de estilo victoriano, con sus torreones y sus cuatro chimeneas era la comidilla de todo el condado.

—Ya lo veo.

Aparcaron en la zona designada a tal efecto. Kelly oyó música y risas en cuanto abrió la puerta del vehículo.

—Creo que Shea está allí —Decker señaló un enorme árbol—. Adelántate a saludarla. Ahora voy.

—Gracias, Decker.

Kelly corrió hacia donde estaba sentada su amiga.

—¿Shea?

—¡Kelly! —Shea se levantó de un salto y las dos amigas se abrazaron—. ¡Qué alegría!

—Lo mismo digo. Tienes un aspecto estupendo.

—Agarra una silla. Quiero saberlo todo. ¿Cómo están Matt y Henry?

—Muy bien —dijo Kelly mientras acercaba una silla a la de su amiga—. Felicidades por tu hija. Me alegro mucho.

—Gracias. Quiero que la veas antes de que te vayas.

—Me encantaría. ¿Qué tal le sienta a Alec el papel de padre?

—Es como si fuera la única niña del mundo.

Las dos amigas se pusieron a charlar y el tiempo se les pasó volando. Pronto llegó el momento de marcharse, pero Shea insistió en que conociera a la niña.

Entraron en la casa y subieron a su cuarto, donde una canguro estaba leyendo. Shea agarró a la niña de la cuna.

—Es preciosa. Se parece a ti.

—Es lo que dice Alec. No he visto en mi vida a alguien que se haya vuelto tan loco por un bebé.

Kelly sonrió.

—Es estupendo que ahora seamos vecinas —prosiguió Shea—. Tienes que venir a verme cuando tengas tiempo. Y tráete a Henry.

Kelly asintió y las amigas se abrazaron para despedirse.

Al salir de la casa, Kelly divisó inmediatamente a Decker.

—Muchas gracias, Decker —dijo ella mientras volvían a la camioneta.

—De nada. Me alegro de que hayas visto a tu amiga.

Decker era un hombre guapo, rubio y agradable. Pero no era Jace.

El vaquero la dejó en la casa grande. Kelly entró y, sin encender la luz, se dirigió a las escaleras. Había suficiente claridad para ver dónde pisaba.

Antes de llegar a la habitación que Mona le había asignado temporalmente a Henry, una sombra se acercó a ella. Kelly apenas pudo contener un grito.

—¿Te lo has pasado bien?

—¡Qué susto me has dado, Jace! —¿qué hacía a oscuras en el pasillo?—. Sí, gracias.

Ella dio un paso hacia delante, pero él se interpuso en su camino. A la luz de la lamparita de noche que Mona siempre tenía encendida, Kelly observó que solo llevaba puestos unos vaqueros, y que no sonreía.

—No sabías que salieras con alguien.

¿Tenía derecho a saber si lo hacía o no?

—No salgo con nadie.

Trató de esquivarlo para llegar a la habitación de su hijo y volver a la cabaña, pero él se lo impidió.

—Pues no me lo parece. ¿No has salido con Decker?

—Me ha llevado al rancho Bar H, eso es todo —respondió ella obligándose a permanecer tranquila—. Shea ha tenido una niña hace dos semanas. Los trabajadores lo han celebrado organizando una fiesta con barbacoa. No ha sido una cita. Y tú no estabas aquí. Se lo pregunté a Mona, por si querías venir. ¿Conoces a Shea y a su esposo, Alec?

Él no respondió.

—¿Conoces a los trabajadores del rancho?

Jace siguió sin responder.

Ella intentó de nuevo seguir su camino, pero él volvió a impedírselo.

—Decker tiene fama, Kelly.

—Tú también —ella comenzó a enfadarse.

—¿Te ha besado?

Ella lo fulminó con la mirada y se negó a contestarle.

—¿Piensas alguna vez en nosotros, Kelly? ¿En las tres semanas que pasamos juntos cuando nos conocimos? A ella se le aceleró el pulso. Si él supiera…

Capítulo 12

—¿Piensas en el tiempo que pasamos juntos?

—No me hagas esto, Jace.

Kelly tenía los nervios a flor de piel, después de haber visto al bebé de Shea y de volver a enfrentarse a su propia situación. Ante ella se hallaba el hombre que se lo había dado todo para después arrebatárselo.

—Yo sí lo hago —afirmó él.

—Entonces —le espetó ella— ¿por qué no me llamaste?

De repente, la abrumó la injusticia que había cometido con ella, y estuvo a punto de hablarle a gritos mientras contenía las lágrimas.

—¿Por qué no regresaste? No pienso volver a ser una diversión para aliviar el aburrimiento de un tipo rico. Ahora, por favor, déjame pasar.

—Nunca fuiste una diversión para mí, Kelly.

La atrajo hacia sí con fuerza al tiempo que la besaba en la boca. Ella trató de zafarse durante unos segundos, empujándolo por los hombros, a la vez que luchaba contra el enorme deseo de abrazarlo.

Aquel era Jace, el hombre al que amaba. Llevaba meses anhelando sus labios, su olor, su voz, sus brazos en torno a ella. Aquel era el sueño interminable de las noches en que no tenía fuerza para rechazarlo.

Con un gemido de derrota, cedió a su debilidad, lo agarró de la camisa y abrió los labios para dejarlo entrar. Le devolvió el beso con una pasión que era producto del torturante deseo que la había desgarrado durante meses. Se regodeó en sus besos y en la calidez de su cuerpo, mientras la excitación de él le presionaba el estómago.

La hambrienta boca masculina la devoró mientras él la apretaba aún más contra sí. Jace tomó su rostro entre las manos y ella lo oyó gemir.

La tomó en brazos y la llevó a su dormitorio. Sin dejar de besarla, la dejó cerca de la cama y le quitó la blusa a toda prisa. Después, le quitó el sujetador y tomó sus senos en las manos, apretándoselos suavemente y acariciándole los pezones con los pulgares, que inmediatamente se le endurecieron. Se inclinó para llevarse uno a la boca y lamerlo con suavidad.

Kelly gimió de placer arqueando la espalda. Él pasó a hacerle lo mismo en el otro seno al tiempo que le bajaba la cremallera de los vaqueros y tiraba de ellos. Después volvió a besarla en la boca. Ella lo agarró del cabello porque la habitación comenzaba a darle vueltas. Sintió que flotaba y, sin saber cómo, se halló en la cama. Jace le estaba quitando los pantalones.

Con la rodilla, él le abrió las piernas y se puso sobre ella. Su excitación trataba de abrirse camino hacia el centro de su feminidad. Ella sintió su cálido

aliento en la piel al besarla en el cuello y subir hasta la oreja, para volver a la boca.

Una oleada de calor la recorrió de arriba abajo y se convirtió en un fuego entre sus piernas. Su deseo alcanzó un nivel frenético mientras se retorcía para ajustar su postura y tomar a Jace, que jadeaba mientras sus labios y su lengua aumentaban el fuego en la boca de ella impulsándola a abrazarlo, a ceder a lo que ambos deseaban.

Kelly estaba fuera de sí. Arqueó las caderas contra él para mostrarle su deseo. Quería sentirlo dentro de ella, que la llenara.

Jace se quitó los pantalones. Sintió un cosquilleo, largo tiempo olvidado, en la base de la columna vertebral, y supo que tenía que penetrar a Kelly sin demora.

Sacó un preservativo del cajón de la mesita de noche y se lo puso. Le introdujo dos dedos y ella gimió suavemente.

—¿Estás lista para mí, Kelly? —le murmuró al oído.

Ella arqueó el cuerpo contra su mano. Él se colocó encima de ella y situó su masculinidad frente al centro de su feminidad. Abandonó toda ilusión de ir despacio cuando la penetró. La frente se le perló de sudor y la penetró más profundamente.

—¿Estás bien?

Ella asintió levemente y volvió a besarlo en la boca.

Cuando él comenzó a moverse, ella gimió y se aferró a su espalda. Jace siguió moviéndose cada vez más deprisa y con mayor intensidad, hasta perder el sentido de la realidad. La agarró por las caderas para elevarla hacia él. La cabeza de ella cayó sobre la almohada. Su boca abierta transmitía un mensaje sin palabras. Él volvió a besarla en los labios y le introdujo la lengua hasta que perdió el control y la embistió más profundamente. De pronto, Kelly se quedó inmóvil y gritó al tiempo que se arqueaba contra él y lo enlazaba con las piernas. Jace llegó al clímax sin poder reprimir un jadeante gemido.

Al cabo de mucho tiempo, sintiéndose débil y exhausto, salió de ella y se tumbó de costado. La besó suavemente. Le encantaban el olor y el sabor que solamente eran propios de ella. La sintió temblar al devolverle el beso.

Era suya.

—¿Te he hecho daño?

Ella le respondió con una sonrisa y un suave gemido.

A la mañana siguiente, Kelly se dedicó a enviar las invitaciones para la gala benéfica.

Le parecía que Mona se daría cuenta de lo que había sucedido entre su hijo y ella simplemente mirándola el rostro. Por eso, trató por todos los medios de no mirarla. Si Mona se había dado cuenta de algo, no dijo nada,

pero sonreía más de lo habitual, aunque también lo hacía Kelly.

—¿En qué piensas? —le susurró una voz grave al oído.

Kelly se sobresaltó y alzó la vista. Jace, con las manos en el escritorio e inclinado hacia ella, le sonreía. Ella se ruborizó.

Antes de que pudiera responder, oyeron la voz de Matt, seguida de sus pasos subiendo por la escalera. Entró en la habitación corriendo.

—Kelly… Ah, hola, Jace, señora Compton —sonreía de oreja a oreja—. No os vais a creer lo que ha pasado. Frank Gentry se ha roto la pierna mientras jugábamos al rugby.

Kelly lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Eso no es una buena noticia, Matt.

—Espera. Su padre le ha dicho al entrenador que probablemente no podrá jugar el resto de la temporada. El entrenador me ha pedido que ocupe su puesto.

—Eso es estupendo, Matt —dijo Kelly abrazándolo.

—Enhorabuena, Matt —dijo Mona.

—Fantástico —exclamó Jace sonriendo.

—Te lo debo a ti —afirmó Matt— por todo lo que hemos practicado. Gracias, Jace.

—No he hecho nada. Estoy orgulloso de ti, Matt.

—Ojalá pudieras venir al partido. Es este viernes, pero supongo que no podrás venir —se volvió hacia Kelly—. Me voy con un amigo a tomarme una hamburguesa. Volveré antes de las diez —añadió antes de salir corriendo de la habitación.

—¿Tienes planes para el viernes por la tarde? —le preguntó Jace a Kelly.

—No que yo sepa —respondió ella, sorprendida.

—¿Te apetece ir a ver un partido de rugby?

—¿El de Matt?

—Sí.

—Me encantaría.

La idea de que la vieran en público con él la ponía nerviosa, pero Matt le había dicho que todo el mundo en el pueblo sabía que vivía allí. Y Matt no ocultaba que su hermana y él vivían en el rancho, así que no tenía sentido acudir por separado.

—¿Quedamos a las seis y media?

—Jace ¿te vas a mostrar en público?

—No voy a vivir escondido. La gente de este pueblo parece buena. Y quiero ver el partido.

Sería la primera que saldrían juntos desde que ella vivía en el rancho, pensó Kelly. Se preguntó qué dirían los medios si los veían. Lo único que podía hacer era confiar en que Jace supiera lo que hacía.

A las seis y media del viernes, Jace y Kelly salieron hacia el estadio,

seguidos por dos guardaespaldas en otro vehículo.

Una vez allí, buscaron asientos en una zona que les permitiera tener una buena vista del campo y que permitiera a Jace pasar hasta cierto punto desapercibido, aunque él no parecía especialmente preocupado. Los dos guardaespaldas se encargarían de su seguridad.

—El otoño se avecina —dijo Kelly mientras se sentaba al lado de Jace.

—¿Tienes frío?

—No. La temperatura es estupenda, pero me alegro de que ya haya pasado lo peor del calor veraniego. Aprenderás a apreciar el tiempo del mes de noviembre.

Jace se echó a reír.

—Da gracias porque Matt no juegue en el noreste. Yo he jugado a veces sin poder ver las líneas del campo a causa de la nieve.

—Te encantaba jugar, ¿verdad?

Él asintió mirando el campo.

—Sí, lo disfruté cada segundo —se volvió hacia ella. Los ojos le brillaban —. Fue la segunda mejor época de mi vida.

Ella sonrió porque había entendido lo que implicaban sus palabras. Sintió la imperiosa necesidad de inclinarse hacia él y besar sus hermosos labios.

La banda de música comenzó a tocar y el público se levantó al tiempo que aplaudía y lanzaba vítores ante la salida del equipo local al campo. Jace, Kelly y los guardaespaldas hicieron lo mismo.

Era surrealista, pensó ella, estar en un partido en el que jugaba su hermano, en la ciudad en que se había criado, con Jace a su lado.

A medida que el partido fue avanzando, Jace silbó y gritó para apoyar al equipo local. Cuando marcó, abrazó a Kelly.

Durante el descanso, la gente que salía a tomar un refresco y volvía saludaba a Jace con la mano, pero solo unos cuantos se acercaron a darle la bienvenida y estrecharle la mano. Esa buena educación hizo que Kelly se sintiera más orgullosa de su pueblo que nunca.

Casi al final del partido, ambos equipos iban empatados, pero gracias a la actuación de Matt, que interceptó la pelota cuando la llevaba el equipo contrario, el equipo local se apuntó un tanto. Los espectadores, puestos en pie, gritaron y aplaudieron. Kelly estaba eufórica, rebosante de orgullo.

Jace la miró y sonrió ante su reacción. Él también se sentía orgulloso de su hermano, que era el héroe del día.

Tres minutos antes del final del partido, los guardaespaldas aconsejaron a Jace que se marcharan.

—¿Te importa? —preguntó este a Kelly.

—En absoluto. Es buena idea, y Matt lo entenderá. Lleva toda la semana hablando de una fiesta que se celebrará después del partido en la pizzería del pueblo. Va a estar levitando durante un mes.

—Con toda la razón —Jace le tendió la mano para que se levantara y ella la tomó—. Ha jugado de maravilla. Todavía le quedan dos años para mejorar

antes de ir a la universidad.

Está dotado para el juego.

—Ojalá estuviera aquí mi abuelo. Pero me alegro de que Matt cuente contigo. Gracias por todo lo que has hecho por él.

—De nada, sea lo que sea lo que creas que he hecho. Haberle dado algunos consejos no ha sido el motivo del buen juego de hoy.

Mientras se dirigían al aparcamiento, Kelly pensó que había visto otro aspecto de Jace esa tarde. Y reconoció que le había gustado.

Durante la vuelta al rancho se mantuvieron en un agradable silencio. Jace aparcó frente a la casa grande y acompañó a Kelly a la cabaña.

—Me lo he pasado muy bien, Jace —afirmó ella al entrar.

—Yo también.

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

Él tomó su rostro entre las manos y la atrajo hacia sí. La besó suavemente en los labios. Iba a apartarse cuando ella los abrió. A él se le aceleró el pulso y la besó con mayor profundidad. La abrazó y la apretó contra sí. Le encantaba cómo se ajustaban sus cuerpos.

A ella no le hizo falta que la tentara. La consumía la necesidad de sentirlo debajo de ella una vez más, recibiendo y dando placer.

Él pensó que Kelly tenía todo lo que deseaba en una mujer. No quería dejarla marchar. Pero sabía que era un error. Ella necesitaba un marido y un hogar, y él no podía ofrecerle ninguna de las dos cosas.

Kelly gimió suavemente y él se esforzó en controlar su deseo, sabiendo de antemano que la batalla estaba perdida.

El sonido de la puerta principal al abrirse lo devolvió a la realidad. Separó sus labios de los de ella y miró hacia la puerta.

Matt y dos amigos sonreían en el umbral.

—Vaya, lo siento —dijo él, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. Me he dejado la cartera —fue a la encimera de la cocina y la agarró. Al volver a la puerta miró a su Jace y después a su hermana—. Clic, clic —dijo riéndose, y se marchó con sus amigos.

—¿Clic, clic?

—No me hagas preguntas —le respondido Kelly.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Tu hermano es muy maduro para su edad.

Le quitó el jersey por los hombros y le soltó el cabello. Después le bajó la cremallera de los pantalones.

—Esto no va a solucionar nada —susurró ella—. Pero estoy cansada de decirte que no.

—Entonces, no lo hagas.

Jace no sabía lo que les depararía el futuro, pero no le importaba. Le bastaba con saber que Kelly lo deseaba. Para que estuviera seguro, ella lo besó con pasión, y a él no le quedó duda alguna de que harían el amor. Iba a poseerla allí mismo. Deliraba de deseo.

Kelly era suya.

La empujó hacia la pared y la besó larga y profundamente, acariciándole la lengua con la suya. Le quitó la camiseta y el sujetador y le tomó los senos con la boca mientras, al mismo tiempo, la acariciaba.

Kelly comenzó a desabotonarle la camisa, pero él le dio un fuerte tirón y la desgarró. Ella le acarició el pecho y se lo besó y lamió como si nunca fuera a saciarse.

Él le puso la mano en la entrepierna y sintió su intenso calor y su humedad incluso a través de los vaqueros. Ella se frotó contra su mano con un suave gemido.

Jace la tomó en brazos y la llevó a su habitación. La dejó en la cama y se quitó la camisa y las botas. Después le quitó a ella los vaqueros y se quitó los suyos.

Ver a Kelly frente a él le cortó la respiración: su largo cabello rubio extendido sobre la almohada, sus senos perfectos con las puntas rosas y endurecidas. Pero fue su mirada de deseo lo que lo paralizó. Sus labios, ligeramente abiertos, lo tentaron aún más.

Puso una rodilla en un lado de la cama y se inclinó hacia ella hasta casi rozarle el rostro. Comenzó a acariciarle el labio inferior con el pulgar, que ella se metió en la boca con un gemido. Él sintió que lo mordisqueaba y succionaba.

La besó larga y profundamente en la boca y fue descendiendo por el cuello hasta llegar a los senos, que besó, lamió y acarició mientras ella gemía.

Se colocó sobre ella y la penetró. Se detuvo unos segundos para permitir que ella lo recibiera y se ajustara a él y la llenó con una fuerte embestida. La tomó por las caderas, la levantó hacia sí y siguió embistiéndola una y otra vez. Ella gritó su nombre cuando aceleró el ritmo, que se convirtió en frenético. Él la sintió cuando alcanzaba el clímax, lo que lo impulsó más arriba y más allá. Pareció durar eternamente, pero fue demasiado breve. Jadeando, Jace cayó de costado y la atrajo hacia sí mientras la besaba el rostro y el cabello.

Kelly era suya. Todo su cuerpo se lo indicaba.

Tenía que haber una forma de estar juntos. Debía hallarla.

Al volver a abrir los ojos, la luz del sol entraba por la ventana. Kelly seguía en sus brazos. Le besó el cabello. Ella se desperezó y abrió los ojos.

—Buenos días —susurró él—. ¿Has dormido bien?

—Sí —Kelly sonrió, satisfecha—. ¿Y tú?

—Sigo soñando —respondió él, y la besó suavemente en los labios—. ¿A qué hora volverá Matt?

—A mediodía.

—Bien, ya que estaba programado que la sesión fuera doble.
Ella sonrió antes de que él la besara y volviera a perderse en su magia.

Capítulo 13

El lunes siguiente, cuando Kelly llegó al despacho, los teléfonos sonaban sin parar. Dejó a Henry en la cuna y se apresuró a contestar.

Al final de aquella semana, todos volarían a Los Ángeles para la gala benéfica de Mona. Jace se quedaría allí porque tenía varias reuniones sobre su próxima película, y Kelly y Mona volverían al rancho.

El martes, Jace se pasó por el despacho de su madre. A Kelly se le aceleró el pulso, pero él se limitó a preguntarle si había pasado un buen fin de semana y a desearle a ella y a su madre una buena jornada. Parecía que trataba de dar espacio a Kelly para que asumiera su renovado romance.

No sabía que ya lo había hecho.

Esa tarde, Kelly lo encontró sentado en uno de los taburetes de la cocina con unas hojas frente a él.

—¿Ya has acabado? —preguntó él alzando la vista.

—Sí —dijo ella cambiándose a Henry de brazo—. ¿Es el guion?

—Sí. Tengo que leérmelo, pero me cuesta concentrarme —apartó el guion y acarició a Henry en el pie—. Está creciendo.

—Así es.

—¿Tenéis mamá y tú todo listo para la gala?

—Estamos cumpliendo las previsiones. Si todos los que han respondido acuden, habrá más de cuatrocientas personas. Mona está entusiasmada.

Jace sonrió.

—¿Y tú? ¿Tiene ganas de que se celebre?

—¿Yo? Me está gustando prepararlo, pero no iré a la cena ni al baile.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Me lo explicas?

—Soy una empleada. Mona tendrá a varias personas para ayudarla con las bebidas, los canapés y la cena, que preparará en el lugar de la celebración el chef que ha cocinado para Mona los últimos cinco años. Yo estaré allí para ayudar y comprobar que todo va bien, pero mi trabajo habrá acabado cuando los invitados comiencen a llegar.

—¿Conoce mi madre tus planes?

—Ya hemos hablado.

Kelly esperaba que Jace no interfiriera, ya que le había costado mucho convencer a Mona de que no quería estar en la gala. La clase social de los invitados la intimidaba: senadores, congresistas, actores, productores de cine... A Kelly no le hacía falta que le recordaran que se hallaba muy lejos de ser como ellos. Y no tenía la intención de hacer que Mona tuviera que avergonzarse si daba un paso en falso en la gala. Era mejor así.

Además, estaba el gasto en un vestido. No se iba a gastar más de mil dólares en algo que solo se pondría una vez.

—Tu madre y yo ya lo hemos solucionado, Jace. No te preocupes.

Cuando Kelly se hubo marchado, Jace agarró el guion y fue al dormitorio de su madre.

—¿Mamá?

—Entra, cariño. Creo que he olvidado algo sobre el baile, pero no consigo acordarme de qué es —rio—. ¿Crees que eso quiere decir que no es importante?

—Me temo que en eso no puedo ayudarte. Cambiemos de tema. Acabo de hablar con Kelly y me ha dicho que no va a acudir a la gala. Pensé que iríais las dos. Ambas os probasteis vestidos.

—Sí, lo sé, pero ya entonces ella se mostró reacia. Me dijo que no se sentiría a gusto entre la gente que iba a ir. Afirma que es una mera empleada.

—Ninguno de los invitados vale más que ella.

—Lo sé, Jace.

Este masculló una maldición.

—Vuelve a intentarlo, mamá.

—Lo haré mañana —le prometió ella.

Jace le dio las buenas noches y se fue a su habitación, muy frustrado. A Kelly no debieran importarle un puñado de políticos fanfarrones y actores ególatras. Contaba con que ella estaría en la gala. No sabía por qué, salvo por el hecho de que Matt y ella ya eran miembros de la familia.

Kelly no era una empleada. Él se despertaba todas las mañanas deseando verlos a ella y al bebé. La presencia de Kelly lo calmaba. Que ella formara parte de su vida era lo correcto. Era él la persona equivocada para ella.

Tendría que haberle pedido que lo acompañara a la gala benéfica. ¿Cuándo conseguiría hacer las cosas bien?

—Tenemos que ir de compras —le dijo Mona a Kelly al día siguiente, mientras comían en la cocina.

—¿Para qué?

—Para la gala.

Kelly no lo entendió. Todo, hasta la última flor, estaba ya encargado.

—¿Se me ha pasado algo por alto?

—No, los preparativos están bien. Has hecho un buen trabajo. Y ya sabes que espero que vayas al baile.

—Sí, pero no como invitada. Comprobaré que todo funciona según lo previsto y me quedaré en la cocina, pero no acudiré al baile.

—¿Por qué no?

Kelly no pretendía ofender a aquella magnífica mujer, pero sabía que en la gala se sentiría como un pez fuera del agua. Negó con la cabeza, sin ganas de volver a hablar de ello, pero Mona insistió.

—Escúchame, Kelly. No se trata de uno de esos despilfarros de Jace , sino de mi baile benéfico. Y, como mi secretaria, se espera que vayas. Necesitarás un vestido, a no ser que ya tengas uno.

Kelly negó con la cabeza.

—Entonces llamaré a mi modisto para confirmarle que llevarás el vestido que te probaste.

¿En qué lió se había metido?, se preguntó Kelly. Claro que quería acudir al baile por Mona, pero sería un error hacerlo como invitada.

El viaje a Los Ángeles en el jet privado de Jace fue agradable y divertido, ya que Mona estuvo contándoles incidentes de galas pasadas. Pero Kelly seguía sintiéndose inquieta.

Llegaron el día antes del evento. Kelly supervisó la preparación del banquete. Las mesas, las sillas y lo ornamentos se colocaron deprisa. Mientras tanto, Mona se reunió con el chef.

—Creo que ya está todo —dijo Mona al día siguiente mirando el gran salón de baile—. La escultura de hielo llegará a las cuatro. ¿Dónde la vamos a poner?

—Creo que podíamos ponerla cerca del bufé de los postres —Kelly se dirigió hacia allí—. Aquí, más o menos.

—Perfecto. Tengo que cambiar algunas de las tarjetas de la mesa de invitados. A veces es mejor evitar una situación desagradable que cruzar los dedos y esperar que no pase nada. Pronto lo aprenderás —Mona se echó a reír —. Toma esta tarjeta y cámbiala por cualquiera de las de la mesa de la esquina.

Hicieron cinco cambios más, y Mona decidió que el asunto de dónde se sentarían los invitados estaba solucionado.

—Muy bien, ahora tenemos que prepararnos nosotras. Tu vestido estará ya en tu habitación. Vamos al salón de belleza a peinarnos y maquillarnos.

—¿A peinarnos y maquillarnos?

—Por supuesto, querida.

Dos horas después, Kelly entró en su habitación. Vio que había un ramo de rosas en la mesa. Abrió el sobre que contenía la tarjeta.

Para mi queridísima Kelly. No podría haberlo hecho sin ti.

Mona

Kelly se sentó al lado de la mesa. Con todo lo que Mona tenía que hacer, se había tomado la molestia de mandarle flores en señal de agradecimiento.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo aquello le estaba pasando gracias a Jace. Gracias a él se hallaba allí y tenía un trabajo estupendo con una mujer magnífica.

Llamó a la señora Jenkins para saber cómo estaba Henry y esta le dijo que muy bien.

Después sacó el vestido para la gala de su bolsa sin querer pensar en cuánto habría costado.

Se quedó boquiabierta. Tenía que haber habido un error. No era el vestido que esperaba. No era azul ni de satén, sino todo él de encaje negro.

Unos minutos más tarde se hallaba frente al espejo. Su aspecto era completamente distinto del habitual. El vestido de encaje, de manga larga, le llegaba hasta los pies y se le ajustaba al cuerpo resaltándole las curvas.

Era caro, elegante y atrevido.

No era propio de ella.

No podía bajar vestida así.

Miró el reloj: las siete y cuarto. La gala comenzaba a las ocho. Le entró un ataque de pánico. Trató de calmarse y pensar. ¿Qué iba a hacer? Si no se presentaba, Mona se sentiría dolida. ¿Cómo iba a negarse a llevar un vestido que habría costado miles de dólares? Pero la gente la miraría, y ella se moriría de vergüenza. ¿En qué estaría pensando el diseñador? Era evidente que había mandado el vestido equivocado.

No debería haber dejado que Mona y el diseñador eligieran en su lugar. El segundo día que este había ido al rancho y le había preguntado si quería ver algunos modelos más, ella se había negado educadamente, ya que no pensaba acudir a la gala. No se podía imaginar que, al negarse, se metería en aquel lío.

Capítulo 14

—¿Has visto a Kelly? —le preguntó Jace a su madre mientras miraba a la gente que entraba al salón de baile.

—No, no la he visto desde que nos hemos ido a peinar esta tarde. Tal vez tengas que subir a su habitación a animarla a bajar.

—¿Por qué? No me importa hacerlo, desde luego, pero creí que ya habíais acordado que vendría.

—Es que… Creo que tal vez no le guste el vestido.

Jace frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Sube, por favor, y habla con ella. Dejó que yo eligiera el vestido, y puede que me haya equivocado —afirmó Mona retorciéndose las manos, con semblante preocupado.

Jace se apresuró a subir a la habitación de Kelly. Llamó a la puerta y ella le abrió. Miró a un lado y a otro del pasillo, lo agarró del brazo y lo metió dentro de un tirón.

Jace tragó saliva. No encontró palabras para describir lo que tenía frente a él. Kelly era guapa de por sí, pero con ese vestido, todos los hombres que fueran al baile se acercarían a ella. El instinto de protección de Jace entró en acción.

—Estás increíblemente hermosa.

Ella se apartó de la puerta. Parecía nerviosa.

—No puedo bajar.

—¿Por qué no?

—¿Estás de broma? ¿Con este vestido?

—¿Qué le pasa?

—No hay suficiente tela para hacerle una camisa a Henry. —Estás exagerando.

—No. Jace, tienes que ayudarme. No quiero herir los sentimientos de tu madre.

—¿Por qué no puedes llevar ese vestido? Es precioso y estás arrebatadora. Dan ganas de comerte.

—Hablo en serio.

—Yo también. Míralo bien.

—Parece que no llevo nada, salvo unas tiras de encaje.

—¿Y eso es malo?

—No está bien.

Jace no sabía qué decirle. Kelly era preciosa y sexy, y el vestido lo confirmaba. Causaría sensación en el baile.

—El vestido está más que bien. Y tenemos que irnos. La cena es dentro de

media hora. Debemos buscar nuestros asientos.

—Tal vez baje más tarde. No quiero comer ahora. De todos modos, no hay tarjeta para mí en ninguna de las mesas, ya me he asegurado de eso. Solo soy una empleada. Y a tu acompañante no le gustará que aparezcas conmigo del brazo.

—Estoy mirando a mi acompañante.

—Tú… No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Lo sabes perfectamente. Además, no estoy lista.

—Yo creo que sí lo estás. Y te aseguro que hay una tarjeta para ti en la mesa, al lado de la mía. La ha puesto mi madre. Agarra lo que necesites y vámonos antes de que eche la llave a la puerta y te quite ese vestido que tan poco te gusta.

—Jace, por favor. Habrá periodistas. Mona causará una mala impresión si entras conmigo del brazo, la cazafortunas de Texas.

—Kelly, esta noche eres mi acompañante, y muy hermosa, por cierto. Con ese vestido, todos los hombres te mirarán.

—Me sentiré como una atracción de feria. ¿Hay una barra de stripper en el salón de baile?

Jace respiró hondo. No había tiempo para discutir.

—Si de verdad no quieres bajar, no voy a obligarte.

Ella suspiró aliviada.

—Gracias, Jace.

Él se quitó la chaqueta y luego la pajarita.

—¿Qué haces?

—Si no vas tú, yo tampoco —se acercó a la cama y retiró la colcha—. Me quedaré contigo. Ya se nos ocurrirá algo que hacer.

—No puedes hacerle eso a tu madre. Me estás chantajeando.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer, Kelly? ¿Me acompañas abajo o nos quitamos esta ropa y pasamos la noche juntos, que es lo que de verdad queremos hacer?

—No me hagas esto, Jace.

—Todavía no te he hecho nada.

—Jace…

Él se le acercó y le tomó el rostro entre las manos. Si no salían pronto de la habitación, no llegarían al salón de baile. Su madre se enfadaría, pero le daba igual.

—Lo digo en serio, Kelly. No hay nada más que quiera hacer en este momento que quitarte el vestido y llevarte a la cama. Decídete.

En cuanto salieron del ascensor se vieron rodeados de gente que ocupaba todo el espacio disponible, incluso el vestíbulo del hotel. En cuanto vieron a Jace, los periodistas comenzaron a hacerle fotos y a tratar de entrevistarle.

Jace no soltó a Kelly de la mano en ningún momento. Contestó varias preguntas y observó que su madre hacía lo mismo. Kelly se mantuvo callada a su lado hasta que le dirigieron algunas preguntas.

—Señorita Michaels, ¿le emociona asistir a este baile benéfico?

—Desde luego —respondió ella mirando a la cámara con una sonrisa—. A todos nos emociona formar parte de esta valiosa causa.

—Con respecto al hombre que tiene a su lado, ¿suenan campanas de boda en un futuro próximo?

—Esta noche estamos aquí para recaudar fondos para ayudar a mujeres maltratadas y desesperadas a encontrar una vida mejor para ellas y sus hijos. Es un tema serio, por lo que espero que los medios lo respeten y se centren en las mujeres que necesitan nuestra ayuda.

—¿Así que se niega a hablar de su relación con Jace Compton?

—En efecto. No es el momento ni el lugar adecuado para preguntas de esa naturaleza. Ahora bien, si está dispuesto a entregarme un cheque de un millón de dólares para la causa, tal vez le responda.

Jace se quedó atónito ante la facilidad con la que Kelly había cerrado la boca a aquel tipo. Parecía que tuviera años de experiencia frente a las cámaras.

El periodista masculló que no llevaba tanto dinero encima, los demás se rieron y dejaron de hacer preguntas de ese estilo. Jace no se había sentido tan orgulloso de alguien en su vida.

Después de la cena, la orquesta comenzó a tocar y algunas parejas salieron a bailar. Jace tendió la mano a Kelly y ella la aceptó.

Él la atrajo hacia sí.

—¿Recuerdas cuando bailamos en el comedor de aquel hotelito de Calico Springs? —le murmuró al oído—. Estaba oscuro. La única luz procedía de las velas de las mesas. Te hubiera seguido abrazando así toda la vida. Y seguimos encajando perfectamente.

—Porque eres un bailarín estupendo.

—Bailar no tiene nada que ver con el hecho de lo bien que te ajustas a mis brazos. Si quieres, puedo demostrarte lo bien que encajamos en otros aspectos.

—Pórtate bien.

—Lo intento, pero lo que quiero es portarme mal. Muy, muy mal.

—No sé si reírme o tomarte en serio y regañarte.

—Tómame en serio. Incluso puedes darme unos azotes. —¡Jace!

—¿Qué? —preguntó él con aire inocente.

—Eres malo.

—Pues no es eso lo que me dijiste hace una semana.

—¿Me permite? —le preguntó a Jace un hombre que se les había acercado.

Jace asintió, consciente de que no podía negarse. Contempló, impotente, cómo el caballero abrazaba a Kelly. Ella le sonrió forzadamente mientras se

alejaban.

—Hola, guapo.

Jace se volvió. Era Lena Maxwell.

—¿Cómo estás, Lena? Gracias por venir.

—Ha sido un placer —contestó la actriz riéndose—. Baila conmigo.

Jace accedió con una sonrisa tirante.

—Me han dicho que has comprado un rancho. ¿Te retiras del cine?

—Aún no lo he decidido. Necesitaba un descanso. ¿Y tú? ¿Sigues rechazando ofertas?

Ella volvió a reírse mientras Jace buscaba a Kelly con la mirada.

—Ha conseguido que seas el centro de todas las miradas, ¿verdad?

—¿Quién?

—La rubita que iba de tu brazo. Por cierto, enhorabuena por tu paternidad.

—Gracias.

—Ha sido una idea brillante traerla esta noche. Aparecerá en portada en todos los periódicos de mañana, lo cual le vendrá muy bien a la recaudación. Los rumores se dispararán. Se oirá hablar de ti durante semanas. Ahora entiendo por qué llevamos un tiempo sin verte.

Jace apretó los dientes para atemperar su furia. Lena era el ejemplo perfecto de por qué le preocupaba tanto a Kelly acudir al baile.

—¿Me permite? —una mujer esperaba pacientemente al lado de Lena.

Esta se apartó educadamente, le guiñó el ojo a Jace y desapareció.

—Todavía hay que hacer cola para bailar con el gran Jace Compton. Hay cosas que no cambian nunca.

—¿Cómo estás, Audrey?

Jace siguió el compás de la música mientras oía distraídamente a la mujer. Había acudido a muchos eventos de ese tipo, pero esa noche, por primera vez, no estaba disfrutando en absoluto de la experiencia. No quería charlar de trivialidades ni ser el centro de atención. De pronto, todo aquel falso flirteo le revolvió el estómago.

Añoraba la tranquilidad del rancho y la intimidad que le ofrecía.

Y, se equivocara o no, deseaba a Kelly a su lado.

El próximo que la pisara lo lamentaría, pensó Kelly cuando otro tipo estúpido, dominante y bebido la sacó a bailar. ¿Qué les pasaba con las manos?

Aquello era un evento para recaudar dinero para una digna causa, no para que la manosearan, aunque fuera medio desnuda. Los peones del rancho tenían mejores modales.

Mona había acertado: debía de haber un mínimo de cuatrocientas personas en el salón. Más de la mitad eran hombres y la mayor parte estaba como una cuba o camino de estarlo.

Divisó un par de veces a Jace, cada una tratando de esquivar a una mujer que flirteaba desvergonzadamente con él. Él les sonreía educadamente, pero

no las animaba. Estaba guapísimo de esmoquin.

Cuando la canción acabó, Kelly aprovechó para salir de la pista. Fue al cuarto de baño. Esperaba que la velada terminara pronto. Le dolían los pies y, de tanto sonreír, los músculos de la cara. Tal vez no fuera muy tarde para volver a llamar a la señora Jenkins y preguntar por Henry.

Entró en el elegante tocador y se dirigió al servicio. Al ir a salir oyó las voces de varias mujeres procedentes del tocador.

—¿Qué te parece la nueva amiga de Jace?

Kelly escuchó risitas.

—Creo que es muy agradable —dijo una de las voces.

—Será su perdición, guapa. Me resulta increíble que se quedara embarazada. Mi esposo me ha dicho que Jace no parece muy entusiasmado con la nueva película. Seguro que se debe a que se siente responsable de esa mujer y de su hijo.

—No irá a rechazar el papel, ¿verdad? —preguntó otra de las mujeres.

—No es probable que ella le deje, ya que así tendrá más dinero en el banco.

Kelly abrió la puerta del servicio y se volvió hacia las mujeres que estaban en el tocador. Ya había tenido que soportar esos cotilleos en la escuela, acusaciones de que ella se dedicaba a deshacer matrimonios. No pensaba volver a soportarlo ni a ocultarse como si fuera una ladrona.

—Francamente, creo que a ella le dará igual. Al fin y al cabo, tiene en sus garras al soltero más cotizado del continente. Pero más le vale preguntarse cuánto tiempo conseguirá que la obedezca.

—Tal vez debiéramos pedirle que nos dé alguna pista.

—Sí, tal vez deberíais hacerlo —las interrumpió Kelly mirando a la que estaba hablando—. Perdonad.

Se abrió paso entre ellas y se miró al espejo. Fingió que comprobaba cómo tenía el carmín. Después se puso de perfil, metió el estómago y arqueó la espalda para sacar pecho, el poco que tenía.

—Mmm... Este vestido tiene demasiada tela, ¿no os parece?

Las tres mujeres la miraban con una mezcla de sorpresa, resentimiento e indignación.

—¿No vives en una granja? —le preguntó la mayor de las tres.

Kelly la señalo con el dedo y exclamó en tono de sorpresa:

—¡Tú eres Celesta Mason! Me pareció haberte reconocido —sonrió—. A tu marido lo pillaron hace dos años en la cocina con una de las cocineras. Que hombre más malo. Pero ¿quién puede culparlo?

Las mujeres ahogaron un grito. Kelly dio mentalmente las gracias a Mona por los cotilleos que le había contado mientras colocaban las tarjetas en las mesas. Celesta la fulminó con la mirada y salió del tocador, seguida de sus amigas.

—Adiós —dijo Kelly con dulzura—. Y que tengan buen viaje.

Salió con la intención de hablar con Mona y volver a su habitación. Pero

antes de haber dado tres pasos, alguien le pasó el brazo por los hombros.

—Temí haberte perdido, cariño —le dijo un hombre al que no conocía—. Ya he esperado bastante. Vamos a bailar.

La tomó de la mano y la condujo a la pista. Apestaba a alcohol y tenía los ojos vidriosos. Se inclinó hacia ella y la besó en el hombro.

—No haga eso —Kelly estaba asqueada.

—¿Te alojas en el hotel?

Ella no le contestó. Intentaba hallar una salida a la situación sin montar una escena.

—Vamos, nena. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí? Se me ocurren cosas mucho mejores que hacer.

—Creo que no —ella trató de librarse, pero la tenía bien agarrada por los brazos.

—No seas tonta. Si crees que tu hijo y tú sois suficientes para que Jace deje la industria del cine, te equivocas. He visto cómo lo mirabas. Pero a él solo le gusta Lena Maxwell desde hace años. Si eres inteligente, déjalo marchar.

—Parece que sabe mucho sobre Jace Compton.

—Nos conocemos de hace tiempo. Lo siento, nena, debía de haberme presentado. Soy Bret Goldman.

El hombre con el que ella había hablado al intentar localizar a Jace para contarle lo del bebé. Allí estaba aquel imbécil en persona.

—No te preocupes, cariño. Eres nueva. Ya aprenderás.

—¿El qué? —consiguió separarse de él lo bastante como para mirarlo a la cara. Era guapo, pero su arrogancia ensombrecía la atracción que pudiera sentirse hacia él.

—Con quién tienes que ser amable y quién no es importante. Yo lo soy.

—¿En serio? ¿Para quién?

Él se rio con desprecio.

—Ten cuidado, guapa. Hay personas a las que no se les dice que no, y una de ellas soy yo.

Kelly trató de reprimir la risa, sin conseguirlo, lo cual no le sentó nada bien a aquel imbécil, que la fulminó con la mirada y la agarró de la muñeca.

—Veamos si lo entiendes mejor en el piso de arriba —comenzó a tirar de ella hacia los ascensores.

Aquello estaba yendo demasiado lejos.

—Suélteme inmediatamente.

—Una gatita salvaje. Me encanta.

—Me parece que la señorita Michaels no tiene ganas de fiesta, Bret.

Este se detuvo y Kelly miró hacia atrás. Era Jace, que trataba de contener la ira. A alguien que pasara a su lado le parecería que charlaban amigablemente.

—Me está provocando. Voy a llevarla a…

Kelly intentó recordar si los rodillazos los daba más fuerte con la rodilla

derecha o con la izquierda.

—Suéltala, Bret.

—¿Y si no lo hago?

Jace le dio un fuerte puñetazo en la nariz. Bret soltó a Kelly al caer al suelo. Se levantó mascullando maldiciones. Se tocó la nariz y vio que le sangraba. Se lanzó hacia Jace tratando de darle un puñetazo, pero este lo esquivó y Bret se estrelló contra la pared. Tras recuperar el equilibrio, volvió a lanzarse contra Jace. Este le lanzó un gancho que lo mandó al otro lado del salón. Al tocar la pared, Bret se derrumbó.

Los flases de las cámaras llenaron la habitación. Jace tenía el rostro contraído por la ira y volvió a acercarse a Bret con los puños cerrados, pero dos hombres se interpusieron entre él y su mánager, que estaba inconsciente. En voz baja, le dijeron que aquello se había acabado.

Bret gimió y trató de sentarse. Alguien le dio un pañuelo y se lo llevó a la nariz, sin darse cuenta de que la sangre ya le había empapado la parte delantera de la camisa.

Jace miró a Kelly. Parecía haberse calmado y su expresión era de remordimiento y tristeza. Se soltó de los hombres que lo tenían agarrado y miró a Bret y, después, de nuevo a Kelly. A continuación, salió del salón.

Capítulo 15

Jace entró en la suite y cerró la puerta. Se quitó el esmoquin y lo dejó en una silla. Después se quitó la pajarita y se desabrochó la camisa de un tirón. Se sirvió un whisky doble y se lo tomó de un trago.

Se miró en el espejo. Aquel rostro contorsionado no era el suyo, sino el de un hombre de ojos asesinos y mirada amenazadora. La boca era una fina línea. Tenía la camisa manchada de la sangre de Bret. Apretó la mandíbula al contemplar la cara de su padre en el espejo, que mostraba la brutalidad y la crueldad que Jace había vivido en la infancia.

La bestia había revivido y lo había hecho frente a Kelly.

Se sirvió otro whisky, se lo tomó y fue al cuarto de baño. Se acabó de desnudar y se metió en la ducha.

Seguía furioso. Sabía que Bret era un imbécil, que engañaba a su mujer, que en Hollywood tenía la reputación de ser un canalla, pero nunca lo había visto en plan de ataque como aquella noche. Peor aún era que el blanco hubiera sido Kelly. Después de lo que le había costado ir al baile, tenía que acercársele un degenerado como Bret. Jace deseó haberle pegado más fuerte.

Se le contrajo el estómago al pensar que Kelly había sido testigo de todo. Su expresión de sorpresa cuando la miró antes de marcharse lo perseguiría eternamente. Tenía los ojos como platos y los puños cerrados, como si tuviera miedo. Ella había apartado la vista para mirar a Bret.

Si había habido alguna esperanza de tener un futuro juntos, de no convertirse en lo que había sido su padre, la había destruido. La vez siguiente sería Kelly la que estaría en el suelo con el rostro magullado y ensangrentado. La mera idea le produjo náuseas.

Salió de la ducha, se enrolló una toalla a la cintura, volvió al bar y se sirvió otro whisky.

—Hola, cariño. Volvemos a encontrarnos.

Jace se quedó petrificado. Encendió las luces, fue a la puerta del dormitorio y vio a una mujer medio vestida en la cama.

—¡Lena! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

Pero Jace sabía que no era la primera vez que ella se metía en su habitación valiéndose de sus encantos para convencer a un inocente empleado de que era la suya.

—No te enfades, cariño.

—Tienes que marcharte.

Agarró la ropa que ella había dejado en una silla y se la lanzó.

—No me creo que me vayas a echar. ¿Por qué tienes que pasar la noche solo?

—Lo que haga no es asunto tuyo. ¿Qué te ha pasado con Jack? ¿No

estabas loca por él?

—No funcionó —Lena se sentó en la cama sin ocultar sus senos desnudos —. Cometí un error, Jace. ¿Me perdonas?

—Me da igual. Lo que hubiera entre tú yo, si es que había algo, acabó hace mucho tiempo. Te lo dije hace dos años, cuando se te ocurrió la locura de que fingiéramos que nos habíamos casado. Vístete y vete.

Ella hizo un mohín y comenzó a vestirse.

De pronto, llamaron a la puerta insistentemente. —¿Qué pasa ahora? Si es la prensa, Lena, te juro que… —No. No sé quién puede ser.

Se levantó y comenzó a abotonarse el vestido mientras iba al cuarto de baño.

Jace respiró hondo y estuvo tentado de dar un puñetazo en la pared.

Miró por la mirilla y deseó que se lo tragara la tierra. No eran periodistas, sino Kelly. Vaciló. Sabía lo que pensaría si veía a Lena. Pero, después de lo que había presenciado abajo, ¿acaso importaba? Abrió la puerta y ella entró.

—Quería saber si estabas bien.

—Sí. Tengo algo que decirte, Kelly.

—Jace, llámame la próxima vez que…

Jace vio que Kelly se quedaba sin respiración al ver entrar a Lena terminando de abotonarse el vestido. Las dos mujeres se miraron.

—Lo siento —Kelly salió disparada hacia la puerta, pero Jace llegó primero.

—No es lo que crees.

Lena sonrió.

—Nunca lo es —agarró el bolso—. Esta debe de ser Kelly —dijo mirando a Jace—. Es muy guapa —después se volvió hacia Kelly—. No te lo tomes así, querida. Recuerda que este es el mundo de Jace Compton. Será mejor que te vayas acostumbrando. No hay otro modo con él.

Jace agarró a Kelly de la muñeca y abrió la puerta, por la que salió Lena sin mirar atrás.

—Kelly, no la he invitado a mi habitación. No sé cómo demonios ha entrado.

—No es de mi incumbencia, aunque que estés desnudo resulta de lo más adecuado.

Miró a su alrededor como si buscara una puerta que, por arte de magia, la transportara lejos de allí.

—Te creo, Jace. Pero Lena tiene razón. Me ha gustado echar una ojeada a los círculos de Hollywood, pero, si no te importa, creo que prefiero a los paisanos de mi pueblo. Los trabajadores de tu rancho tienen mejores modales que la mayoría de la gente que está aquí esta noche. La vida es mucho más que esto. ¿Siempre acaban así tus fiestas? ¿Con unas copas y un revolcón con quien sea?

Jace pensó que todo lo que decía era verdad.

—No, no siempre. A veces interviene la policía, por lo que habría que

añadir celdas a la lista. Siento que hayas visto lo que ha pasado abajo.

No supo qué más decirle. No había nada más que pudiera decirle.

Tenía que acabar con aquello antes de hacerle daño.

Había sido un idiota al pensar en la posibilidad de un futuro con ella. No viajaría con él por todo el mundo con un bebé ni tampoco se quedaría a esperarlo en casa, durante meses, a que volviera. Y aunque estuviera dispuesta, él no se lo pediría.

Tampoco se sentiría cómoda con las manadas de periodistas que la seguirían y rodearían, ni se quedaría callada y no haría caso de los titulares que anunciaran que él tenía una nueva amante.

Pero, aparte de todo eso, incluso si él dejaba el mundo del cine, la bestia seguiría en su interior, y ella no tendría forma de saber qué la haría salir ni cuándo. Ya había visto actuar al monstruo esa noche.

Deseaba que ella, Henry y Matt entraran a formar parte de su vida, pero sabía que no sería posible.

—Tienes razón. Esto no es vida para ti ni para Henry. Lo que has visto esta noche es lo que soy, así de claro.

Se acercó al bar y se preparó otro whisky.

—No te entiendo, Jace.

—Lo que intento decirte es que no puedo dejar de vivir como lo hago porque así soy en mi interior y no puedo cambiarlo —se tomó el whisky de un trago—. Esa forma de ganarme la vida me proporciona una salida, una huida de mi propia realidad. Me permite beber hasta olvidar, y los medios hablan después de una fiesta. Me permite golpear a alguien, como esta noche, y liberar parte de la rabia, lo cual ofrece buenos titulares. Incluso me pagan por hacerlo —afirmó con una risa sarcástica—. Los viajes, las localizaciones de las películas y aprenderme los guiones me impiden pensar, recordar cómo soy de verdad, hacer lo que me has visto hacer esta noche.

»No puedo ofrecerte al hombre que deseas, Kelly. No puedo decirte que nuestra relación será para siempre, no puedo proporcionarte un hogar y la vida que Henry y tú necesitáis. No puedo ser el esposo que mereces —apretó los dientes, resuelto a hacer que lo abandonara mientras pudiera—. Ni siquiera estoy seguro de poder amarte.

Ella se estremeció como si la hubieran disparado. Él la contempló, impotente, mientras la angustia se adueñaba de su rostro. Ella se tragó las lágrimas. Él sabía que la había herido en lo más profundo, pero, a largo plazo, estaría mejor sin él.

—Después de haber pasado un tiempo contigo, de haberte conocido de verdad, hasta un tonto se daría cuenta de… —Jace volvió a apretar los dientes con fuerza.

—¿De qué, Jace? —susurró ella, blanca como la cera.

—De que no perteneces a este mundo. De que no puedes estar conmigo. Estabas en lo cierto la primera noche, aquella en la que hablamos fuera de tu casa. Debí haberme marchado entonces, pero no quise aceptar lo inevitable.

Ella asintió y, milagrosamente, consiguió sonreír y no derramar una sola lágrima. Se volvió para marcharse, pero se detuvo cuando él dijo:

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas.

Sin volverse a mirarlo, abrió la puerta y se fue.

Jace se sintió invadido por la ira, una ira como no había experimentado jamás, y dirigida contra sí mismo. La esperanza se había transformado en desesperación. El monstruo había ganado. Lanzó el vaso contra el espejo.

Como su corazón, se rompió en mil pedazos.

Una semana después, Jace estaba en una reunión, cuando en realidad hubiera deseado estar a mil kilómetros de distancia. En cualquier otro sitio.

Daba, distraídamente, vueltas a una pluma entre los dedos mientras el productor hablaba de la nueva película que iban a rodar. También estaban presentes el director, los ayudantes de dirección, otros cinco actores, los guionistas y los abogados y agentes que los representaban. Solo faltaba Bret Goldman. Jace lo había despedido antes incluso de que abandonara el salón de baile.

El rodaje duraría de seis a siete meses, y cuatro la posproducción. Las localizaciones eran muy exóticas y de difícil acceso.

Jace tenía frente a sí el contrato en que se le asignaba el papel de protagonista. Era otra oportunidad para ser candidato al mejor actor del año.

En la sala reinaba una ambiente jovial. Pero Jace solo pensaba en Kelly. Siete meses eran demasiados para estar de viaje. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Kelly y su madre habían vuelto a Texas al día siguiente del baile; él se había quedado en Los Ángeles para aquella reunión.

Intentaba buscar una solución, la que fuera, para que Kelly formara parte de su vida. Pero se le presentaba la misma situación una y otra vez, lo que le impedía cualquier atisbo de esperanza.

Recordó la primera vez que había visto a Kelly, mientras discutía con el empleado de la tienda de comestibles sobre el precio de un saco de avena. Ella había ganado, lo cual era de esperar. Él le había llevado el saco a la camioneta, resuelto a saber su nombre y su número de teléfono. Recordó la ternura que, ese mismo día por la noche, irradiaba su rostro y su belleza a la luz de la vela de la mesa del café.

Días después, cuando la llevó al motel, se dio cuenta inmediatamente de su inexperiencia. Decidió demostrarle en qué consistía hacer el amor de verdad, y que esa noche fuera memorable. Era tan sexy e inocente a la vez, confiaba tanto en él y estaba tan deseosa de agradarlo que él se quedó sin habla, conmovido y totalmente cautivado.

Y se olvidó de usar un condón.

La invitó a cenar la noche siguiente, en parte para comprobar que estaba bien y, en parte, para estar seguro de que ella era real, de que no lo había soñado. Kelly aceptó. Y, después de cenar, la llevó directamente a su casa, al rancho de su abuelo, aunque era lo último que deseaba hacer.

Más tarde lo habían despertado unos golpecitos en la puerta de la habitación de su hotel. Era Kelly. Ninguno dijo nada. La atrajo hacia sí y no salieron de la habitación durante los tres días siguientes.

Después alquilaron unos caballos y cabalgaron por las colinas y los valles del norte de Texas, charlando y riendo. Se bañaron en un estanque e hicieron el amor a la sombra de un sauce. Tenía grabados aquellos recuerdos de forma imborrable.

El encanto de Kelly no era solamente físico; también se hallaba en el brillo de sus ojos al reírse, en la ternura con que abrazaba a su hijo, en la forma de alabar a su hermano, en su voz suave y melodiosa y en su fortaleza interior. Su inteligencia e ingenio lo mantenían alerta. Ella hacía que estuviera contento de estar vivo. Nadie antes lo había hecho sentir así.

Su vida había girado siempre en torno al miedo de volverse como su padre. A pesar de estar resuelto a guardar las distancias, Kelly se le había metido en el corazón. Le había dado un hijo. Y estaba completamente enamorado de ella. Pero la razón por la que no podían estar juntos no había cambiado.

La vibración del móvil lo sacó de sus pensamientos. Era su madre, que sabía que estaba en aquella reunión, por lo que no lo hubiera llamado a no ser que se tratara de algo importante.

Se disculpó y salió al vestíbulo.

—¿Mamá?

—Jason, Kelly se ha marchado.

Ya había oscurecido cuando Jace entró en la casa. Su madre estaba sentada en la cocina con una taza de café en una mano y un pañuelo muy usado en la otra. Tenía los ojos rojos de llorar.

—¿Cuándo se ha ido?

—Sobre las tres —respondió ella con voz ronca.

—¿Sabes adónde?

—A su casa. Me prometió que nos llamaría.

Jace asintió. Se había aprovechado de sus sentimientos hacia él para llevársela a la cama sabiendo que no podía hacerle promesa alguna. Después la había abofeteado, en sentido figurado, y probablemente le hubiera partido el corazón. Y la había contemplado derrumbarse con la fría mirada de un canalla insensible.

Por su culpa y por la del canalla de su padre, ella se había marchado.

Jace así lo había querido. Había hecho bien su trabajo.

Agarró una botella de whisky y se fue al despacho, donde cerró la puerta con llave. Se tomó un vaso a la salud de su padre.

¿Por qué no?

Era igual que él.

Capítulo 16

Jace fue a la cocina porque necesitaba más café. Su madre entró detrás de él. Jace sabía que estaba preocupada por él, por Kelly y por la situación. Él tenía un aspecto lamentable, con los ojos inyectados en sangre y sin afeitar. Pero le daba igual.

—Jason, háblame. Él se encogió de hombros —¿De qué?

—Hace más de un mes que Kelly se marchó. Tal vez sea hora de que hables con ella.

—Déjalo estar, mamá —respondió él mientras se servía una taza de café.

—Jason…

—Que lo dejes, ¿vale? Se ha acabado. Ya es tarde. Y no quiero hablar de ello.

Había hecho lo que debía para que Kelly lo abandonara.

Por respeto hacia su madre, acabaría explicándoselo, pero no lo iba a hacer ese día.

—Nunca es demasiado tarde —dijo su madre en voz baja—. Nunca, si el corazón sigue latiendo.

Jace asintió y se dirigió de nuevo al despacho. No lo abandonaba la angustia de haber perdido a Kelly. El dolor se había convertido en una extensión permanente de su cuerpo y su mente. Y no dejaba de preguntarse si había obrado bien.

Las dudas lo acosaban día y noche. ¿Y si su amor por ella bastara para apaciguar a la fiera? En circunstancias normales, estar a su lado lo llenaba de felicidad.

¿Y si había cometido una equivocación? ¿Y si pudieran vivir juntos? ¿Y si al cabo de diez años se daba cuenta de que había rechazado algo especial sin motivo, algo que no volvería a encontrar?

Se estaba volviendo loco.

Durante el día, gritaba con furia y amenazaba a los trabajadores del rancho, sin poder reprimir la frustración y la ira. Ya se habían marchado dos hombres. Y lo harían más si no se controlaba. Pero le daba igual.

Por la noche, tumbado en la cama, se imaginaba que abrazaba a Kelly, y volvía a sentirse vivo.

Oyó gritos. Salió a ver qué pasaba y vio que los vaqueros habían formado un círculo en torno a dos de ellos, Colby y Decker, que parecían dispuestos a pegarse. Jace no iba a tolerar ese comportamiento en el rancho.

Apretó los dientes y se dirigió a toda prisa hacia ellos. Se interpuso entre los dos hombres, agarró a uno del brazo y lo tiró al suelo. El otro corrió la misma suerte.

—¿Qué demonios pasa? Decídmelo ahora mismo o estáis despedidos.

El resto de los vaqueros esperaba en silencio.
Colby se limpió con la mano la sangre que le salía de la nariz.
—Se ha insinuado a mi esposa.
—¿Es eso verdad, Decker? —preguntó Jace.
Este lo fulminó con la mirada.
—¿Y qué si lo he hecho? Ella no me ha rechazado.
—¡Canalla! —bramó Colby lanzándose hacia él. Jace lo detuvo.
—Se acabó, Decker. Recoge tus cosas y lárgate. El capataz te acompañará. Y tú, Colby, déjalo estar —se volvió hacia dos de los vaqueros —. Lleváoslo y quedaos con él hasta que se calme.
Mientras los hombres se apresuraban a cumplir las órdenes, Jace se frotó la nuca. ¿Se habían vuelto todos locos? Entendía a Colby, porque sabía cómo se sentía. Tenía derecho a defender lo que era suyo y a protegerlo.
¿Era eso lo que él había hecho al pegar a Bret? La revelación casi lo cegó. ¿Cómo no lo había visto antes? No se había dejado llevar por una ira irracional, sino que había hecho lo necesario para evitar que Bret hiciera daño a Kelly, para proteger a la mujer a la que amaba. Había una gran diferencia entre ambas cosas.
Se sintió aturdido, lleno de júbilo y de miedo a la vez.
¿Era ya demasiado tarde?

La televisión estaba a todo volumen con el propósito de que Kelly no pudiera pensar, pero no lo conseguía. Nada le servía para dejar de pensar en Jace. Agarró el mando a distancia y apagó el aparato.
Volvió a la cocina, encendió el horno y terminó de remover la masa con la que iba a preparar una tarta a la madre de Gerri.
No deseaba estar rodeada de gente, pero Gerri había insistido. Al final, Kelly se había dejado convencer. Era lo menos que podía hacer después de la amabilidad y preocupación de su amiga desde que se había marchado del rancho.
Vertió la masa en el molde y lo metió en el horno.
Después fue a sentarse al salón. Al día siguiente llamaría a Mona. Quería oír su voz; también la de Jace, y que este la abrazara, pero eso no sucedería.
Agarró una revista y la hojeó. Se iba a volver loca si no dejaba de pensar en Jace. No quería ir a la fiesta de cumpleaños de la madre de Gerri con los ojos rojos e hinchados. Pero desde aquella noche en el hotel de Los Ángeles, no podía dejar de llorar. No entendía lo que había sucedido.
El reloj del horno comenzó a sonar. Ella volvió a la cocina y sacó el molde antes de apagar el horno.
¿Qué había hecho que Jace pasara de intentar volver a ganarse su confianza y de hacerla pensar que la quería a asegurarle que no podía formar parte de su vida?
El timbre de la puerta sonó y la sacó de sus pensamientos. Kelly abrió la

puerta. Era Jace, y no sonreía precisamente.

—¿Podemos hablar?

—Creo que ya me dijiste todo lo que tenías que decirme.

—No, no lo he hecho. ¿Puedo pasar? ¿O vamos a discutir en la calle?

—No voy a discutir contigo.

—No está mal para empezar —dijo él con una sonrisa forzada.

Ella lo fulminó con la mirada y dio media vuelta, pero dejó la puerta abierta. Si quería entrar, no se lo impediría, pero no iba a invitarle a hacerlo. El corazón le latía con tanta fuerza que se le hacía difícil respirar.

¿Por qué estaba allí?

Kelly se situó en el centro del salón con los brazos cruzados mientras trataba de contener la avalancha de emociones que la invadía. Quería que se fuera, pero también abrazarlo. Tenía la boca seca y los ojos llenos de lágrimas. Llevaba semanas destrozada. No podía dormir ni comer.

Tenía ganas de gritar y de golpearle en el pecho pidiéndole una explicación. Se le había presentado la ocasión de hacerlo, pero ni siquiera podía mirarlo.

Jace se situó frente a ella como si esperara algo. Por fin, ella lo miró a los ojos, y él le mantuvo la mirada.

—Solo tengo que hacerte una pregunta.

—¿En serio? Yo tengo que hacerte cientos.

—¿Me quieres, Kelly?

—¿Cómo?

Por su reacción, él se dio cuenta de que creía que se había vuelto loco.

—Si tuviera un trabajo normal, por ejemplo en un rancho, ¿me darías otra oportunidad?

Ella se esforzó en contener las lágrimas. Lo amaba con todo su corazón. Pero ¿qué sentido tenía que le hiciera esas preguntas?

—No trabajas en un rancho. Creo que ya hemos aclarado ese pequeño malentendido.

Él se le acercó.

—¿Estás enamorada de mí? —insistió—. Después de lo que he hecho, ¿es aún posible?

Era difícil responder una pregunta sin sentido.

—¿Kelly?

—¿A que viene esto, Jace? ¿Has venido para pillarme desprevenida y hacer que me vuelva a derrumbar?

Estaba furiosa. Lo odiaba. Lo amaba.

—No lo entiendo, de verdad. ¿Te dedicas a jugar con la gente?, ¿con sus emociones?

—Supongo que eso es un no.

—¿Qué demonios quieres que te diga? Me dejaste claro que no podías amarme, que no puedo formar parte de tu vida, que no soy lo bastante buena. Al menos, por una vez, fuiste sincero.

—No era eso lo que quería decir —bramó él. Se estaba enfadando, aunque no tanto como ella.

—Y un mes después te presentas aquí y me preguntas que si te quiero. Estás trastornado.

—Supongo que, definitivamente, la respuesta es que no – Jace asintió y se dispuso a marcharse.

—La mayor parte de los invitados al baile de Mona te dirían que no te amo, que te atrapé para sacarte dinero, pero sin que interviniera mi corazón.
Él la agarró por los hombros.

—¿Me quieres, Kelly? ¿Estás enamorada de mí? —le preguntó con voz suave, casi como si le estuviera rogando.

—Sí —susurró ella—. ¿Estás contento? ¿Has ganado una apuesta? ¿He ganado el premio a la más estúpida del año?

Él cerró los ojos y pareció relajarse.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—Porque te amo.

—Por favor…

—Eres la única mujer a la que se lo he dicho. Nunca había estado enamorado, Kelly.

Ella negó con la cabeza.

—Ni tampoco lo estás ahora, Jace No es amor. Tratar a alguien como me trataste en Los Ángeles no es amor.

Él respiró hondo mientras se acariciaba la barbilla.

—Allí te dije una serie de estupideces, pero por un buen motivo: trataba de protegerte.

—Eso es ridículo.

—Mi padre se pasó la mayor parte de mi vida entrando y saliendo de la cárcel. Y era un canalla. Pegaba a mi madre. Ella lo abandonó muchas veces, hizo que lo detuvieran y nos mudamos a un sitio seguro. Pero siempre nos encontraba. Ella trataba de defenderse, pero él era más grande y fuerte. Si yo intentaba pararlo, me pegaba. Cuando tenía doce años me rompió la mandíbula; a los trece, seis costillas. Le daba igual. Quería hacernos sufrir tanto como sufría él, que pagáramos por sus errores. Había arruinado su vida, pero se negaba a reconocerlo.

Jace respiró hondo.

—He vivido con el miedo de volverme como él. Lo llevo en los genes. No quería que Henry y tú estuvierais conmigo cuando llegara ese día. Tenía miedo de que, si me querías, no te marcharas si no te obligaba a hacerlo.

Ella frunció el ceño.

—Nunca serás como tu padre, Jace.

—El mes pasado me di cuenta de que tenía que elegir entre rogarte que te quedaras, y correr el riesgo de convertirme en un maltratador, o seguir con la vida que había llevado hasta entonces, vacía y solitaria, deseando lo que la

mayoría de los hombres poseía. Soy un canalla egoísta, Kelly. Te necesito. No puedo vivir el resto de la vida sabiendo que renuncié a lo mejor que me había pasado. Y si me das otra oportunidad, lucharé con todas mis fuerzas para mantener el monstruo a raya. No te haré daño, Kelly. Nunca. Kelly no sabía qué pensar. ¿Le decía la verdad?

—He dejado el cine. No volveré a firmar un contrato para otra película. Henry y tú sois más importantes que rodar películas.

Ella lo miró a los ojos al borde del llanto. Se llevó la mano a la boca. ¿Qué había hecho?

—No, Jace, no tenía derecho a exigirte que cambiaras de vida si querías formar parte de la de Henry. Fue un error. Vas a dejar tu carrera por motivos equivocados. Al final, me odiarás, ¿no lo ves? No lo hagas. Podrás ver a tu hijo cuando quieras. Por favor, no te compadezcas de mí y creas que las cosas se solucionarán si dejas el cine.

—¿Qué no me compadezca de ti? Eres la mujer más testaruda que conozco. ¿De dónde sacas esas ideas absurdas? No me das lástima, Kelly. Te respeto. ¿Crees que te compadezco por crear un hogar para Matt y Henry trabajando como una mula y sin ayuda de nadie? ¿Crees que te compadezco por haber ido al rancho, a pesar de que me odiabas, porque era un lugar más seguro para Henry? No siento lástima por ti, Kelly, sino respeto, mucho respeto.

»He dejado el cine porque estoy cansado; cansado de viajar, de los medios de comunicación, de fingir, de las mentiras… de todo. Tenías razón al decir que la vida era mucho más. Si tenía dudas, lo vi claro la noche del baile de mi madre, porque lo observé en tus ojos. Cuando Brett te atacó… Cuando entraste en mi habitación y viste a Lena… No quiero volver a vivir nada parecido.

—Sé que me dijiste la verdad sobre Lena. Te dije que te creía. Y en cuanto al canalla de Bret, eso no fue crueldad ni el monstruo de tu interior. Me estabas protegiendo. Nadie antes había hecho eso por mí.

—Quiero una familia y un hogar, Kelly —la atrajo hacia sí—. Quiero criar caballos. Y todo ello te incluye a ti. Por eso compré el rancho.

—¿Qué?

—Podía haber comprado tierras en cualquier otro sitio.

Pero tú estabas aquí —le acarició el rostro—. Sé mi esposa, la madre de mis hijos. Me has enseñado lo hermosa que puede ser la vida. No me arrebates ese sueño. Dame otra oportunidad, por favor.

A pesar de lo buen actor que era, Kelly supo que hablaba con el corazón en la mano. Cerró los ojos. El único hombre al que había amado le ofrecía mucho más de lo que se había atrevido a soñar.

—Si me quieres, lograremos que lo nuestro funcione. No he estado con otra mujer desde que concebimos a Henry. No deseo a nadie más, y he tenido un año para pensármelo. No puedo compensarte por todo lo que has sufrido por mi culpa, pero te prometo que dedicaré el resto de mi vida a tratar de que

seas feliz conmigo.

La besó en lo labios suavemente y, en ese momento, ella le entregó su corazón, su confianza y su amor.

—Te quiero, Jace.

Lo abrazó llorando y él la besó apasionadamente, aferrándose a ella como si nunca la fuera a soltar. Y Kelly le devolvió el beso con todo el amor que sentía por él.

—Eres tonto —murmuró ella contra sus labios.

—¿Cómo?

—¿Por qué has tardado tanto?

Él rio.

—Me vuelves loco. Cásate conmigo hoy mismo, en cuanto podamos organizarlo. Necesito despertarme a tu lado cada mañana, hacerte el amor todas las noches. Quiero una familia. Quiero tener hijos. Espero que tú también.

Ella asintió con entusiasmo mientras él le tomaba el rostro entre las manos.

—No hay hada que desee más que volver a dejarte embarazada. Pero esta vez quiero mirar tus hermosos ojos azules cuando concibamos a nuestro hijo. Quiero contemplar el instante en que sucede. Pero, para entonces, llevarás un anillo.

—Jace, te quie…

Él la besó con una pasión que Kelly esperó que durara eternamente Ya no tendría que mirar el cielo nocturno. Había hallado su estrella, y en sus brazos era donde quería estar.

Fin